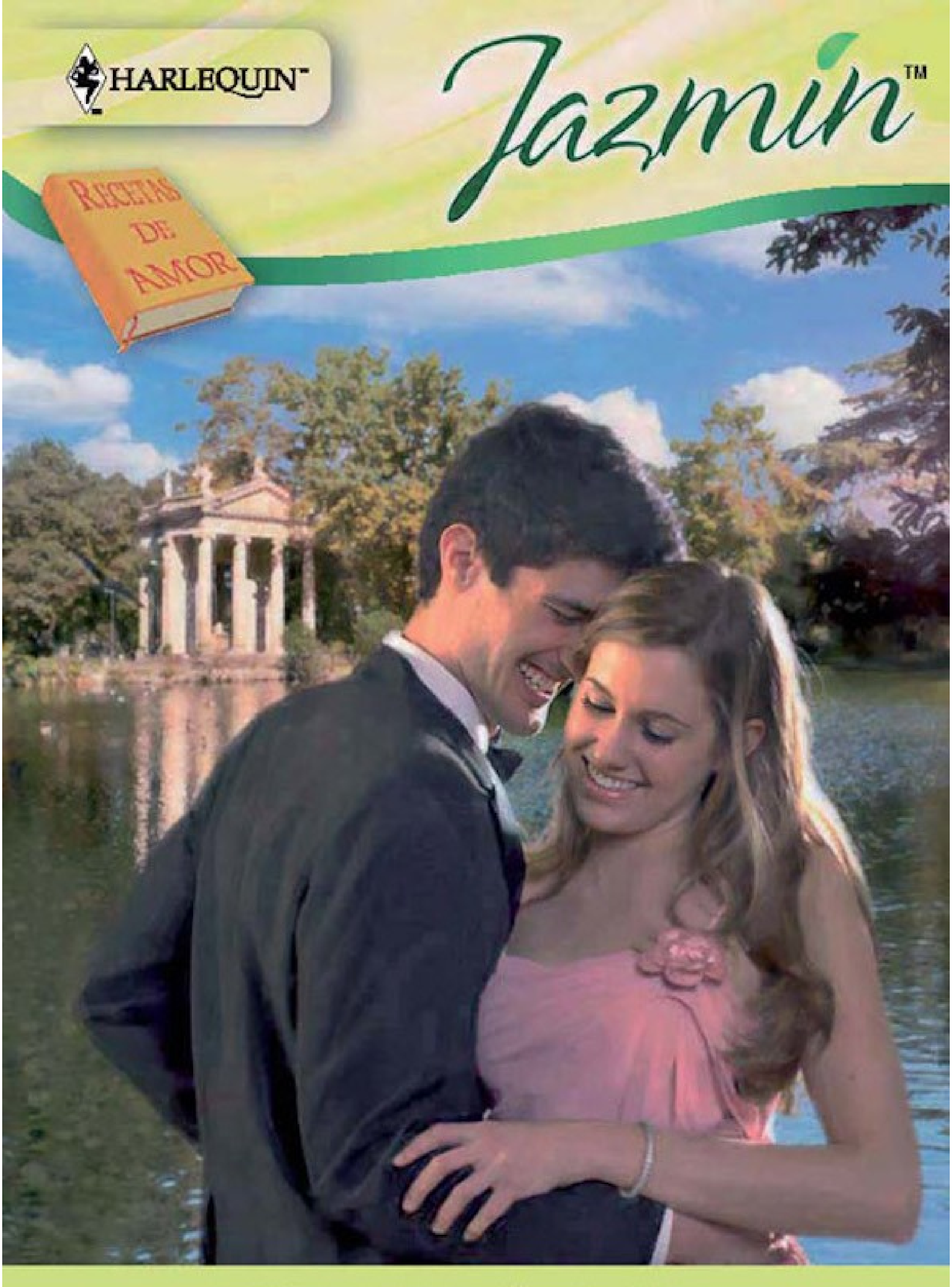


El secreto de Jackie

FIONA HARPER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

EL SECRETO DE JACKIE, N.º 48 - octubre 2010
Título original: The Bridesmaid's Secret
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9209-4
Editor responsable: Luis Pugni
E-pub x Publidisa.

INHALT

PRÓLOGO

«NADIE debe leer el contenido de esta carta, Scarlett. Dásela sólo a Romano».

Scarlett recordó las palabras de su hermana mientras corría por el bosque que había a las afueras de Monta Correnti. Jackie se enfadaría si se enteraba de que le había echado un vistazo al sobre que le había entregado, pero una de las esquinas se había despegado y la tentación había sido demasiado fuerte.

Antes de ir a la *piazza* a entregarle la carta a Romano, había tenido que enseñársela a Isabella, su prima y cómplice. Aquél era un secreto demasiado grande para guardarlo sola. A pesar de que Isabella y ella tenían la misma edad, Isabella era la mayor de su familia y siempre parecía saber qué hacer.

En la familia de Scarlett las cosas eran completamente diferentes. Ella era la pequeña de tres hermanas, la que siempre se quedaba fuera de las discusiones importantes porque «no las entendería». Y estaba harta. Jackie sólo tenía cuatro años más que ella, pero pensaba que podía mangonearla y mandarle que hiciese sus recados. No era justo. Así que, por una vez, Scarlett iba a hacer las cosas a su manera, de manera justa.

Iba en dirección a un pequeño claro que había al lado del arroyo, al pie de la colina. Nadie más conocía aquel lugar. Era su secreto y el de Isabella. Iban allí a hablar de sus cosas de chicas cuando Isabella terminaba de cuidar a sus hermanos pequeños. Allí hacían campamentos con ramas y hojas, inventaban códigos secretos y escribían en sus diarios, que se dejaban leer la una a la otra. A veces, hablaban en voz baja acerca de Romano Puccini, el chico más guapo de Monta Correnti.

¡Eso tampoco era justo!

Jackie se le había vuelto a adelantar, en eso también. ¡Llevaba semanas viéndose con Romano! A espaldas de su madre, por supuesto. ¡Cuándo se enterase Isabella!

Scarlett empezó a jadear y vio el pequeño claro al fondo. Romano sólo tenía ojos para la mandona de Jackie y Scarlett la odiaba por ello. Al menos, la odiaba cuando se acordaba del tema.

Vio un vestido rosa entre los árboles y supo que Isabella ya había llegado.

Scarlett llegó al claro e Isabella levantó la vista. Sus cejas arqueadas lo decían todo: «¿Qué se te habrá ocurrido esta vez, Scarlett?».

Ella dejó de correr y le tendió la carta con el brazo rígido.

Isabella se encogió de hombros mientras la tomaba y sacaba del sobre tres hojas de papel. Poco después ya no estaba sentada y poniendo los ojos en blanco. En cuanto hubo leído la primera página, se puso de pie, como loca.

–¡Oh, Dios mío! –susurró por fin–. ¡Jackie y Romano! ¿De verdad?

Aquélla no era la reacción que Scarlett había esperado. Asintió.

Isabella siguió leyendo, pidiéndole de vez en cuando que le descifrase alguna palabra. Cuando terminó, levantó la vista. Había dejado de sonreír.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó.

Scarlett frunció el ceño.

–Darle la carta a Romano, por supuesto.

–No puedes hacerlo. Tienes que enseñársela a tía Lisa.

–¿Sabes lo que haría mamá si se enterase? –preguntó ella con incredulidad–. Es un secreto demasiado grande.

De repente, Scarlett tuvo un mal presentimiento. Isabella no podía hacer algo así, ¿o sí? Vio cómo le brillaban los ojos y supo que iba a hacerse cargo del problema personalmente.

Si eso ocurría, Jackie sufriría la cólera de su madre, pero ella también se vería metida en un buen lío. Jackie tenía el mismo genio que su madre. Intentó arrebatarle la carta a su prima.

Isabella fue rápida y la apartó, y mientras peleaban por ella, el papel se rompió en dos e Isabella lo soltó. Las hojas de color rosa y el sobre a juego volaron por los aires.

Las dos chicas se quedaron inmóviles. Una de las hojas fue a caer al suelo y Scarlett se puso en movimiento para atraparla, pero el aire jugó con ella. Isabella ya había conseguido recoger las demás. El viento sopló hacia Scarlett, acercándole el papel, y saltó para agarrarlo.

Isabella chocó contra ella, que fue a parar a la tierra húmeda

de la orilla. La hoja se le escapó de los dedos y fue a parar al agua.

Isabella empezó a gritar, pero Scarlett sólo pudo quedarse donde estaba, viendo cómo se alejaba el papel y la tinta se volvía borrosa antes de desaparecer bajo la superficie.

Se levantó y se sacudió la ropa.

–¡Para ya! –le gritó a Isabella, que estaba sollozando.

Antes de que mojase las hojas de papel que tenía en las manos, Scarlett se las quitó e intentó alisarlas.

–¡Falta la página tres! ¡La página tres! –exclamó mirando hacia el agua, presa del pánico.

¿Por qué no se había perdido la página dos, en la que su hermana le hablaba de amor a Romano? Había tenido que ser la página tres, en la que le contaba su gran secreto.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Isabella en voz baja, secándose rápidamente las lágrimas de los ojos.

–No lo sé.

De repente, empezó a sentir calor.

¡Todo era culpa de Jackie! ¿Por qué no le había dado directamente la carta a Romano? ¡Si todo el mundo sabía que no se podía confiar en ella!

Se giró hacia Isabella con los labios apretados.

–No podemos darle la carta a Romano así –tendría que ir a hablar con él–. Y Jackie me matará si le cuento lo que he hecho. Sólo puedo hacer una cosa.

Isabella empezó a sollozar de nuevo. Murmuró que todo era culpa suya, pero Scarlett no la estaba escuchando, tenía la mirada fija en el agua del arroyo.

Muy despacio, se acercó a la orilla. Muy despacio, dejó caer en el agua otra hoja de papel. Otra más. Y después, el sobre. Fue casi como un rito solemne al que siguió un sepulcral silencio.

Nadie volvería a leer el contenido de aquella carta.

CAPÍTULO 1

EL AIRE acondicionado de la limusina funcionaba a la perfección, pero cuando Jackie miró por la ventanilla hacia las colinas, los viñedos y los limoneros, casi pudo sentir el calor del sol en los brazos. Era una ilusión, pero se le daba bien soñar, así que se dejó llevar y disfrutó del momento.

La vuelta a casa también sería una ilusión. Habría exclamaciones, abrazos, cenas en familia en las que todo el mundo hablaría a la vez, y un cierto recelo. Siempre lo había. Incluso sus hermanas y primos que no conocían su secreto se dejaban empapar por aquella atmósfera y se mantenían alejados de ella.

Se convertían en sus cómplices mientras ella intentaba negar su parte italiana y se comportaba como una británica. Aquello era lo mejor que había heredado de su padre. Había aprendido a ser fuerte y a mantener la compostura. Ella siempre sobresalía en todo lo que hacía, y aquello no era una excepción.

No había llamado para decirle a su familia a qué hora iba a llegar. En esos momentos prefería hacerlo sola y en limusina. Necesitaba tiempo para prepararse antes de volver a enfrentarse a ellos.

Llevaba un par de años sin ir a Monta Correnti. Y, en el pasado, siempre había ido en invierno. Los veranos eran demasiado maravillosos allí, le despertaban demasiados recuerdos. No obstante, su hermana mayor había decidido casarse en mayo y no había tenido elección. Después de todo, y por mucho que lo hubiese intentado, no había podido olvidar que pertenecía a una gran familia italiana.

Apartó la vista del paisaje y del cielo demasiado azul y tomó una revista. Era el último número de la competencia de *Gloss!* Sonrió triunfante al darse cuenta de que su equipo editorial había cubierto las tendencias de la temporada mucho mejor. Aunque para eso les pagaba. No había esperado menos.

Llamó su atención la marca Puccini, una de las más importantes de Italia. La casa de moda había cultivado un éxito tras otro desde que Rafael Puccini había dejado el departamento de diseño en manos de su hijo.

Con semejante hombre al mando podría esperarse que la

colección masculina eclipsase a la femenina, pero nada más lejos de la realidad. Romano Puccini entendía tan bien los cuerpos de las mujeres que creaba para ellas las prendas más exquisitas. Elegantes, sensuales, con estilo. Aunque ella se había resistido a comprarlas, había acabado sucumbiendo el verano anterior, y en esos momentos tenía un vestido de la marca en su armario. Sólo se lo había puesto en una ocasión y se había sentido sexy, poderosa y femenina.

Romano Puccini sabía cómo hacer sentirse a una mujer tan femenina como la Venus de Botticelli. No obstante, eso también era una ilusión y Jackie lo sabía muy bien.

Frunció el ceño un instante y luego volvió a relajar la frente. Todavía no había caído en la trampa del botox, pero no tenía sentido empeorar las cosas. A pesar de estar en la cresta de la ola y de ser redactora jefa de la principal revista de moda londinense, trabajar y vivir en ese ambiente podía convertir en paranoica a cualquier mujer con más de veinte años.

Su teléfono móvil sonó y ella lo buscó en su enorme bolso. Le subió la adrenalina al ver quién la llamaba, aunque a esas alturas ya debía de haberse acostumbrado.

–Hola, Kate.

–Eh, Jacqueline.

Le sonó raro que la llamase por su nombre, pero todavía no se había ganado el título de madre con aquella jovencita. Tal vez no lo hiciese jamás.

–¿Necesitas algo?

Hubo un silencio al otro lado. Un largo silencio de una chica de dieciséis años.

–¿Estás allí? ¿En Italia?

Jackie volvió a mirar por la ventanilla.

–Sí. He salido del aeropuerto hace unos veinte minutos.

Oyó un suspiró al otro lado de la línea.

–Ojalá hubiese podido ir contigo.

–Lo sé. A mí también me habría gustado. Pero la situación… contárselo a mi familia… Requiere actuar con prudencia.

–También es mi familia.

Jackie cerró los ojos.

–Sí, pero es complicado. No los conoces.

–No, no los conozco. Y no es culpa mía.

Jackie pensó que tenía razón, que era culpa suya. Siempre lo había sabido, pero eso no tranquilizaría a su madre cuando le contase que la niña a la que había dado en adopción dieciséis años antes la había buscado recientemente, y que se habían estado viendo en Londres durante los últimos meses. Sobre todo, porque su madre siempre había insistido en que nadie de la familia se enterase del tema. Para una mujer como Lisa Firenzi, la imagen lo era todo. Y una hija adolescente embarazada que se negaba a dar el nombre del padre del bebé no encajaba en sus planes.

Jackie había sido más joven que Kate cuando se había quedado embarazada. Cuando había empezado a crecerle el vientre, su madre la había enviado a vivir fuera.

Había llegado a Londres una lluviosa tarde de noviembre, con quince años, temblando, sintiéndose perdida y sola. A la familia le habían dicho que iba a pasar una temporada con su padre, lo que era cierto. Se trataba del segundo marido de Lisa.

Así que no sólo iba a tener que decirle a su madre que su secreto estaba al descubierto, sino que, además, iba a tener que compartirlo con toda la familia. Ni siquiera Lizzie y Scarlett, sus hermanas, lo sabían.

La boda de Lizzie sería la ocasión en la que todos estarían reunidos después de años, pero no podía estropearle el día a su hermana. Jackie no tenía ni idea de cómo iban a reaccionar y por eso no había querido llevar a su hija a la boda, para no hacerla sufrir.

Respiró hondo por la nariz, como le había enseñado su profesor de Pilates.

–Lo sé, Kate. Y lo siento. Tal vez la próxima vez.

Volvió a reinar el silencio.

–Te avergüenzas de mí, ¿verdad?

–¡No!

–Entonces, ¿por qué no quieres que conozca a mis tíos y tías, a mis primos… a mi abuela?

–Son cosas de familia… complicadas, ya sabes…

Kate resopló.

–¿Recuerdas cuando me dijiste que a tu mamá…? –¡cuánto le costaba decir esa palabra!–.
¿… que a tu mamá le resultó difícil entender que quisieras conocer a tu madre biológica? ¿A que te costó decírselo? Porque no querías hacerle daño, pero, al mismo tiempo, era algo que necesitabas hacer.

–Sí –respondió la chica con voz temblorosa.

–Vas a tener que confiar en mí… –«cariño», deseó añadir–, Kate. Tengo que hacerlo yo sola. Y luego te prometo que podrás venir a conocer a todo el mundo, te lo prometo.

Sus palabras debieron de aplacar a su hija, porque Kate habló con resignación en vez de con enfado. Se despidieron. Jackie cerró el teléfono y lo guardó de nuevo en su bolso. Estaba agotada.

No había sido consciente de lo duro que sería aquello, aunque había deseado que sucediese desde que había escrito su nombre en el registro de adopciones con veinte años. Después de la primera llamada, se había sentido feliz, y más tarde, aterrada. El primer encuentro con Kate había sido extraño. Había tenido lugar bajo la mirada atenta de Sue, su madre adoptiva.

Kate se había quedado hipnotizada con su armario y con su coche deportivo. Sue había hablado con Jackie unas semanas más tarde y le había contado que Kate estaba impresionada con el hecho de que su madre «real» fuese Jacqueline Patterson, todo un icono de la moda. «No se te ocurra defraudarla», le había advertido con la mirada.

Jackie estaba haciéndolo lo mejor que podía, pero no estaba segura de conseguir que las cosas funcionasen y de tener una relación de madre e hija con Kate.

Cuando le diese la noticia a su madre ya no habría marcha atrás, pero no tenía opción. Quería, necesitaba volver a tener a su hija en su vida, e iba a hacer lo que fuese necesario para ofrecerle un lugar en ella.

La limusina tomó una curva y Jackie contuvo la respiración. Vio Monta Correnti en la distancia, una preciosa y pequeña ciudad

cuyas casas con tejados de terracota descansaban en la colina. En esos momentos era el destino de vacaciones de muchos personajes famosos, pero en el pasado había sido su hogar. Su único hogar de verdad. Un lugar lleno de recuerdos, amarillentos y borrosos, como las viejas fotografías de familia.

Antes de llegar al centro de la ciudad la limusina giró hacia la izquierda para llevarla a la casa de su madre.

Romano abrió las grandes ventanas del salón y salió a la terraza. Todo era perfecto. Siempre lo era. Y eso le agradaba. Le gustaban las líneas sencillas, las formas limpias. No era un hombre que disfrutase de las cosas complicadas. Por supuesto, sabía que la perfección tenía un precio. Nada ocurría por casualidad.

En su ausencia, todo un ejército de jardineros había estado trabajando allí. También le habían limpiado la casa. Era la vieja residencia de verano de los Puccini, el lugar perfecto para retirarse de la ruidosa Roma durante los meses de verano. Y a él le gustaba tanto que, recientemente, había decidido quedarse también durante el invierno.

El *palazzo* Raverno era un lugar único. Había sido construido en el siglo XVIII por un conde, en una pequeña isla del lago Adrina, con estilo veneciano neogótico.

Y si el palacio era espectacular, los jardines cortaban la respiración.

Romano no pudo resistirse más. Empezó a pasear por ellos, deteniéndose a escuchar la suave música de un manantial que brotaba entre las rocas. Se dejó llevar por sus pies hasta el jardín que había en la parte más baja.

La brisa era deliciosamente fresca allí. Todo estaba verde y era muy romántico. Aquel lugar era el lugar perfecto para una boda.

No la suya, por supuesto. Sonrió al pensarlo. Él jamás entregaría su cuerpo y alma a una mujer para la eternidad.

Para un mes o dos, tal vez.

Suspiró mientras salía del jardín e iba subiendo de nuevo hacia

la casa. Tenía que ponerse a trabajar.

No obstante, entró en lo que había convertido en su despacho silbando. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a quejarse si su trabajo consistía en vestir y desvestir a bellas mujeres?

A Jackie todavía no le había dado tiempo a pisar el suelo con sus altos tacones cuando vio salir a su madre por la puerta, corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

–¡Jackie! ¡Ya has llegado!

Ella se preguntó qué pasaría; su madre nunca la recibía así. Era como si le diese demasiada alegría verla…

–¡Llegas tarde!

Eso sí se lo había esperado.

Lisa la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies, algo que no le importó porque sabía que no encontraría nada que criticar en ella.

–No creo que te dijese a qué hora…

–Las otras chicas han llegado hace más de una hora.

Jackie decidió no discutir con su madre, que era una mujer de ideas fijas y rígidas. Ya se había acostumbrado a ello.

A pesar de no haberse visto desde hacía casi un año, Lisa estaba como siempre. Seguía teniendo el estilo y la clase natural que en el pasado la habían convertido en una top model. Llevaba una versión renovada del traje clásico con el que la había visto el año anterior y el pelo recogido en un moño, como siempre.

Oyó voces femeninas en la habitación de su madre y vio a tres mujeres, las tres medio desnudas, cotorreando y alabando el traje de novia más exquisito que había visto Jackie en toda su vida. De hecho, estaban tan absortas ayudando a vestirse a la novia que ni siquiera se dieron cuenta de que ella estaba allí.

Lizzie fue la primera en levantar la vista y verla, y cruzó la habitación para darle un abrazo. –Por fin se ha dignado a venir vuestra hermana a probarse el vestido.

Jackie cerró los ojos e hizo caso omiso del comentario de su

madre. No había de qué preocuparse, les había enviado sus medidas un mes antes y sabía que no había engordado ni un gramo desde entonces.

–¡Cuánto tiempo, Lizzie! –le dijo a su hermana con voz ronca–. Deja que te ayude –añadió, poniéndose detrás de ella para abrocharle los botones de la espalda.

El vestido, de línea imperio, le sentaba muy bien a Lizzie, que estaba embarazada. Era una novia radiante y parecía más feliz y relajada que nunca. Todo gracias a Jack Lewis, y más le valía seguir así si no quería tener que vérselas con ella.

–Gracias. Sabía que había un motivo por el que teníamos una experta en moda en la familia –comentó Lizzie sonriendo.

Jackie se concentró en la larga línea de botones forrados de seda.

–Es un vestido exquisito –le dijo.

Jackie se apartó y admiró a su hermana.

Isabella y Scarlett se acercaron también a estudiar el vestido y murmuraron su apreciación. Jackie se giró, sonrió con tranquilidad y se preparó para saludar a las otras dos damas de honor.

Primero a Isabella. Se besaron suavemente en ambas mejillas e Isabella le frotó el hombro con suavidad mientras intercambiaban cumplidos. Después siguió sonriendo mientras se giraba hacia su hermana pequeña. Se besaron en las mejillas sin tocarse en realidad y fingieron que se abrazaban.

Scarlett y ella se habían llevado muy bien, sobre todo después de que Lizzie se fuese a estudiar a Australia, cuando se habían quedado las dos solas, pero todo había cambiado el verano en el que ella se había quedado embarazada de Kate. Scarlett ya nunca había vuelto a mirarla del mismo modo.

Poco después de aquello, ella se había marchado de Monta Correnti. Había seguido los pasos de Lizzie y se había ido a vivir con su padre. Nunca habían tenido la ocasión de arreglar las cosas, ni había podido decirle a su hermana lo mucho que sentía haberla avergonzado.

En esos momentos, hablaban lo menos posible y no se veían casi nunca. Jackie soltó a su hermana y la recorrió con la mirada.

Llevaban más de cinco años sin verse. Scarlett no había cambiado mucho, salvo que estaba un poco mayor y se parecía más a su madre. Tenía la misma mirada implacable, aunque la sonrisa la endulzaba un poco.

Lizzie estaba demasiado emocionada para darse cuenta de la enorme tensión que había en el ambiente.

–¡Venga, chicas! Ahora, vosotras. Quiero ver lo impresionantes que van a estar mis damas de honor.

Scarlett e Isabella ya habían sacado sus vestidos de las bolsas. Eran tan increíbles como el de Lizzie. Los tres eran de color berenjena, pero con diferente estilo y corte.

El de Isabella era clásico y femenino. El de Scarlett, más atrevido.

Jackie las ayudó a ponérselo y, cuando hubo terminado, Isabella le tendió el suyo.

Jackie dudó antes de abrir la bolsa. No había sido buena idea ayudar a vestirse a las demás, que ya no tenían otra cosa que hacer más que mirar cómo se desnudaba ella.

–¿Por qué no vas al cuarto de baño de mamá? –sugirió Lizzie–. Puedes refrescarte un poco, si te hace falta.

Jackie miró a su hermana con agradecimiento y siguió su consejo.

Lizzie era la única a la que le había contado sus problemas con la báscula. Todo había empezado poco después de dar a Kate en adopción.

Al principio había comido menos y había hecho deporte para volver a recuperar su cuerpo antes de volver a Italia, y su madre la había felicitado por ello. Pero una vez en Italia había tenido que enfrentarse al placer de la comida, a las reuniones alrededor de la mesa. Y la disciplina se había convertido en algo más oscuro: en control, castigo y expiación.

A ella le habían gustado los ángulos y las líneas de su físico y, cuando con dieciocho años por fin se había escapado de Monta Correnti y se había trasladado a Londres para trabajar en una revista de moda, había encajado bien en la ciudad. Su nuevo mundo había estado lleno de chicas que se alimentaban de apio y

se pasaban el día quejándose de que sus muslos como palillos eran demasiado gordos.

Ella había tardado años en darse cuenta de que tenía un problema. Y había pedido ayuda. Volver a ganar peso había sido toda una lucha, pero lo había conseguido. En esos momentos, se sentía orgullosa de tener un cuerpo por el que habrían matado la mayoría de las mujeres de su edad. Un cuerpo meticulosamente alimentado y ejercitado cuatro veces por semana con un entrenador personal.

A pesar de saber que tenía buen aspecto, seguía sin gustarle que la viesen sin ropa. Con sus trajes de diseño estaba diferente, era la gran Jacqueline Patterson, pero sin ellos no era más que otra mujer en la treintena, con estrías y la cicatriz de la cesárea.

Una vez en el cuarto de baño, se quitó el traje de lino y se refrescó un poco. Mientras tanto, oyó cómo al otro lado de la puerta su prima le contaba a Lizzie los últimos cotilleos de Monta Correnti, y en especial la historia de cómo Isabella había conocido a su prometido.

Cuando hubo terminado de lavarse, Jackie sacó el vestido de la bolsa. Era impresionante.

Le recordó a los diseños que ella misma había hecho en su último año de instituto para la representación de *Romeo y Julieta*.

Lo quitó de la percha y bajó la cremallera. Estaba poniéndoselo cuando llamaron a la puerta.

–¿Va todo bien? –le preguntó Lizzie.

Jackie sonrió.

–Ya estoy casi lista –contestó mientras intentaba terminar de subirse la cremallera–. ¿Lizzie? ¿Isabella? ¡Necesito ayuda! –gritó, con la cabeza echada hacia delante y la cortina de pelo liso tapándole la cara.

Oyó que la puerta se abría y que entraba alguien.

–Si puedes… –empezó, arqueando la espalda para mostrar dónde estaba el problema.

La persona que había entrado no contestó, se acercó y, con destreza, se puso a subirle la cremallera. Por un momento, Jackie no pensó en nada, pero entonces se dio cuenta de que algo no le

cuadraba.

Los dedos que le estaban rozando la espalda no eran largos ni llevaban la manicura hecha, como los de Scarlett. Lizzie estaba demasiado gorda con los gemelos como para acercarse tanto e Isabella era mucho más baja que ella, y el aliento de aquella persona le estaba calentando el oído izquierdo.

Jackie se puso tensa y sintió calor allí donde la estaban tocando aquellos dedos.

La persona terminó de subirle la cremallera y retrocedió. Jackie se puso a temblar.

Antes de apartarse el pelo de la cara y de ponerse recta ya sabía que los ojos con los que se encontrarían los suyos en el reflejo del espejo serían los de Romano Puccini.

CAPÍTULO 2

EN LO alto de las colinas, por encima de Monta Correnti, había un olivar que llevaba mucho tiempo abandonado. Todo el mundo se había olvidado de la pequeña casa de piedra que se hallaba situada en el extremo de una de las terrazas.

O casi todo.

Justo cuando el calor del sol empezó a menguar, cuando la luz blanca del atardecer comenzó a suavizarse y a convertirse en dorada, apareció una chica adolescente caminando por el polvoriento camino que llevaba a la casa, situada cerca de la carretera principal por la que se iba a la ciudad. La chica iba mirando por encima de su hombro cada pocos segundos y se mantenía cerca de las sombras de los árboles que bordeaban el camino. Cuando estuvo completamente segura de que nadie la seguía, salió a la luz del sol y empezó a correr hacia la casa, con una sonrisa en el rostro.

Estaba convirtiéndose en una chica muy guapa, como un capullo que empezase a abrirse. Tenía el pelo oscuro y largo casi hasta la cintura y la piel suavemente bronceada. Cuando dejó de sonreír, su expresión se hizo intensa; parecía estar esperando, contenta. Descansó a la sombra, apoyándose en la puerta de la casa, mirando hacia la colina, hacia la ciudad.

Unos diez minutos más tarde un sonido interrumpió el canto de los grillos y el suave murmullo del viento al chocar contra las ramas de los olivos. La chica se incorporó, muy erguida, y miró hacia el camino. Después de un par de segundos el zumbido que a cualquiera habría podido parecerle una abeja o un tractor en la distancia se hizo más nítido. Ella reconoció el motor de dos caballos de la Vespa y volvió a sonreír todavía más.

El sonido se acercó cada vez más hasta detenerse por completo. La chica contuvo la respiración.

Se le agotó la paciencia. En vez de esperar en la puerta, con aire frío y natural, empezó a correr. Al girar la esquina de la casa lo vio corriendo hacia ella, sonriendo de oreja a oreja. Ella se detuvo de repente, incapaz de apartar la vista de él.

Por fin lo tenía delante, con el pelo moreno despeinado, sonriéndole también con sus ojos grises. Se quedaron así varios

segundos, con los corazones acelerados, luego él le tocó la mejilla y la acercó para darle un beso suave y dulce, lleno de promesas. Ella suspiró y lo abrazó con ternura. Acabaron apoyados contra la puerta de la casa, con él dándole ligeros besos en el cuello.

Luego se apartó y la miró con las manos apoyadas en sus hombros. Ella le devolvió la mirada y sonrió. Y él se puso serio de repente.

–Te quiero, Jackie –le dijo, apartando las manos de sus hombros para acariciarle la línea de la mandíbula con los pulgares.

–Yo también te quiero, Romano –susurró ella, hundiendo el rostro en su camisa y abrazándolo con fuerza.

Jackie no había sido consciente hasta entonces de que una persona podía quedarse helada con una sorpresa. Descubrió demasiado tarde que era perfectamente posible notar los pies anclados al suelo con tanta firmeza como si tuviesen profundas raíces y ser incapaz de articular palabra.

Romano, por su parte, no pareció sentir aquel desasosiego. Sólo la estaba mirando de forma pícara a través del espejo.

–*Bellissima* –le dijo, mirando el vestido, pero en tono mucho más íntimo.

Ella parpadeó, tosió y, cuando por fin recuperó la voz, no pudo hablar en italiano.

–¿Qué estás haciendo aquí?

Romano se encogió de hombros e hizo aquel gesto ambiguo con la mano que tanto la enfadaba.

–Es la prueba de los vestidos, Jacqueline, por eso estoy aquí.

Ella se giró para mirarlo.

–¿Tú has diseñado los vestidos? ¿Por qué no me lo ha dicho nadie?

–¿Por qué te lo iban a decir? Todo el mundo piensa que casi no nos conocemos. Tu madre y mi padre son viejos amigos y el resto de tu familia piensa que sólo nos hemos visto en un par de ocasiones.

Jackie tomó aire y lo volvió a soltar. –Eso es cierto –frunció el

ceño–. ¿Pero cómo…? ¿Por qué…?

–Cuando tu madre le contó a mi padre que Lizzie iba a casarse, él insistió en que nos encargásemos nosotros de realizar el diseño de los vestidos. Es lo que se suele hacer por una vieja amiga.

Jackie retrocedió un paso, recuperando parte de su elegancia habitual.

–¿Viejos amigos? No creo que tú y yo lo seamos.

Romano no pudo contestar, ya que Lizzie, impaciente, irrumpió en la habitación. No obstante, sus ojos brillaron mientras Lizzie hacía girar a Jackie. Cuando ésta volvió al punto de inicio, él la estaba esperando.

«Viejos amigos, no», le dijo Romano con la mirada. «Pero sí viejos amantes».

Jackie deseó golpearlo.

–¡Es precioso! –exclamó Lizzie–. ¡El vestido perfecto!

–Sí. Eso mismo he dicho yo –comentó Romano.

Jackie tuvo que apartar la mirada para no sentirse tentada a estrangularlo.

–¡Ven a enseñárselo a las demás! –Lizzie la agarró de la mano y la sacó fuera para que la viesen Isabella y Scarlett.

Isabella se mostró tan entusiasmada como Lizzie, pero Scarlett puso mala cara. ¿Qué le pasaba? Tenía el ceño fruncido y estaba fulminando con la mirada a Romano. Era evidente que algo la había molestado.

La prueba resultó agotadora para Jackie. No porque el vestido necesitase ningún cambio porque, tal y como había esperado, le quedaba perfecto, sino porque no podía apartar la mirada de Romano.

Llevaba los últimos diecisiete años evitándolo. ¿Cómo podía charlar con él como si nada hubiese pasado? Como si no hubiese hecho lo que había hecho. Era demasiado pedir.

Sin embargo, en esos momentos no tenía escapatoria.

Tendría que aguantar al menos veinte minutos más. Después, no tendría por qué volver a verlo.

Su vestido estaba perfecto. No tendría que hacerse más pruebas, gracias a Dios.

Su madre escogió aquel momento para entrar en la habitación. Sonrió a Romano y lo besó en ambas mejillas. Él le susurró algo al oído y ella comentó entre dientes:

–Qué joven tan encantador.

Así que había cambiado de idea acerca de él. La última vez que la había visto a menos de un kilómetro de él le había advertido que no era de fiar, que se parecía a su padre. Y la había amenazado con castigarla si los veía hablando.

Pero ya había sido demasiado tarde, hacía semanas que se conocían.

Debía haber escuchado a su madre, que conocía bien al padre de Romano, Rafe Puccini. Aunque Jackie no se enteraría de eso hasta años más tarde.

En esos momentos, Romano y su madre se estaban riendo juntos. Jackie no pudo soportarlo más. Fue al cuarto de baño y volvió a ponerse su traje.

«Aguanta un poco, Jacqueline», se dijo a sí misma. «No tardará en marcharse y no tendrás que volver a verlo en otros diecisiete años si no quieres».

Cuando salió del baño, su madre estaba terminando una frase:

–… por supuesto que tienes que venir con nosotras, Romano. Insisto.

Jackie arqueó las cejas y miró a sus hermanas. Scarlett salió de la habitación, Isabella se encogió de hombros y entró a cambiarse de ropa al baño.

–¿Me ayudas? –le preguntó Lizzie, dándose la vuelta para que le desabrochase el vestido.

Mientras tanto, Romano y su madre salieron de la habitación charlando y riendo.

–¿Qué ocurre? –murmuró Jackie mientras terminaba de desabrochar los dos últimos botones.

–Ah, que mamá ha decidido que vayamos a cenar todos al restaurante esta noche.

–¿Y ha invitado a Romano?

Lizzie asintió.

–Durante los últimos años ha pasado bastante tiempo en el *palazzo*. Y cuando viene a Monta Correnti suele comer en el restaurante de mamá y en el del tío Luca.

Jackie retrocedió y Lizzie se giró hacia ella.

–¿Por qué? –le preguntó, quitándose el vestido–. ¿Pasa algo porque haya invitado a Romano?

Jackie sonrió y negó con la cabeza.

–No, no pasa nada.

Se preguntó si su madre sería tan amable con él si supiese que había sido el chico que había dejado embarazada a su hija adolescente y que después la había abandonado.

Ella siempre se había negado a decir el nombre del padre. Se sentía avergonzada por haber sido rechazada de semejante manera por su primer amor.

Jackie tomó su bolso y fue hacia la puerta. Siguió pareciéndole un buen plan. Su madre no tenía por qué saber que Romano era el padre de Kate.

Rechazar una invitación para cenar con cinco mujeres atractivas habría sido de mala educación, además de una enorme estupidez. Y Romano Puccini nunca había sido tonto. Tal vez algo escurridizo, eso sí. Demasiado encantador. Y además demasiado curioso para no aceptar la invitación.

Había años que no tenía a Jackie Patterson tan cerca, algo extraño, teniendo en cuenta que se movían casi en los mismos círculos. ¿Seguiría sintiéndose culpable por cómo había terminado su relación?

Aquel verano parecía estar a miles de años luz. Romano suspiró y dio un trago a su copa de vino mientras el resto de los comensales del restaurante seguía charlando a su alrededor.

Jackie Patterson. Había sido todo un bombón, con la larga melena oscura, ligeramente ondulada, la piel suave y unos ojos entre verdes y marrones que echaban fuego.

Sí, había sido un verano estupendo.

Él había creído estar enamorado, pero sólo tenía diecisiete años. Había sido un verano maravilloso que había terminado de manera amarga. Y era evidente que la amargura seguía presente en la actualidad.

Jackie se había situado de forma deliberada en el mismo lado de la mesa que él y se había asegurado de que su madre se sentase entre ambos.

De todos modos, había pasado mucho tiempo y tanto Jackie como él podían olvidarse de las decisiones que habían tomado siendo adolescentes y charlar de manera amigable. No entendía que Jackie siguiese utilizando aquellas tácticas tan infantiles.

Pensó que su cuerpo había cambiado. Las suaves curvas de la adolescencia se habían convertido en músculo muy trabajado. Los reflejos de su cabello estaban tan bien dados que casi parecían naturales. No obstante, a él le había gustado más con el pelo oscuro, ondulado, y extendido sobre la hierba mientras él la besaba.

¿De dónde había salido aquel pensamiento? Lo había visto en su mente como si hubiese ocurrido esa misma mañana.

Parpadeó y volvió a centrarse en su comida, unos ravioli de langosta exquisitos. No obstante, no fue capaz de olvidarse de Jackie.

Después del segundo plato apareció el prometido de Lizzie y se la llevó. Isabella se marchó al restaurante de al lado y, cuando se acercó a Lisa el gerente de su restaurante y ésta se fue con él hablando en voz baja, Romano se quedó a solas con Jackie y Scarlett. Hizo un comentario desenfadado y, cuando se giró para mirar a Jackie, vio que estaba tensa.

Aquello era una estupidez. Era evidente que no había buen ambiente entre ellos y Romano sintió la necesidad de aclarar la situación. Sólo estaba intentando demostrarle a Jackie que no sentía rencor, que podía comportarse como un adulto, hubiese pasado lo que hubiese pasado unos años antes. Y tenía la esperanza de que ella lo entendiera.

Se giró hacia ella y esperó, mirándola fijamente hasta que Jackie no lo soportase más y lo mirase a los ojos.

Le sonrió.

–Ha pasado mucho tiempo, Jackie.

Los labios de ella no se movieron, pero se lo dijo todo con la mirada: «No el suficiente». No obstante, él perseveró: –El ejemplar del mes de marzo de *Gloss!* me ha parecido particularmente bueno.

Jackie se cruzó de brazos.

–¿Hace diecisiete años que no hablamos y cuando por fin lo hacemos quieres que sea de trabajo?

Romano se encogió de hombros y dejó de sonreír. Le había parecido un buen comienzo.

–¿No crees que hay otras preguntas mucho más importantes que deberías hacerme? –añadió Jackie.

A él no se le ocurrió nada que decir. Giró el cuerpo hacia ella para intentar profundizar en su conflicto.

–La comunicación es la comunicación, Jackie. Hay que empezar por alguna parte.

–¿Sí?

–A mí me ha parecido buena idea –respondió Romano, sin dejarse intimidar por la mirada de Jackie, que también se había girado hacia él.

–¡No te pongas altanero conmigo, Romano! No tienes derecho. Ningún derecho.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. Aquella conversación estaba siendo demasiado dramática para él. Miró a Scarlett, para ver si ella entendía algo, pero su expresión también era de asombro. Estaba pálida y temblorosa, como si fuese a vomitar. Se levantó de repente y salió del restaurante. Romano se la quedó mirando.

–¿De qué va todo esto? –inquirió.

Jackie, que estaba demasiado sorprendida para recordar que estaba furiosa con él, frunció el ceño.

–No tengo ni idea.

Él aprovechó la oportunidad para alargar las manos y sujetar las de ella, que estaban encima de la mesa.

–¿No podemos dejar atrás el pasado?

Jackie apartó la mano enseguida.

–Es demasiado tarde. No podemos dar marcha atrás, no después de todo lo que ha pasado.

En vez de parecer orgullosa e intocable, parecía muy, muy triste. Romano vio en ella a la chica testaruda y vulnerable de la que se había enamorado.

–¿Por qué no?

De repente, necesitaba saberlo. Y no sólo para poder olvidar el pasado.

–Ya sabes por qué, Romano –susurró Jackie–. Por favor, no insistas, no…

–No quiero insistir. Sólo quiero que seamos capaces de estar cerca sin que haya mal ambiente a nuestro alrededor. Supongo que tú tampoco quieres eso para la boda de Lizzie, ¿verdad?

–¿Qué tiene que ver todo esto con la boda de Lizzie?

¿Acaso no lo sabía? ¿Todavía no se lo habían dicho ni Lizzie ni Lisa?

–La recepción… Lizzie quería celebrarla en el *palazzo*. Pensó que el lago estaría tan…

–No. No es posible –dijo Jackie muy despacio. Luego se levantó y se alejó con la barbilla alta y la mirada perdida, dejándolo solo en la mesa.

Romano pensó que no era normal que terminase así la noche. No era normal que todas las mujeres guapas lo dejasen solo.

***

De vuelta en casa, Jackie hizo caso omiso de las luces que había en el salón y fue hacia la parte más baja del jardín, una zona algo más salvaje y oscura que el resto.

Justo al final, desde donde se veía Monta Correnti y el valle, había un viejo abeto por cuyas ramas habían trepado varias generaciones de su familia.

Sin pensar en sus pantalones blancos, puso el pie en una rama y ascendió. Su mente estaba en otra parte, pero su cuerpo todavía

recordaba los movimientos, dónde poner las manos y los pies, y unos segundos después estaba sentada, admirando el valle.

Hacía mucho rato que se había puesto el sol, dejando el cielo de un rico y profundo color azul. La vista la hizo sentir añoranza, algo extraño, ya que se suponía que debía sentirla cuando estaba lejos, no estando allí. No tenía sentido. Pero casi nada aquella noche lo tenía.

Había esperado que Romano fuese una versión adulta del chico al que había conocido: seguro de sí mismo, inteligente, incorregible, pero no había esperado semejante falta de sensibilidad.

Cerró los ojos e intentó concentrarse en las sensaciones que le provocaba la fresca brisa de la noche en el cuello y las mejillas.

Menos mal que no había accedido a que Kate la acompañase.

Deseó que las cosas hubiesen sido diferentes…

No. No era bueno pensar aquello. El tiempo le había dado la razón. Romano Puccini no estaba hecho para casarse y tener hijos. La lista de novias con las que había aparecido en periódicos y revistas sólo confirmaba sus peores temores.

Respiró hondo, se quitó los zapatos y se miró los dedos de los pies.

Había esperado hasta el día en que había dado a Kate en adopción a que Romano apareciese por la puerta y le dijese que lo sentía, que la quería y que iban a formar una familia juntos, pensasen lo que pensasen sus padres.

–¿Jackie?

Era la voz de Scarlett. Jackie sonrió.

–Estoy aquí arriba.

–¿Qué estás haciendo ahí?

Scarlett se acercó y miró hacia arriba.

–Sube conmigo. Las vistas son maravillosas.

–Ya sé cómo son las vistas –respondió su hermana–. Te estás comportando como una tonta.

Jackie pensó que era posible, pero que no se lo iba a decir a nadie. Scarlett se cruzó de brazos a sus pies.

–¿Qué? ¿No vas a decirme que me he pasado con el vino en la

cena? –le dijo Jackie.

–No, no voy a decirte eso.

Jackie pensó que su hermana tenía la misma cara que cuando de pequeñas hacían una travesura y oían a su madre subiendo las escaleras. Se preguntó si Scarlett le estaría ocultando algo.

–Mamá quiere que estemos todas en el salón para tomarnos algo juntas. Dice que tiene noticias familiares que darnos, algo acerca de que Cristiano no puede venir a la boda.

Jackie bajó del árbol de un salto y aterrizó al lado de su hermana. Pensó que lo mejor sería ir a ver a su madre. No debía de haberle gustado encontrarse a su invitado solo cuando había vuelto a la mesa esa noche.

CAPÍTULO 3

A PESAR de que ya era tarde, Romano se desnudó al borde de la piscina del *palazzo* y se zambulló en ella. Después de un corto baño recogió la ropa y atravesó la terraza para entrar en la casa, desnudo.

Una vez en su habitación, abrió las ventanas y dejó que el aire fresco entrase. Se tumbó en la cama, pero le costó dormirse.

Durante la noche, se despertó varias veces con la sábana hecha un lío y tuvo que sentarse y desenredarla antes de ahuecar la almohada, volver a tumbarse y jurar entre dientes.

Cuando amaneció, dejó de intentar dormir más, se vistió con unos pantalones cortos, una camiseta y zapatillas de deporte y recorrió el perímetro de la isla corriendo. Al llegar a la parte más alargada y estrecha se detuvo y observó el paisaje.

Monta Correnti estaba a unos cuarenta kilómetros al oeste, escondida entre las colinas.

Allí había esperado a Jackie en una ocasión. Su padre había estado de viaje en Roma, por negocios o con alguna mujer. Probablemente ambas cosas. Cuando habían pasado allí las vacaciones de verano, la presencia de su padre en el palacio había sido esporádica. Romano había pasado solo mucho tiempo, con todo un regimiento de criados, por supuesto.

De joven lo había odiado, pero después había aprendido a apreciarlo. Había disfrutado de una libertad que muchos adolescentes añoraban y jamás tenían. No era de extrañar que hubiese tenido fama de granuja.

Aunque en realidad nunca había hecho nada malo. Había sido caradura y osado, no un delincuente. Y su padre lo había disculpado siempre debido a la falta de una madre y a sus frecuentes ausencias.

Tal vez hubiese sido mejor que su padre hubiese sido más estricto. Para él había sido demasiado fácil comportarse como un niño rico y mimado, que no estudiaba demasiado ni pensaba en lo que quería hacer con su vida porque estaba respaldado por el dinero y el apellido de su padre.

Apartó la vista de la costa y miró hacia el palacio. La alta torre cuadrada se erigía entre los árboles, bella y ridícula al mismo

tiempo. Respiró hondo.

Jackie Patterson jamás había sido sólo una aventura para él, pero prefería recordarla como tal.

Lo había retado. Y lo había cambiado. A pesar de que su romance de verano había sido muy breve, había dejado en él una marca imborrable.

Después de que rompiesen, Romano había pensado mucho en sí mismo, se había preguntado qué quería hacer con su vida. Tenía todas las oportunidades que cualquier chico habría querido, todos los privilegios, y no se había aprovechado de ninguno. A partir de aquel día, había decidido sacar el mayor partido a lo que tenía. Había terminado el instituto, sorprendiendo a sus profesores con su progreso, y había empezado a trabajar para su padre.

Muchas personas habían pensado que había tomado el camino más fácil, pero en realidad él jamás había querido trabajar para la empresa familiar. Había querido volar solo. Pero su madre había fallecido cuando él tenía seis años, no tenía hermanos y su padre y él sólo se tenían el uno al otro. Así que había hecho lo más sensato, poner sus obligaciones familiares por delante de sus propios deseos. Y no se había arrepentido de ello.

Había seguido corriendo mientras pensaba y en esos momentos se dio cuenta de que estaba en la parte más baja del jardín. Se puso a andar. Incluso aquel lugar estaba lleno de recuerdos de Jackie, los más exquisitos e íntimos, recuerdos que volvían a su mente después de años entre las sombras.

¿Pensaría ella alguna vez en los breves y maravillosos momentos que habían pasado juntos? ¿Habría cambiado su relación también el curso de su vida? De repente, quiso saberlo. Y, más aún, deseó saber quién era Jacqueline Patterson en esos momentos, si seguía teniendo la misma energía y el mismo fuego detrás de ese exterior refinado y con mechas.

Con un poco de suerte, la boda de su hermana sería la ocasión perfecta para averiguarlo.

–¿Qué te pasa, hermanita?

Jackie dejó el libro que estaba leyendo y miró a Lizzie desde donde estaba sentada, resguardada del sol de la mañana por un enorme árbol, con la espalda apoyada en él.

–Nada, sólo me estoy relajando.

Lizzie emitió un sonido que fue una mezcla de carcajada y bufido.

–Jackie, eres la única persona que conozco que puede relajarse con todos los músculos de su cuerpo en tensión –comentó mientras se sentaba en la hierba con cuidado.

Jackie miró de reojo el vientre redondeado de su hermana. A ella le había resultado duro llevar dentro a un hijo, no quería ni pensar cómo sería con dos.

Lizzie le estaba sonriendo como sonreía una hermana mayor que creía saberlo todo.

De acuerdo, tal vez Jackie no fuese capaz de relajarse, se sentía frustrada. Quería tener algo que hacer. En especial, ese día. En especial, algo que impidiese que recordase cómo la había mirado Romano la noche anterior cuando le había tomado la mano.

La había hecho sentir como si volviese a tener quince años. Cosa muy peligrosa. No podía dejarse llevar por su cálida mirada. No podía sentirse tentada a soñar con que el amor podía durar siempre. No era real. Y él no debía hacerla sentir como si lo fuera. No después de todo lo que había ocurrido entre ambos.

¡Qué caradura!

Y lo mejor era que aquella horrible sensación de dolor y necesidad estaba envuelta en una capa de ira. De eso ella sabía mucho.

Quería estar enfadada con Romano Puccini porque, sin ira, sería difícil odiarlo, y necesitaba odiarlo.

Jackie exhaló hasta vaciar los pulmones. Se sentía mejor. Aquel territorio le era familiar. Odiaba a Romano por haberla rechazado, por haberlas abandonado a su hija y a ella.

¿Cómo podía coquetear con ella de nuevo como si no hubiese ocurrido nada?

–Lo estás haciendo otra vez.

Jackie se hizo daño en el cuello al girarlo para mirar a su hermana. Casi se le había olvidado que estaba sentada allí.

–¿El qué? –le preguntó.

–Has mirado al vacío con ferocidad. Ocurre algo, ¿verdad?

–No, no es nada.

Miró a Lizzie con cara de póquer y vio que su hermana la miraba con compasión.

¿Y si se lo contaba? Se sentiría aliviada. Tenía la necesidad de desembarazarse de sus secretos y ser libre.

Pero no era el momento adecuado, aunque su expresión le decía que la comprendería, que la reconfortaría y no la condenaría. Lizzie tenía un toque maternal, acrecentado por las hormonas del embarazo. Iba a ser una madre excelente.

«El tipo de madre que tú nunca has sido. Y que tal vez nunca serás».

Se sintió tan culpable que estuvo a punto de ponerse a llorar, pero se mantuvo firme y sonrió a Lizzie.

–Son los nervios de la boda.

Su hermana se echó a reír.

–Pensé que era yo la que debía estar nerviosa.

–¿Lo estás? –le preguntó ella.

Lizzie negó con la cabeza.

–No. No he estado más segura de nada en toda mi vida –se quedó callada.

Se quedó observando los jardines, pero su expresión no era dura, sino dulce y llena de amor. Jackie la envidió.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

–Bien –así de expresivas eran las muestras de cariño en su familia, pero Lizzie la entendía y sabía que se alegraba por ella.

Lizzie empezó a levantarse y Jackie se le adelantó y le tendió una mano para ayudarla.

–¿Por qué no te deshaces de esos nervios yendo a la ciudad con mamá y Scarlett? Están a punto de marcharse.

–Tal vez.

Mientras Lizzie se alejaba, Jackie decidió no acompañar a su madre y a su otra hermana a la ciudad. Si pasaba la mañana con

ellas, le saldrían canas.

Sí le pareció buena idea ir a pasear por Monta Correnti para comprobar si la ciudad seguía siendo tal y como la recordaba.

Fue divertido explorar Monta Correnti, pero Jackie sólo tardó alrededor de una hora y pronto volvió a sentirse inquieta. Siguió paseando y terminó en la pequeña *piazza* que había cerca de la iglesia, en la que estaba Sorella.

Era última hora de la mañana y su madre y Scarlett debían de estar dentro, tomándose algo fresco antes de ir a comer. Y ella debía entrar y acompañarlas.

Pero del restaurante de tío Luca salían unos aromas maravillosos y le apeteció un sencillo plato de pasta con su famosa salsa de tomate y albahaca.

Así que, sintiéndose rebelde, dejó a un lado el restaurante de su madre y fue hacia Rosa. El tío Luca siempre la recibía de manera cariñosa y ella aprovecharía para sacarle más información acerca de los hermanos de Isabella. Ese año habían ocurrido muchas cosas en la familia. Primero, el anuncio de que el tío Luca tenía dos hijos que vivían en Estados Unidos y de los que nadie había oído hablar. Isabella había intentado ponerse en contacto con ellos, pero no había tenido demasiada suerte. La familia había pensado romper el hielo con los gemelos invitándolos a la boda de Lizzie, pero Alessandro había rechazado la invitación y Angelo ni siquiera se había molestado en contestar.

Personalmente, Jackie no era demasiado optimista al respecto.

También quería que su tío le contase cómo estaban los hermanos pequeños de Isabella. No sabía si Valentino estaba en Monta Correnti en esos momentos, pero sería genial ponerse al día con él antes del ajetreo de la boda. También quería saber qué era de Cristiano. Su madre les había dicho la noche anterior que había sufrido un accidente laboral, apagando un incendio en Roma, y que estaba en el hospital. Su madre había dramatizado mucho la noticia y ella habría preferido que hubiese sido su tío Luca el que se la contase. Era una pena que Cristiano tampoco pudiese ir a la

boda. Jackie siempre había sentido debilidad por él.

Jackie entró en Rosa y se quedó en la puerta para mirar a su alrededor. El interior del restaurante siempre la hacía sonreír. Era muy diferente de Sorella, con su madera oscura y su decoración minimalista.

Todo en Rosa estaba viejo y pasado de moda, pero eso hacía que tuviese todavía más encanto. Y los habitantes de Monta Correnti sabían que se comía bien allí. Los visitantes ricos y los turistas comían en Sorella, pero la gente de la ciudad iba a Rosa.

A esas horas del día, el restaurante estaba desierto, aunque no en silencio. Había una discusión en la cocina, al parecer, entre dos mujeres cuyas voces Jackie no fue capaz de identificar.

Oyó entrar a alguien en el restaurante, pero no se giró a ver de quién se trataba. Se limitó a ignorar su presencia, al menos, durante un par de segundos.

–*Buon giorno*.

Reconoció la voz al instante. Se humedeció los labios y frunció el ceño.

–¿Me has seguido? –le preguntó sin darse la vuelta.

Romano tuvo el detalle de no echarse a reír.

–No. He venido a ver a Isabella, pero si te digo la verdad, tenía la esperanza de encontrarme con
tigo esta mañana.

Ella no se dignó a responder.

–¿Jackie?

Respiró hondo, pero no tuvo ningún efecto y eso la hizo sentirse todavía más molesta.

De repente, se dio cuenta de que mientras ella se concentraba en respirar y tranquilizarse, él se le había puesto delante. No le quedaba otra elección, tenía que mirarlo.

–Me gustaría mucho hablar contigo, Jackie. Creo que deberíamos aclarar algunos errores del pasado.

Jackie dejó de pensar en cómo respirar y se quedó sólo mirándolo. Y ése fue su error. La expresión de su rostro era seria, algo poco habitual en él.

¿Y si en realidad sí quería saber de Kate después de tantos

años? ¿Y si quería enmendar sus errores? ¿Podía ella dejar que su orgullo lo evitase?

No.

No le podía hacer eso a su hija. Tenía que escucharlo.

Como siempre, Romano notó cómo iba cambiando de humor antes de que se reflejase en su cara.

–Come conmigo –le pidió.

¿Comer juntos? Jackie pensó que tal vez eso fuese ir demasiado lejos. Iba a decírselo, pero la puerta de la cocina se abrió de golpe, impidiéndoselo.

–¡Tenemos que hacerlo, Isabella! –exclamó Scarlett saliendo al comedor–. ¿Y si vuelve a hablar con él? ¿Y si…?

–No me parece el momento oportuno –replicó Isabella–. Quizá después de la boda.

–¡Tal vez sea demasiado tarde! Y lo sabes.

–¡Eres demasiado impulsiva! –acusó Isabella a su prima–. Será mejor que esperemos a ver cómo… Fue entonces cuando vio a Jackie y a Romano, que la estaban mirando.

–… evolucionan las cosas –terminó, en voz mucho más baja, dándole un codazo a Scarlett en las costillas.

Scarlett se giró con los ojos muy abiertos, llenos de confusión. –¡Jackie! –dijo en tono cariñoso, sonriendo y acercándose a darle un abrazo.

Jackie se quedó inmóvil. Le resultó extraño, pero la verdad era que tenía que reconocer que Scarlett estaba fingiendo muy bien.

–Isabella y yo estábamos hablando…

Hasta ahí, estaba claro.

–¡Isabella y yo estábamos planeando una fiesta sorpresa y queríamos que comieses con nosotras para ayudarnos a organizarla! –terminó de decir.

Isabella miró a Scarlett como si se hubiese vuelto loca y luego dijo en voz alta lo que Jackie estaba pensando.

–No creo que a Lizzie…

–¡Tonterías! –replicó Scarlett tomando a su hermana del

codo–. ¿No te importa, verdad, Romano?

Pero a él no le dio tiempo a responder porque las tres mujeres ya estaban saliendo por la puerta.

–¡Estáis las dos trastornadas! –les dijo Jackie cuando estuvieron bajo la luz del sol–. ¿No lo sabíais?

–Tenemos que hablar contigo –le confesó Scarlett–. ¿Verdad, Isabella?

Jackie miró hacia la puerta del restaurante; no sabía si se alegraba o no de no ir a comer con Romano. Se dio cuenta de que su prima y su hermana intercambiaban una mirada de complicidad y suspiró, resignada.

–Está bien. Vayamos a algún sitio tranquilo, donde no pueda interrumpirnos ni oírnos nadie –respondió.

Las tres miraron a su alrededor. En una ciudad tan pequeña como Monta Correnti, era difícil tener privacidad.

–Ya sé adónde vamos a ir –decidió Scarlett con determinación.

–¿No querrás decir…? –inquirió Isabella, antes de asentir.

–Vamos.

***

Una rama golpeó a Jackie en la cara. Tropezó un poco y se torció el tobillo derecho. Nada grave, pero se había vestido para dar un paseo por la ciudad, no para ir de safari.

–Lo siento –dijo Scarlett mirando por encima de su hombro.

Llevaban un rato andando por el bosque. Jackie tenía hambre y no entendía para qué tenían que ir hasta allí para organizarle una fiesta a Lizzie.

Por fin llegaron a un pequeño claro situado al lado de un riachuelo. Jackie se puso a limpiar el suelo de palos y, mientras tanto, Scarlett e Isabella empezaron a subirse a un árbol. Scarlett se sentó en un rama e Isabella intentó imitarla, pero su rama de dobló y tuvo que conformarse con estar apoyada en el árbol. A Jackie le entraron ganas de echarse a reír.

Todo aquello le parecía un poco ridículo. Eran tres mujeres ya crecidditas, sentadas en lo que parecía un campamento infantil.

Pero no se rió porque su hermana y su prima estaban demasiado serias.

–¿Qué ocurre? ¿No estaréis planeando algo ilegal para la fiesta de Lizzie?

–En realidad, queríamos hablar contigo. La fiesta era sólo una excusa –le confesó Isabella.

Scarlett se levantó y miró a su alrededor con nerviosismo.

–Éste era nuestro campamento secreto cuando éramos pequeñas.

–Recuerdo que estabais muy unidas, el tío Luca solía decir que parecíais siamesas. Fue una pena que os pelearais. Yo pensé…

–¡Jackie! Por favor, ¿puedes dejarme hablar? –la interrumpió su hermana con desesperación–. Ya es bastante complicado como para que lo líes más.

–No nos resulta fácil decirte esto –continuó Isabella, apartándose del tronco del árbol y poniéndose a pasear.

Jackie miró a su hermana a los ojos.

–Conocemos tu secreto –le dijo ésta.

Jackie se quedó de piedra. ¿Su secreto? No podían estar refiriéndose a Kate. Tenían que estar hablando de otro secreto; la anorexia, tal vez. Frunció el ceño ligeramente.

–¿Y de qué secreto se trata?

–Del bebé –respondió Isabella.

–¿Sabéis que yo…? ¿Sabéis…?

Sus expresiones se lo confirmaron. ¿Pero hasta dónde sabían? Se puso en pie.

–¿Sabéis que estaba embarazada cuando me fui a vivir con mi padre?

Ambas asintieron, con los ojos muy abiertos.

–¿Y sabéis que di al bebé en adopción?

Isabella asintió de nuevo.

–En realidad, nadie nos lo contó, pero era evidente, porque al verano siguiente volviste sin él.

Jackie volvió a sentarse, pero escogió una mala rama y cayó al suelo. Isabella y Scarlett corrieron a ayudarla.

Cuando la levantaron del suelo, estaba temblando. Ya no tenía

ningún sentido seguir ocultando nada.

–Mi hija… Kate… contactó conmigo hace unos meses. Nos hemos visto un par de veces…

–¿Kate? –repitió Scarlett.

Jackie vio cómo su hermana se venía abajo y se ponía a llorar. –Tuviste una niña, una niña –gimoteó una y otra vez.

Jackie estaba muy sorprendida, no sólo por la reacción de su hermana, sino porque eso significaba que la odiaba menos de lo que ella pensaba.

–Lo siento –murmuró por fin Scarlett.

Jackie se volvió hacia su prima, pero también estaba llorando.

–¡No podéis contarle a nadie lo de Kate! –les advirtió de repente–. Todavía no.

Si así era como iba a reaccionar todo el mundo con la noticia, sería mejor que esperase a que pasase la boda.

–No pasa nada –añadió, respirando hondo–. Las cosas van a ir bien. Kate y yo estamos empezando a conocernos. No tenéis que estar tristes por mí, sino contentas.

Para su asombro, Scarlett e Isabella lloraron todavía más al oír aquello. De repente, se le ocurrió preguntar algo que debía haber preguntado nada más empezar la conversación.

–Pero… ¿cómo os enterasteis? ¿Os lo contó mamá?

Scarlett e Isabella negaron con la cabeza.

–Entonces, ¿cómo?

Scarlett la miró avergonzada.

–La carta.

¿Qué carta? ¿De qué estaba hablando Scarlett? De repente, lo entendió y se puso furiosa.

–¿Leísteis la carta? ¿Mi carta?

Scarlett se mordió el labio y asintió.

–¿Cómo os atrevisteis? ¿Cómo os atrevisteis? ¿Cómo…?

Estaba tan enfadada que no sabía qué más decir. Entonces, su mente la llevó a otro tema.

–En ese caso sabéis quién…

–Romano –dijo Isabella.

Jackie se llevó la mano a la boca. Aquello era peor de lo que había imaginado.

–Pero no se lo contamos a nadie –añadió su prima.

Jackie respiró hondo y se sentó en una rama segura, luego miró a su prima y a su hermana.

En realidad, había ido con la idea de contárselo a todo el mundo, así que no era tan importante.

–De todos modos, tenía pensado contároslo después de la boda. A Kate le gustaría conocer a sus tías y tíos, y creo que ha llegado el momento de revelar el secreto.

¿Por qué aquello no pareció aliviar a Scarlett e Isabella? Intentó quitar hierro al asunto.

–Lo menos que podéis hacer ahora es ayudarme a darle la noticia mamá.

–No lo entiendes –contestó Scarlett con el ceño fruncido–. Hay más.

¿Más? ¿Qué más podía haber? Ya se lo había contado todo, no quedaban más secretos.

CAPÍTULO 4

SCARLETT tragó saliva y se aclaró la garganta.

–Vine aquí con la carta para enseñársela a Isabella… Teníamos sólo once años…

–¿Y qué más? –inquirió Jackie–. Dime que le diste la carta directamente a Romano, que no pasó por las manos de nadie más…

–Fue culpa mía –intervino su prima–. Yo quería contárselo a tía Lisa. ¡Pero no lo hice! –añadió.

–Nos peleamos –continuó Scarlett–. Isabella tenía la carta y yo intenté quitársela. Se me escapó de la mano…

¿Habían roto un poco la carta? ¿Se había ensuciado? ¿Qué? Jackie estaba deseando oír algo así, pero a juzgar por la expresión de su hermana, debía de haber ocurrido algo mucho peor.

–¿Qué pasó con la carta? –inquirió.

Scarlett no contestó, pero su mirada apuntó hacia el arroyo.

–¡No! –dijo Jackie en un susurro. Entonces, necesitó agarrarse a algo, pero no encontró nada sólido a su alcance. Todo se movía con la brisa, incluso bajo sus pies.

Scarlett empezó a llorar de nuevo.

–Lo siento tanto, Jackie… Lo siento…

Ésta intentó pensar con claridad. Así que la carta que le había escrito a Romano había ido a parar al arroyo.

–Por aquel entonces no me di cuenta de lo que había hecho –añadió Scarlett, limpiándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de las manos–. No me di cuenta de lo que eso significaba, de que Romano era el padre… Fue después, cuando mamá y tú os pasabais todo el día gritándoos –sollozó–. Y entonces te mandó fuera. Y yo supe que había hecho algo mal, pero no ha sido hasta mucho más tarde cuando he podido unir todas las piezas del puzzle y comprender lo que eso significó para Romano y para ti.

Romano.

La carta había sido para Romano.

Jackie obligó a su cerebro a funcionar.

Miró hacia el arroyo.

Y, de repente, lo entendió. No se desmayó ni vomitó, pero se sintió como si fuese a hacer ambas cosas a la vez. Se quedó tan

impactada que se sentó en una zona con barro y dejó que la humedad impregnase la parte trasera de sus pantalones.

Cerró los ojos mientras la cabeza le daba vueltas.

Tenía que hacer algo. Tenía que ir a alguna parte.

Se puso en pie y echó a correr.

Romano no lo sabía.

Romano jamás lo había sabido.

Llamaron a la puerta. Jackie no se había movido de allí, se había quedado tumbada en la cama mirando hacia el techo. Contuvo la respiración y esperó. Cuando oyó que las pisadas se alejaban, suspiró.

Desde allí, oyó voces murmurando y el choque ocasional de algún cubito de hielo. Su madre debía de haber abierto las puertas del salón que daban a la terraza. Miró el reloj. Ah, era la hora del cóctel, las siete.

Pero ella no se tomaría ningún Manhattan ni ningún Cosmopolitan esa noche, sino una incómoda mezcla de verdad, arrepentimiento y náuseas, con una rodaja de amargura colgando del borde de la copa.

Al volver a casa, colorada, sudorosa y sin aliento, había puesto como excusa una migraña. Y, en realidad, no era del todo mentira. Le dolía la cabeza.

Su madre había comentado algo acerca de compadecerse de uno mismo, pero por suerte no había insistido. Estaba demasiado ocupada para ocuparse de su hija mediana. Como siempre.

Jackie no iba a bajar al salón esa noche. No habría podido soportar a su madre ni a Scarlett tal y como estaba. No saldría de su habitación hasta que se sintiese bien y lo hubiese asimilado todo.

Como había pasado la amenaza de interrupción, se levantó de la cama y miró a su alrededor, examinando la que había sido su habitación. Si hacía un esfuerzo, todavía podía ver en su mente los pósteres que había tenido en las paredes, las pilas de libros en el suelo, los diplomas enmarcados…

Ya no había nada de eso. Su madre le había redecorado la habitación la primavera en que se había marchado a Londres para siempre. En esos momentos era un elegante dormitorio de invitados en tonos lavanda y gris.

Jackie sonrió con ironía.

Estaba pasando por el momento más traumático de su vida desde el nacimiento de Kate y allí estaba, pensando en la decoración. ¿Qué le pasaba?

Nada. No le pasaba nada.

Sencillamente, era más fácil fijarse en el papel de la pared que ahondar en la noticia de esa tarde.

Su estómago volvió a rugir y se sintió encerrada en su propio cuerpo, desesperada por salir. Se apoyó en el tocador evitando mirarse en el espejo. Le dolía la cabeza.

Todo lo que había pensado que era cierto durante los últimos diecisiete años, la base sobre la cual había forjado su vida, había sido una mentira.

Se irguió y anduvo por la habitación porque necesitaba moverse. Se preguntó quién era ella, si no era Jacqueline Patterson, una mujer movida por una traición y por los duros golpes de la vida. No era el tipo de mujer capaz de pisotear a nadie para ascender a redactora jefa de *Gloss!* Y si no era esa mujer, no le quedaba nada, porque el trabajo era lo único que tenía.

Romano no lo sabía.

Jamás lo había sabido.

Cerró los ojos y oyó un suave susurro en sus oídos.

Se preguntó si aquello había cambiado las cosas. ¿Habría permanecido Romano a su lado si lo hubiese sabido, a pesar de ser tan jóvenes, a pesar de la discusión que los había separado? Una imagen le llenó la mente y no fue capaz de deshacerse de ella: una pareja joven, despierta después de la media noche, agotada, pero feliz. Él le daba un beso en la frente y le pedía que volviese a la cama que acababan de compartir, que durmiese un poco. Y luego mecía a un bebé en sus brazos hasta dormirlo.

No.

No habría sido así. No era posible que hubiesen perdido su

oportunidad debido a un par de hojas de papel.

Tenía que ser realista. Las estadísticas estaban de su parte. Habría sido más probable que se hubiese convertido en madre soltera, agotada y aburrida, mientras sus amigas salían con chicos, iban a fiestas y eran jóvenes y frívolas.

Sí. Esa imagen le pareció mejor. Aquélla habría sido su realidad. Tenía que aferrarse a eso, pero no podía.

Se acercó a la ventana, pero no demasiado, no quería que la viese nadie. Miró hacia la puesta del sol, que brillaba con fuerza y se ponía sobre el agua cristalina del lago, allí donde Romano debía de estar en esos momentos.

Durante todos aquellos años lo había odiado. Por nada. ¡Qué desperdicio de energía, de vida! Podía haber hecho algo mejor, aunque no se le ocurría nada.

Poco a poco, fue sintiéndose mejor. «Date un respiro, Jacqueline. Eras una niña de quince años, aterrada, y ahora eres una mujer poderosa, con éxito. Puedes soportar una situación así».

Romano no era el monstruo que ella había creado en su imaginación. Ni, probablemente, el joven padre de sus fantasías. La realidad debía de estar a medio camino entre ambos.

Tenía que darle la oportunidad de que le demostrase que estaba equivocada. Tenía una hija que estaba deseando saber quién era y de dónde venía.

Jackie se apartó de la ventana y volvió a sentarse en la cama. Aquello cambiaba sus planes. Todavía no podía hablar a su familia de la existencia de su hija, antes debía contárselo a Romano. Tal vez fuese demasiado tarde para celebraciones, pero tenía que saber que era padre.

Los cálidos rayos del sol entraban por los tragaluces del despacho de Romano, bailando por las paredes mientras pequeñas nubes hinchadas jugaban al escondite con el sol. Ésa era una de las desventajas de tener el despacho en una casa así. Las distracciones lo bombardeaban por todas partes. Uno de los motivos por el que había aceptado la invitación a la boda de Lizzie era que le había

dado una excusa perfecta para pasar dos semanas enteras en el *palazzo*. El plan había sido utilizar el tiempo libre antes y después de la celebración para reflexionar acerca de su próxima colección.

Estaba pensando que el cielo estaba riéndose de él por estar dentro de casa en un día así cuando su teléfono móvil sonó.

Miró la pantalla, pero no reconoció el número.

–¿Dígame?

Hubo un breve silencio, luego alguien respiró profundamente.

–¿Romano?

Él dejó de fruncir el ceño y arqueó las cejas.

–Soy Jackie –le dijo la voz–. Jackie Patterson.

Él ya la había reconocido, pero no había contestado porque se había quedado demasiado sorprendido. Después de tantos años, su voz le seguía resultando muy familiar.

Se preguntó para qué lo llamaría, después de haber estado evitándolo durante los últimos días.

Sonrió.

–¿Y a qué debo semejante placer?

Hubo otro silencio.

–Creo que me debes una invitación a comer.

Él pensó que, en realidad, Jackie todavía no había accedido a comer con él cuando su hermana y su prima se la habían llevado del restaurante el día interior.

No obstante, lo dejó pasar. Si aquella Jackie seguía pareciéndose a la que él había conocido, esa llamada significaba que quería algo. Y eso lo intrigó.

–Es cierto –respondió–. ¿Quieres que vayamos a Rosa?

–No –dijo ella de inmediato–. Mejor a algún sitio más tranquilo.

Romano sonrió. Era evidente que Jackie se refería a algún lugar más íntimo.

–De acuerdo –añadió despacio, intentando hacer pensar a Jackie que era ella la que tenía el control de la situación.

Buscó en su mente algún lugar agradable y tranquilo al que llevar a Jackie. Descartó en un momento cinco restaurantes. Demasiado ruidoso. Mala comida. El ambiente inadecuado…

Miró por la ventana y vio las praderas, los setos.

–¿Quieres hablar conmigo? ¿En privado?

–Sí.

Le pareció oír una cierta cautela en su voz. Bien. Jackie siempre era más divertida cuando la pillaba desprevenida. Siempre hacía cosas radicales, inesperadas. Y a él le gustaban las cosas inesperadas.

–Entonces, ven a la isla –le propuso–. Tendremos toda la tranquilidad que queramos. Comeremos aquí.

Jackie dejó escapar una carcajada.

–¿Qué? ¿Sabes cocinar?

Se echó a reír también.

–Tendrás que aceptar mi invitación si quieres averiguarlo.

Ella resopló.

Romano esperó.

–Está bien –dijo Jackie por fin, suspirando con resignación.

Jackie llegó puntual. Romano no había esperado menos de ella. Aparcó su elegante coche sobre la hierba, cerca de un pequeño embarcadero que había en la orilla del lago Adrina, al sur de la isla del Raverno. Él la estaba esperando en una lancha motora que había atado al final de la estructura de madera. El suave vaivén lo meció mientras la veía salir del coche, elegante y refinada.

Tenía estilo, y ése no era un cumplido que Romano le hiciese a cualquiera.

Iba vestida de manera informal, con unos pantalones capri de color turquesa y una camiseta blanca con cuello halter, sobre la que se puso una camisa de manga larga nada más salir a la luz del sol. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo baja. Se quitó las gafas de sol de encima de la cabeza para taparse los ojos y eso la hizo todavía más distante y atractiva al mismo tiempo. A Romano siempre le habían gustado las frutas prohibidas.

No le cabía la menor duda de que, cuando Jackie se había vestido para ir a verlo, había escogido con mucho cuidado el

aspecto que quería ofrecerle. Su ropa le decía: «Piensa en mí como en cualquier otra mujer: realista, nada amenazadora, relajada». Romano se sintió intrigado por su elección, por qué se había vestido Jackie de forma tan sencilla cuando cualquier otra mujer habría hecho todo lo contrario.

Se levantó, salió de la barca y anduvo hacia ella. Jackie no sonrió, y a él le gustó todavía más. Sonreír habría sido como mentir. A él se le daba muy bien interpretar a las mujeres, sus cuerpos, los mensajes silenciosos que lanzaban sus posturas y gestos, y mientras veía a Jackie acercarse a él recibió un montón de señales contradictorias.

Saludar a las personas de manera cariñosa, independientemente de los sentimientos que éstas le provocasen, formaba parte de su mundo. Por eso, casi sin pensarlo, se inclinó para darle un beso en la mejilla y la tomó de la mano. Lo había hecho miles de veces con miles de mujeres, y la había visto a ella hacerlo también, pero en ese caso surgió toda una ola de recuerdos que lo golpeó con fuerza.

Seguía oliendo igual. A calor. A especias. A mujer.

Y, de repente, su mano le resultó más suave, más viva, como si pudiese sentir su pulso latiendo en ella, y después de besarla, sintió un cosquilleo en los labios.

Hasta entonces, la idea de embarcarse en una segunda aventura veraniega con Jackie Patterson le había parecido una idea agradable, más que una necesidad física. Tenía la sensación de que, cuando terminase, se habrían borrado de su mente todas las preguntas que se había hecho a lo largo de los años después de su primera aventura. Eran mayores y más sensatos, y la experiencia calmaría eso que chirriaba y se removía dentro de su alma, deseando salir. En esa ocasión, el final sería limpio. No habría líos ni ataduras.

La acompañó hasta la lancha y se dio cuenta de que ya no sólo quería estar cerca de Jackie para apaciguar a sus fantasmas, sino que su cuerpo la deseaba. No obstante, no iba a precipitarse. A pesar de que parecía serena, era evidente que en realidad estaba incómoda y nerviosa. Voluble. Si quería llevársela a la cama,

tendría que tranquilizarla antes.

Sonrió. Pocos hombres habrían adivinado el calor y la pasión que existían detrás de aquel sofisticado exterior, pero él los conocía. Y eso hacía que la espera fuese todavía más dulce.

En la isla había varios atracaderos y Romano escogió el que les permitiría dar un paseo por los exuberantes jardines del *palazzo*. Jackie no habló mucho mientras caminaba delante de él, mirando a izquierda y derecha, con el ceño ligeramente fruncido. Romano se dio cuenta de que los ojos le brillaban de vez en cuando y de que le subía el color a las mejillas, y supo que estaba recordando las mismas cosas que él: recuerdos de pieles suaves y desnudas, de la brisa fresca con olor a flores, de calor y saciedad.

Allí habían hecho el amor por primera vez, una noche en que su padre había salido. Él se había inventado una excusa para que el ama de llaves y la cocinera se tomasen la noche libre, después de haber dejado la cena hecha, por supuesto, y Jackie y él habían cenado en la larga mesa de comedor, habían bebido un poco del mejor vino de su padre y habían fingido que eran mayores y más sofisticados, libres para amarse sin comentarios ni interrupciones.

Él no había planeado seducirla. Sólo había querido pasar más tiempo a solas con ella, en un lugar más agradable que la vieja granja derruida. Jackie era demasiado joven, así que él se había estado conteniendo, pero esa noche… Habían dado un paseo por los jardines después de cenar y ella se había girado hacia él, para besarlo, le había susurrado su nombre al oído y se había ofrecido a él. Romano no había sido capaz de decirle que no. Jackie había jugado con fuego a propósito, había hecho cosas que sabía que lo excitaban y que le hacían perder la cabeza.

No obstante, Romano no se arrepentía.

Había sido embriagador, y el resto del verano le había parecido un sueño en el que sólo le había importado pasar tiempo con ella. Había sido una locura, sí. Pero memorable.

Llegaron a la gran terraza con el parterre y las enormes jardineras. La vio pasear por varios caminos, deteniéndose a acariciar el borde de los recipientes de piedra y a oler sus flores. En esa ocasión sería diferente. Eran adultos, no tendrían los

miedos y las complicaciones de los adolescentes. Aun así, Romano tenía la sensación de que también sería memorable.

En el patio que había en el lateral del *palazzo* había preparada una mesa con la comida. La condujo hasta ella. En la cubitera había una botella de vino blanco enfriándose, y en el centro de la mesa, una fuente. Jackie se levantó las gafas de sol y arqueó las cejas. Romano ya sabía lo que estaba pensando.

–Me han ayudado un poco –comentó, incapaz de resistirse a tomarle el pelo, a pesar de haberlo preparado casi todo él.

Le gustaba cocinar. Era una manera más de ser creativo y los resultados le producían un gran placer si dedicaba el tiempo y la precisión necesarios. Y le encantaba sentir placer, fuese cual fuese el precio.

–¿Prefieres sentarte al sol? Puedo quitar la sombrilla.

Jackie negó con la cabeza.

–No, gracias. El sol envejece.

Romano se encogió de hombros y le retiró la silla para que se sentase. Luego levantó la tapa que cubría la fuente del centro de la mesa y dejó al descubierto una montaña de marisco: ostras, mejillones, jugosos langostinos, calamares y vieiras, todo descansando sobre una capa de hielo. A Jackie se le olvidó por un momento mantener la compostura. Romano recordaba que le encantaba el marisco.

–Guau –dijo.

–¿Ves? Sé cocinar.

Ella sonrió por primera vez en su presencia.

–¿No esperarás que me crea que has preparado tú solo todo esto? ¿Incluso las ensaladas?

Él le tendió una cuchara para que se sirviese y señaló la fuente con la cabeza.

–Hasta un tonto sería capaz de partir una lechuga, unos tomates y echarles un poco de aceite y vinagre.

–Eso parece.

A Romano le gustó su respuesta. Siempre le había encantado su sentido del humor. Jackie era divertida, inteligente y bella, siempre había sido su aventura de verano favorita. Y la última.

Después, había tenido otras cosas en las que pensar. Había tenido que aprenderlo todo en Puccini Designs, había tenido que demostrar que valía. No había vuelto a distraerse con mujeres hasta después de tener éxito en su trabajo. Y, por entonces, había sido mayor y la época de las aventuras de verano ya había pasado.

La comida fue agradable. A Romano estuvo a punto de olvidársele la sospecha de que Jackie le tenía preparada alguna sorpresa. Hablaron de trabajo y del mundo de la moda. Ella escuchó con interés sus ideas para la nueva colección. Jackie Patterson se merecía estar donde estaba. Conocía muy bien su trabajo. Romano no había oído jamás comentar a nadie que Jackie hubiese tenido éxito porque su madre había sido modelo. Más bien lo contrario.

Lisa siempre se había comportado como una diva, mientras que Jackie era realista y profesional y sabía mucho. Romano estaba tan concentrado volviendo a conocerla que casi se le olvidó su propio plan secreto.

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Monta Correnti? –le preguntó mientras le servía marisco por segunda vez y con la esperanza de que Jackie no le dijese que tenía una reunión urgente justo después de la boda.

–Dos semanas –respondió ella–. Mi madre me ha convencido para que me quede, dado que Scarlett también va a estar por aquí.

Romano asintió, demasiado preocupado con sus propios cálculos para registrar el repentino calor que había brillado en sus ojos durante un instante. Dos semanas era el tiempo perfecto. Suficiente para seducirla, en esa ocasión le tocaba a él, pero no demasiado para comprometerlos de por vida.

Cuando terminaron de comer, ambos se quedaron adormecidos. Guardaron silencio y observaron el lago, que estaba precioso. Por el rabillo del ojo, Romano se dio cuenta de que Jackie cambiaba de postura, que tomaba aire y no lo soltaba. Giró la cabeza para mirarla.

Por un momento, Jackie se quedó inmóvil, pero luego se puso las gafas de sol sobre la cabeza y lo miró.

–Romano…

Después volvió a mirar hacia el lago. Tras un largo minuto, se giró de nuevo hacia él.

–Quería… contarte algo –le dijo muy seria.

Él dejó de sonreír.

–¿Por qué no haces un reportaje exclusivo con *Gloss!* cuando salga la nueva colección de Puccini? –le preguntó Jackie.

Él abrió la boca y volvió a cerrarla. Por algún extraño motivo, no era eso lo que había esperado oír.

Pero aquélla era Jackie Patterson, capaz de desequilibrar a cualquier hombre.

Romano pensó que podía ser la oportunidad perfecta para mantener el contacto con ella durante los siguientes días, para hacer que dejase de fruncir el ceño, que se relajase en su compañía hasta recordar lo bien que habían estado juntos, en vez de lo mal que habían terminado.

–Es una posibilidad –contestó sonriendo–, pero ya me contarás los detalles en otro momento. ¿Qué te parece si tomamos algo juntos mañana por la noche?

CAPÍTULO 5

POR suerte, Jackie conocía la carretera que llevaba a Monta Correnti como la palma de su mano, porque no estaba concentrada mientras conducía de vuelta a casa de su madre. Y también por suerte sólo se había bebido media copa de vino en la comida. Romano ya la había hecho sentirse suficientemente mareada y ella había decidido que iba a necesitar hacer acopio de valor si quería darle la que podía ser la noticia más importante de sus treinta y cuatro años de vida.

Se había acobardado y no se lo había dicho.

Jackie suspiró mientras subía la pronunciada colina monopolizando casi toda la carretera.

Había pensado que estaba preparada para decírselo, para abrir la boca y cambiarle la vida para siempre.

Pero no había contado con que, a pesar de casi dos décadas odiándolo, el efecto que Romano tendría en ella sería más potente que nunca. Siempre había hecho que se quedase sin respiración cuando lo tenía cerca, o cuando le sonreía. Lo mejor sería que recordase cómo había terminado todo la última vez que se había dejado llevar por aquella placentera sensación de asfixia.

Aunque toda esa química que sentía probablemente no tuviese nada que ver con ella. Romano no podía evitarlo, emanaba una extraña feromona que enloquecía a las mujeres. A pesar de haber logrado una gran reputación en su trabajo, no era de los que tenían relaciones duraderas y eso había hecho que ella dudase si sería un buen padre. Si no lo era, no era lo que Kate necesitaba.

¿Pero qué sabía ella? ¿Acaso había tenido alguna relación duradera en su vida? Lo cierto era que, después de Romano, no había permitido que nadie se le volviese a acercar tanto. Había tenido relaciones, sí, pero en las que ella había llevado siempre las riendas. Éstas habían durado hasta que los hombres se habían dado cuenta de que jamás los antepondría a su trabajo y, cuando la habían dejado, ella se había felicitado a sí misma por no haberse implicado demasiado en la relación.

Redujo la velocidad y se detuvo en el mirador de grava que había en lo alto de la colina. Apagó el motor, salió y fue hacia la barandilla para disfrutar de la maravillosa vista del lago.

Había deseado echar a correr, alejarse de él lo máximo posible. ¿Por qué no se había atrevido a contarle la verdad? ¿Estaría pensando otra vez en sí misma, en mantenerse sana y salva, en mantener el espejismo de perfección intacto?

No, no había temido por sí misma, sino por Kate. Se había imaginado distintos escenarios, todas las posibles reacciones de Romano. ¿Se enfadaría? ¿Se quedaría horrorizado? ¿Se mostraría ambivalente?

¿Y si lo asustaba? Darle aquella noticia tras diecisiete años de silencio era demasiado repentino. Pero no tendría otra oportunidad. Tenía que contárselo.

Tragó saliva y se aferró con fuerza a la barandilla de hierro, pero en vez de perderse en el lago Adrina, se limitó a mirarse los pies.

Se le rompería el corazón por Kate si Romano no quería saber nada de ella. Jackie sabía lo que era perder a un hombre así. Dolía mucho. Y Kate la odiaría por haberlo estropeado todo, por haberlo asustado. No podía hacerlo.

La comida había estado bien, pero sólo había sido el comienzo. Le gustase o no, Romano y ella estarían unidos para siempre cuando él supiese la verdad.

Por eso se había inventado una razón para que siguiesen en contacto. Tenían que volver a conocerse. Entonces encontraría el modo de hablarle de Kate.

Sólo tendría que ignorar el brillo de sus traviesos ojos grises, olvidarse de que su cuerpo creía estar lleno de nuevo de hormonas adolescentes cuando clavaba los ojos en él. Al menos Romano no había intentado nada; se había comportado como un caballero, aunque Jackie estaba segura de que también había sentido atracción. Por suerte, eran mayores y más sensatos y ambos sabían que sería un error dejarse llevar por esa atracción.

Cuando Jackie atravesó por fin con el coche las puertas de la casa de su madre, vio a Scarlett sentada en las escaleras que daban a la puerta principal. Aparcó el coche de alquiler al lado del de su

madre y apretó los labios con fuerza mientras apagaba el motor. Conocía esa mirada de su hermana. Estaba preparándose para una confrontación, algo que a ella no le apetecía lo más mínimo.

Salió del coche e intentó ignorarla, pero cuando llegó a la escalera Scarlett se levantó y le bloqueó el paso.

–¿Qué pasa? –inquirió ella–. ¿Llevas toda la tarde esperándome?

–Eso es.

Jackie sacudió la cabeza y siguió subiendo las escaleras. Pensó que su hermana era una testaruda.

–Por favor, Jackie –dijo ésta cuando estuvo a su altura.

No fue el tono de su voz, un tanto ronca y aguda, lo que hizo que Jackie se detuviese, sino la desesperación que vio en sus ojos. Ambas guardaron silencio durante unos segundos y Jackie no fue capaz de apartar la vista de ella ni de moverse.

–Está bien –le dijo por fin.

Scarlett asintió y avanzó deprisa por el jardín. En vez de dirigirse a la mesa y las sillas que había en la terraza, o hacia el espacioso cenador, siguió andando colina abajo. Cuando llegó al viejo árbol del fondo, se sentó sobre una de sus ramas más bajas.

–Me ha parecido buena idea que hablemos en tu territorio.

Jackie se limitó a mirarla fijamente. Aquella semana estaba siendo la más extraña de toda su vida.

Scarlett le sonrió con timidez, como aquel día que había asomado la cabeza en su habitación y le había pedido que le leyese un cuento porque su madre estaba demasiado ocupada.

–No puedo creer que esté haciendo esto –comentó Jackie sentándose en su rama–. Pensé que habías dicho que era una tontería venir aquí.

–Y lo es.

Jackie gruñó y se colocó en la rama de tal modo que pudiese ver a Scarlett.

–Solíamos venir aquí para hablar en voz baja de cosas de las que no queríamos que se enterase mamá –comentó Scarlett–. ¿Se lo vas a contar? –le preguntó.

Jackie esperó a que la mirase a los ojos para contestar.

–Tengo que hacerlo. De todos modos, pronto va salir todo a la luz.

Scarlett asintió.

Jackie tomó aire.

–Pero, antes, tengo que contárselo a Romano –afirmó. –Lo siento mucho, Jackie. Tenía que habértelo dicho antes… Jackie siguió mirándola a los ojos. Su hermana no se amedrentó.

–Sí, tenías que haberlo hecho.

Scarlett suspiró.

–Fue más fácil fingir que todo había sido una horrible pesadilla cuando me trasladé a vivir a la otra punta del mundo. Pensé que podría huir de ello, hacer como si no hubiese ocurrido… Pero, con el tiempo, me di cuenta de las verdaderas consecuencias de mis actos y… me acobardé. Lo siento –se encogió de hombros–. ¿Qué puedo decir? El gen de la supervivencia es muy fuerte en nuestra familia.

Jackie exhaló. Sabía lo que era acobardarse, desear decir la verdad pero no ser capaz de encontrar las palabras adecuadas.

Enfadarse con Scarlett le resultó mucho más difícil de lo previsto. Su hermana le estaba pidiendo perdón con el corazón. Después de todo lo que había ocurrido entre ellas, ¿podía utilizar aquello para construir una verdadera relación de hermanas?

–Al menos, ahora entiendo por qué me has odiado durante todos estos años.

Deseó decirle que ella también lo sentía, por haberla decepcionado, por haber desencadenado la serie de acontecimientos que la habían obligado a marcharse de casa a vivir con su padre, pero no pudo ser tan sincera como Scarlett. Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

En un rápido movimiento, Scarlett se bajó de su rama y aterrizó en la de ella. Tenía los ojos rojos, pero todavía no estaba llorando.

–¿Eso pensabas? ¿Que te odiaba?

–¿No era así?

–¡No! –exclamó Scarlett–. No… –repitió en voz más baja.

–Pero…

Entonces empezó a llorar.

–No me marché por ti, Jackie. Me marché porque no era capaz de soportarme a mí misma. Cuando volviste de Londres, parecías tan distinta, tan triste… No soporté verte así. Así que hice lo que habría hecho una niña pequeña: huir y decirme a mí mima que no era culpa mía.

Hasta entonces, Jackie sólo había pensado en su dolor, en que la habían engañado. Emocionalmente, no había pasado de los quince años en aquel aspecto, se concentraba demasiado en su propio sufrimiento como para ver a los demás sufrir. De repente, empezó a ver las cosas claras.

Romano tenía una hija que ni siquiera sabía que existía. Se había perdido todos aquellos años y jamás podría recuperarlos.

Y Scarlett había llevado las cicatrices de aquel terrible secreto con ella toda su vida. Eso había afectado a su relación como hermanas, a la relación de Scarlett con su madre… a todo.

A Jackie le picaban los ojos. Los cerró y se agarró a la manga de la blusa de Scarlett para atraerla hacia ella y darle un abrazo. Se quedaron así mucho tiempo.

–Era demasiado orgullosa –susurró Jackie–. Tenía que haber ido a hablar con Romano en persona, pero no fui capaz. Jamás debí haberte involucrado a ti, Scarlett.

Su hermana se echó hacia atrás y la miró.

–¿Qué quieres decir? ¿Me perdonas?

Jackie se mordió el labio para que no le temblase antes de hablar.
–Si tú me perdonas a mí. Scarlett la abrazó con tanta fuerza que le hizo daño. Por desgracia, pilló desprevenida a Jackie, que perdió el equilibrio. Ambas cayeron al suelo abrazadas.

–¡Ah! –exclamó Scarlett, antes de echarse a reír.

Jackie no supo si estaba gimiendo de dolor o riendo con ella. Y cuando intentaron separar sus piernas y sentarse, rieron todavía más.

–¿Niñas? –las llamó su madre.

Ellas contuvieron la respiración, se miraron y estallaron a reír

de nuevo. Lisa se las encontró llorando y riendo mientras intentaban limpiarse el polvo de la ropa.

El chico detuvo su Vespa en la parte trasera de la granja abandonada y apagó el motor. Todo parecía tranquilo. Levantó la vista. El cielo era de un azul cobalto, salpicado de pequeñas nubes blancas tan altas que estaban a punto de evaporarse, y había una cierta humedad en el aire. Se quedó inmóvil.

¿Acaso ella no estaba allí? ¿Por qué no había salido corriendo a su encuentro al oírlo llegar?

Con el ceño ligeramente fruncido, fue él quien dio la vuelta al edificio, llamándola. Nadie contestó.

La encontró sentada en el escalón de la parte delantera de la casa, con la espalda apoyada en la vieja puerta y las piernas cruzadas. No se movió, no lo miró, aunque tenía que haberlo oído llegar.

–¿Jackie? ¿Qué te pasa?

Se sentó a su lado y metió las piernas debajo de las de ella, que llevaba la larga melena morena recogida en una cola de caballo. Sus ojos de color avellana lo miraron con una severidad poco habitual en ella.

–Me sorprende que hayas venido –lo atacó, levantando la vista–. Pensé que seguirías en la *piazza*, dejándote querer por esa tal Francesca Gambardi.

Romano se giró. Estaba empezando a cansarse de aquello. Desde que habían pasado la noche juntos, casi tres semanas antes, Jackie había estado comportándose de forma muy extraña.

Bueno, casi todo el tiempo era ella, normal, ardiente, apasionada, pero de vez en cuando se quedaba callada y se ponía de mal humor. Y luego decía alguna tontería. Como acababa de hacer unos segundos antes. Le dolía la cabeza de tanto preguntarse qué le podía pasar.

Suspiró.

–Sólo hemos estado charlando.

–¡Pues últimamente parece que hablas mucho con Francesca!

Él se sintió cansado y mayor cuando le respondió:

–No hay nada de malo en hablar con una amiga y, además, si estaba en la *piazza* era con la esperanza de verte a ti para pedirte que viniésemos aquí. Eso he hecho y has venido. Así que no entiendo cuál es el problema.

Ella puso los ojos en blanco y Romano empezó a enfadarse.

–¿Qué más quieres que haga?

–¡Decirle a Francesca que no te interesa! –respondió ella de inmediato.

–¡Ya se lo he dicho! Y ella sigue preguntándome por qué, pero no puedo contarle que es porque estoy saliendo contigo. Se enteraría toda la ciudad y no podríamos volver a vernos. Así que hasta que no podamos convencer a nuestros padres de que nuestra relación es seria, no podré hacer otra cosa.

–Lo que te viene fenomenal. Parece que tienes la excusa perfecta para tontear con quien quieras sin perderme a mí.

–No es cierto.

Jackie sabía que no lo era. ¿Cómo iba a pasar todo el tiempo que podía haciéndole el amor a ella, susurrándole promesas al oído, haciendo planes, y después ir detrás de una chica como Francesca? ¿Cómo iba a ser capaz de algo así?

El silencio de Jackie y sus labios apretados hicieron saber a Romano todo lo que necesitaba saber.

Se levantó y se apartó de ella. Dio sólo unos pasos, pero se alejó lo suficiente como para poder pensar.

–No estás siendo sensata –le dijo.

Jackie se puso de pie de un salto.

–¡Soy tan sensata como cualquier otra chica!

Eso era lo que a él le preocupaba.

Jackie puso los brazos en jarras y lo traspasó con la mirada. Tenía un efecto extraño en él. En vez de sentirse intimidado, tenía ganas de volver a su lado y besarla apasionadamente, de convencerla de que sólo la quería a ella.

Estaba a punto de hacerlo cuando fue Jackie la que se acercó y le golpeó el pecho con el dedo índice.

–No necesito ser sensata, como tú dices, teniendo ojos en la

cara. Te gusta, ¿verdad? ¿Francesca?

Romano se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la casa. Entró en ella con la esperanza de que el aire fresco le pusiese de mejor humor.

Jackie lo había engañado.

Mientras que el resto del mundo pensaba de él que sólo se dedicaba a sangrar a su famoso padre, o que era un niño mimado que no conocía límites y no respetaba ninguna autoridad, siempre había creído que Jackie era la única que lo conocía, incluso mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Por eso le dolió tanto que lo acusase así. Era el peor insulto que podría haberle dedicado.

Unos meses antes habría tenido razón, pero eso había sido antes de conocerla. Ella lo había retado a descubrir quién era en realidad, si era lo suficientemente valiente. Y había fracasado, y le dolía.

Oyó un ruido detrás de él y miró por encima de su hombro. Jackie estaba en la puerta. –Esto es una tontería –le dijo Romano, con más dureza de la que había pretendido.

Ella, en vez de darle la razón, ablandarse y correr a darle un abrazo, tal y como Romano había esperado, se irguió todavía más y lo miró con desprecio.

–Veo que he metido el dedo en la llaga. Él ni siquiera se molestó en contestar y Jackie avanzó un par de pasos antes de añadir: –Francesca es muy guapa, ¿verdad? –comentó en tono inocente.

Romano no supo a qué estaba jugando, pero tuvo la sensación de que él ya había perdido. Jackie le repitió la pregunta varias veces y él empezó a pensar que quería que le diera la razón.

–Sí, Francesca es muy guapa –admitió al final, cansado. –Te gusta más que yo –se quejó ella entonces.

Romano se pasó la mano por el pelo, arrepentido de haberle dado la razón. La quería, la quería de verdad, pero si hubiese sabido que dar un paso más en su relación iba a abrir semejante caja de Pandora de emociones femeninas, tal vez hubiese esperado

un poco más.

Jackie no había estado preparada para aquello. Ni él tampoco.

De repente, un verano lleno de besos dulces, robados, y de inocentes miradas, se había transformado en una relación adulta, llena de complicaciones.

–Veo que no lo niegas –continuó Jackie, en tono más frío.

Y aquello fue la gota que colmó el vaso.

–En este preciso momento, estoy empezando a pensar que tienes razón.

Vio horror y desolación en el rostro de Jackie.

–En ese caso –le contestó ella–, no quiero volver a verte jamás.

Entonces se dio la vuelta y salió corriendo de la casa, dejándole una sola opción. Romano no tardó en alcanzarla.

–¡Jackie! –gritó, cuando estaba casi a su lado.

Ella se detuvo y lo miró.

–Te lo he dicho en serio. Si intentas llamarme, te colgaré. Y si vienes a casa, soltaré al perro.

Su carcajada no la apaciguó, pero Romano pensó que más tarde se reirían de ello juntos. Dio un paso al frente y le acarició la mejilla con el dedo pulgar.

–El perro de tu madre es un caniche enano –comentó sonriéndole–. ¿Qué iba a hacerme?

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que había metido la pata. A Jackie no le había hecho ninguna gracia su observación. Lo insultó y siguió andando, y al pasar al lado de su Vespa le dio una patada y la tiró al suelo.

Romano no se molestó en seguirla.

Esa tarde ya no podrían hacer las paces. Levantó la moto y decidió irse a dar una vuelta para aclararse las ideas. Jackie terminaría por tranquilizarse, como siempre, y entonces iría a verla, ambos se disculparían y todo volvería a la normalidad.

***

Jackie no pudo dejar de pensar en Romano mientras se ponía

el vestido de dama de honor. Cuando Scarlett le subió la cremallera, pensó que eran los dedos de él los que le rozaban la espalda. Se sintió nerviosa al pensar que había diseñado aquel vestido pensando en ella.
–Ya está –le dijo su hermana–. Voy a mi habitación a por el bolso. Nos vemos abajo. Jackie se limitó a asentir. Tenía que dejar de soñar.

No merecía la pena pensar… recordar… a Romano así. Desde el punto de vista amoroso, hacían una mezcla explosiva. Pero lo que Kate necesitaba en esos momentos era tener unos padres capaces de estar en la misma habitación sin discutir.

Kate necesitaba seguridad, estabilidad. Unos padres sensatos que la apoyasen, y ése era el único tipo de relación que ella podría tener con Romano.

Se acercó al espejo para comprobar su maquillaje. Estar en contacto con Romano durante los últimos días no la había ayudado nada. Aunque ése hubiese sido su plan. Habían hablado por teléfono, habían tomado café, habían vuelto a comer. La conversación había girado casi siempre en torno al trabajo, pero Jackie tenía la sensación de haber logrado lo que se había propuesto. Estaban empezando a forjar una amistad que esperaba que fuese lo suficientemente fuerte para aguantar la noticia que iba a darle.

Había llegado el momento de contárselo.

El día de la boda, no, por supuesto. Lo haría al día siguiente. Tendría que buscar algún momento durante la celebración para quedar con él.

–¿Jackie? –la llamó su hermana Scarlett al pasar por delante de su habitación.

–Voy –respondió ella, tomando su chal y su bolso.

Y corrió todo lo que se lo permitieron sus tacones para reunirse con el resto en la entrada de la casa.

–Lizzie, estás perfecta. Radiante.

Su hermana mayor se ruborizó, haciendo que se pusiese todavía más guapa.

–Me alegra saberlo, porque estos dos –hizo una pausa para frotarse el vientre– llevan jugando al fútbol en mi tripa desde las cinco de la madrugada. Estoy agotada.

Jackie le dio un beso en la mejilla.

–Si estás radiante, es gracias a ellos –le dijo, suspirando–. Tienes tantas cosas por las que ser feliz…

No quiso haber dicho aquello. La había traicionado su propia boca. Algo extraño en ella, que siempre se controlaba, que siempre tenía cuidado con lo que decía y lo que proyectaba.

De repente, era consciente de todo lo que se ha
bía perdido con Kate, de que había perdido momentos que jamás volverían. Scarlett le apoyó la mano en el hombro y le dio un cariñoso apretón. –¿Estás bien? –le preguntó Lizzie, frunciendo el ceño.

Jackie sonrió de inmediato.
–Por supuesto. Estoy bien. Es sólo… ya sabéis… la emoción del día. Su madre alzó la mirada al cielo. –El mundo no gira alrededor de ti, Jackie. Un par de meses antes, incluso un par de días antes, se habría enfurecido con aquel comentario, pero en ese momento se giró hacia su madre e intentó mirarla sin orgullo ni rebeldía.

–Ya lo sé, mamá –le contestó–. Créeme, por fin me he dado cuenta.

CAPÍTULO 6

LA CEREMONIA en el espléndido juzgado de Monta Correnti fue sencilla y conmovedora. El modo en que Jack Lewis miró a su futura esposa mientras le ponía el anillo en el dedo hizo llorar a casi todo el mundo. Y luego todos se subieron a las limusinas y una flota de barcas motoras adornadas con lazos blancos los condujeron a la isla de Romano para el resto de la celebración. A Jackie se le puso el corazón en la garganta, allí sentada, temblorosa, mientras la barca se acercaba al amarradero de piedra que había justo debajo del palacio de Romano.

Al juzgado habían asistido sólo amigos cercanos y familiares. En el palacio los esperaban los demás invitados para compartir con los novios una ceremonia religiosa y la recepción que tendría lugar en los jardines de la isla del Raverno.

Jackie intentó no pensar en Romano, pero no podía dejar de darle vueltas a la conversación que iba a tener con él al día siguiente.

No obstante, ese día no era ella la protagonista. Ya se lo había dicho su madre, y con razón. Durante el trayecto de Monta Correnti al lago Adrina, había pensado mucho en las palabras de su madre. Desde que tenía memoria, incluso desde antes de quedarse embarazada de Kate, siempre había pensado que todo giraba a su alrededor. Dado que había sido la hija mediana, siempre había tenido que esforzarse por recibir atención, había aprendido a desarrollar su sentido de territorio, a pesar de que Lizzie y Scarlett nunca habían sido tratadas mejor que ella.

Y después había seguido sintiendo esa necesidad de ser el ombligo del mundo, de ser adulada, de tener una posición… una supremacía.

Hasta que había conocido a su hija no se había dado cuenta de que no había tenido todos esos sentimientos que tenían las madres, no se había permitido tenerlos, ni siquiera cuando estaba embarazada. No obstante, todo había cambiado cuando Kate había llegado al mundo, mientras ella estaba tumbada en el quirófano y los médicos y las matronas actuaban apresuradamente a su alrededor, hablándose en clave. Entonces se había sentido como si se le hubiese parado el corazón.

Cuando Kate había llorado por fin, Jackie había vuelto a llorar, primero de alivio, y después, porque no podía preocuparse tanto por aquel bebé. Había decidido entregárselo a otra persona, a alguien que se ocuparía de la niña mejor que ella.

Y así lo habían hecho. Jackie no sabía si se alegraba o no por ello. En cualquier caso, era un tema que la hacía sufrir.

Todo había sido culpa suya.

La barca llegó al amarradero, sacándola de sus pensamientos. Jackie hizo una mueca. «Y eso que hoy no soy yo el centro», pensó. Se pasó los diez minutos que tardaron en llegar al *palazzo* compadeciéndose de sí misma.

«Hoy no es el día», se dijo a sí misma. «Ya lo harás mañana. Le dirás a Romano que tienes muchos motivos para compadecerte de ti misma, y de él».

El banquete nupcial tuvo lugar en la gran sala de baile del *palazzo*, orgullo y júbilo del difunto conde. El adjetivo «ostentosa» no le hacía justicia. Había pan de oro por todas partes, enlucidos en todas las superficies disponibles y largos espejos en los paneles de las paredes, colocados a intervalos regulares. Algo excesivo para una cena informal, pero perfecto para una boda elegante. Perfecto para la de Lizzie. Y parecía tan feliz, allí sentada con Jack, frotándose el vientre y jugando con su recién estrenada alianza mientras lo miraba a los ojos…

Jackie intentó pensar en la celebración, pero se pasó la tarde mirando de reojo a Romano, que charlaba con los invitados con una copa de champán en la mano, o se paseaba por el salón, comprobando que todo estuviera en orden.

Tal vez lo mejor habría sido acercarse a él. Así habría dejado de verlo por todas partes, oliendo su aftershave, escuchando su risa. Cada vez que creía detectarlo, pero se equivocaba, su estómago protestaba. Aquella incontrolable reacción que estaba teniendo su cuerpo le recordó las náuseas matutinas. Apartó el postre que tenía delante.

A falta de galletitas saladas y agua del grifo, lo que necesitaba

era aire fresco. Necesitaba estar sola, a pesar de que se esperase de ella que charlase animadamente y sonriese. Tenía que dar un respiro a los músculos de su cara.

La comida había terminado, ya habían servido el café y los novios habían cortado la tarta. Jack y Lizzie se estaban paseando por las mesas, hablando con los invitados. Nadie se daría cuenta si ella salía unos segundos. Y si la echaban en falta, pensarían que había ido al cuarto de baño.

Pero escapar iba a ser más difícil de lo que había pensado. Estaba a punto de atravesar las puertas que daban al patio cuando su madre la agarró por el brazo y la llevó hasta un grupo de gente.

–¿Rafe? –dijo.

Rafael Puccini era un hombre elegante, de pelo cano, vestido con un traje completamente negro. A pesar de que debía de tener algo más de sesenta años, todavía tenía ese «algo», que había enloquecido a tantas mujeres. Se giró y sonrió y Jackie tuvo que devolverle la sonrisa.

–Jackie me preguntó hace un tiempo acerca de esas gafas de sol tuyas… ya sabes cuáles –comentó su madre.

Jackie no reaccionó. Todo el mundo sabía que su madre había sido la musa de Rafe Puccini en la década de los sesenta. Su línea de gafas de sol Lovely Lisa eran un clásico moderno, y un éxito de ventas.

Lo que sorprendió a Jackie fue que su madre mencionase de repente aquellas gafas. Le había pedido, hacía meses, que buscase algunos pares de la época para un número de *Gloss!* Normalmente, todo lo que le decía a su madre le entraba por un oído y le salía por el otro. Y si lo retenía, solía hacer más tarde algún comentario sesgado y completamente erróneo al respecto.

Rafe tomó la mano de su madre y le dio un beso.

–Claro que sé a qué gafas te refieres. ¿Cómo iba a olvidar algo inspirado en semejantes ojos?

Si Kate hubiese estado allí, habría fingido una arcada, y ella también estuvo a punto de hacerlo. Ya conocía al padre de Romano, por supuesto, y lo había visto coqueteando con mujeres, pero nunca con su propia madre. Lisa le hizo un gesto admonitorio

con el dedo, sonriendo al mismo tiempo.

Bueno, había estado buscando un cumplido y había conseguido uno muy bueno. ¿Por qué no estaba contenta?

Jackie estaba pensando en la posibilidad de comprar o pedir prestadas las gafas de sol cuando se acercó Romano.

Fabuloso. Lo último que necesitaba era que su madre se fijase en su lenguaje corporal y se diese cuenta de que había algo entre Romano y ella. A Lisa se le daban muy bien esas cosas. Por eso tenía Jackie tan buena postura corporal, porque ya en la adolescencia se había acostumbrado a mantenerse erguida para no delatarse.

Pensó en el modo de huir de allí y de intentar hablar con él más tarde, a solas.

Pero su plan era difícil de ejecutar. Rafe y su madre saludaron a Romano y le hicieron partícipe de su conversación. Jackie no tuvo elección, se quedó allí sonriendo, con la esperanza de que Lizzie la hiciese llamar en algún momento.

Mientras charlaban acerca de los nuevos diseñadores, ella se fijó en cómo interactuaban padre e hijo. Romano nunca le había parecido demasiado familiar. No tenía esos vínculos tan estrechos que solía tener uno en Italia con su familia. No obstante, era evidente que estaba muy unido a su padre. Se hacían bromas con facilidad, pero sin llegar a los insultos ni a decirse groserías. Parecían pensar de un modo parecido, tener el mismo sentido del humor.

De repente, Jackie se dio cuenta de que entre su madre y ella ni siquiera había conversaciones educadas. No sabían estar juntas con la guardia bajada, y eso la puso muy triste.

Si fuese capaz de averiguar cómo lo hacían Romano y su padre, tal vez pudiese analizarlo e intentar reproducirlo con Kate.

Sintió la necesidad de tener algo más que una incómoda tregua con su hija. Se ponía tan tensa cuando estaba con Kate, a pesar de intentar relajarse… No podía evitar pensar que le había fallado a su hija y que la situación se le escapaba de las manos, por eso se sentía desesperada siempre que estaban juntas. Y, cuanto más se desesperaba, más le costaba comportarse con naturalidad.

Quería gustarle a su hija. Necesitaba gustarle a su hija. Tal vez, incluso que la quisiese algún día.

Respiró hondo e hizo un esfuerzo para que nada de lo que estaba pensando se reflejase en su rostro.

Intentó participar en la conversación, pero incluso eso le resultó difícil. Podía sentir cómo la observaba Romano. Intentó no mirarlo, pero acabó haciéndolo y, después, no puedo evitar volver a mirarlo una y otra vez.

Y cuando conseguía mantener la vista durante unos segundos en Rafe o en su madre, podía sentir la mirada de él clavada en su persona. Empezó a sentir calor en la piel y un cosquilleo en los brazos desnudos.

Cometió el error de mirarlo por enésima vez y la pasión que descubrió en sus ojos la dejó helada.

¿Cómo había podido ser tan ingenua como para pensar que estaba a salvo de esa mirada? ¿Que la delicada amistad que habían estado construyendo la hacía inmune a ella? Romano no la estaba mirando como a una amiga, sino como si quisiera…

No, Jackie prefirió no seguir por ahí. El único problema era que no estaba segura de no estar mirándolo del mismo modo.

Romano había decidido que era el día perfecto para mover ficha. Jackie estaba tan guapa con ese vestido que no iba a poder esperar más.

Nada más verla en los jardines, con el resto de los invitados a la fiesta, se le había cortado la respiración. El vestido era perfecto para ella. Tal y como lo había imaginado mientras lo diseñaba. Igual y, al mismo tiempo, mucho mejor.

Le daba vida al diseño, hacía que se moviese, que respirase.

Había visto cientos de sus diseños hechos realidad, pero ninguno había tenido aquel impacto en él. Ninguno. No era sólo que le quedase tan bien. El vestido de Jackie, el romántico corpiño, la falda de gasa, mostraban una faceta de Jackie que Romano pensaba que había perdido.

Jacqueline Patterson, redactora jefa, era una mujer atractiva, pulcra, controlada, pero en esos momentos, todo en ella eran

curvas y dulzura. Era tan femenina… Toda una mujer.

Su mujer.

Aquella idea le hizo volver a la realidad muy pronto, a la conversación que su padre, Lisa y Jackie estaba teniendo acerca de las gafas de sol.

Hmm. Nunca había deseado tener a las mujeres que portaban sus creaciones, ni a ninguna de las mujeres que habían revoloteado por su vida. Eran mujeres para uso temporal, como él. Nada permanente. Nada sofocante. Nada… importante.

Debía de ser el eco de cosas que había sentido mucho tiempo atrás. Tal vez hubiese soñado con tenerla para siempre, pero había sido demasiado joven. Ingenuo. Y conocía a Jackie lo suficientemente bien para saber que era demasiado independiente como para convertirse en el trofeo de nadie. Siempre había sido así. Diecisiete años antes, él no la había merecido, y ella se lo había hecho saber sin miramientos. También le había dejado claro ya que en esa ocasión tampoco le interesaba.

Y, sin olvidarse de su plan, volvió a participar en la conversación.

Era el momento, pero tenía que actuar con cuidado, respeto y paciencia.

Su padre miró a Jackie.

–Tienes la copa vacía, querida. Vamos a buscarte otra.

Antes de que a Jackie le diese tiempo a contestar, su madre dijo algo de que tenía que hablar con el jefe de los camareros y desapareció también.

Jackie le sonrió. Le sonrió de verdad. Como si fuese real, no esa imitación perfecta que solía utilizar. Se sintió tentado a actuar, pero se refrenó. Tenía que hacerlo bien si quería tener otra aventura de verano tan caliente que le proporcionase su propia ola de calor.

–Tu padre es todo un personaje –comentó ella mirando cariñosamente por encima de su hombro–. Cuando veníais a Sorella era demasiado joven y tímida para darme cuenta de que es un encanto.

–Me da la sensación de que tu madre está sucumbiendo a él.

–La verdad es que la idea me produce pavor.

Jackie volvió a mirar por encima de su hombro y vio a su madre poniendo de vuelta y media a uno de los camareros mientras el padre de Romano suavizaba la situación con una sonrisa y un guiño. Formaban un equipo extraño, pero eficaz.

Jackie volvió a mirar a Romano y arqueó las cejas.

–¿Crees que la historia se repetirá?

Él sintió un repentino calor. No miró a sus padres, sino que siguió con la vista fija en ella.

–Cuento con ello –respondió con voz grave.

Jackie rió con suavidad y él pensó que había anotado un punto.

–Veo que te ha enseñado todos sus trucos.

Romano se sintió tentado a reír con ella, pero adoptó una expresión seria y burlona al mismo tiempo.

–Bueno, él también ha aprendido algunas cosas de mí.

Jackie volvió a reír.

–Eres incorregible.

–Eso me han dicho –admitió él sonriendo–. Ven.

La condujo hacia las puertas abiertas que tenían al lado y daban a la terraza.

–*Andiamo*.

Ella lo siguió. Por el camino, Romano tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero. Le sorprendía no haber tenido que tirar de Jackie para llevársela al jardín. Ni siquiera se habían tocado.

Al menos, todavía.

«Esto es ridículo», pensó Jackie mientras ignoraba el dolor de sus pies y corría con los tacones. Atravesaron la terraza para alejarse de la vista del resto de los invitados, que estaban en el salón. Tenía a Romano tan cerca, a sus espaldas, que podía sentir su respiración en la nuca.

Cuando por fin tomaron una curva del camino, se detuvo. Romano le sonrió y le dio una copa de champán.

–¡No se te ha caído ni una gota! ¡Qué habilidad!

–No tienes ni idea de las cosas que he aprendido desde que estuvimos juntos –le contestó él, acercándose más.

Jackie se ruborizó y sintió un escalofrío. Tuvo que agarrarse a la barandilla que bordeaba el camino y mirar hacia el lago, que brillaba entre los árboles.

«¿Qué estás haciendo? No puedes comportarte así. Con Romano, no. Ahora, no. Nunca».

Cerró los ojos un instante, dio un trago de champán y volvió a abrirlos. ¿Cómo podía haberse permitido empezar a pensar así, a sentir así? La felicidad de su hija pendía de un hilo y a ella se le había olvidado, había sido egoísta y se había dejado llevar por la atracción que seguía sintiendo por aquel hombre que tenía tan cerca.

Decidió volver a ponerse a andar. Tuvo la sensación de estar atrapada en una burbuja con Romano, aislados del resto del mundo. Tenía que encontrar el modo de romperla antes de cometer alguna estupidez.

No se detuvo hasta que se dio cuenta de que había ido al único lugar de la isla al que en realidad no quería ir.

El último jardín seguía siendo tan bonito como siempre, había algo atemporal en él. Intentó mantener sus recuerdos a raya, lo mismo que al hombre que estaba con ella, con sus siguientes palabras. Era el momento de ser realista, de vivir el presente, aunque fuese complicado, y no una fantasía adolescente.

–Quería preguntarte si podíamos quedar mañana –comenzó sin mirarlo–. Tengo algo importante que decirte.

Oyó cómo Romano se acercaba. –Mírame, Jacqueline –le dijo en voz baja y ronca.

Ella se humedeció los labios. No quería mirarlo, pero si no lo hacía, estaría admitiendo su debilidad, que sentía algo por él, y tenía que fingir que podía controlarse. Tomó aire y lo miró a los ojos.

Romano estaba sonriendo de medio lado, como hacía siempre. Era una sonrisa con la que se le derretía el corazón.

–Ya hemos hablado más que suficiente del reportaje para

Gloss! –le dijo él tocándole la muñeca y subiendo la mano hacia el resto de su brazo–. Ya somos adultos.

Jackie no fue capaz de decir nada sensato, así que siguió mirándolo a los ojos, callada.

–Será mejor que no juguemos como cuando éramos más jóvenes –continuó él–. Si queremos pasar más tiempo juntos, sólo tenemos que decirlo. No hay de qué avergonzarse.

Ella intentó llevarle la contraria, pero él sacudió la cabeza. –No me mientas. Puedo verlo en tus ojos –inclinó el rostro hacia ella–. Los dos lo deseamos.

Jackie no lo apartó cuando la besó con suavidad. Con demasiado cuidado, haciéndola arder de deseo.

¡Qué bien besaba Romano!

Siempre había sabido besar, pero en esos momentos pensó que había aprendido a hacerlo todavía mejor. Tan bien, que Jackie ya no se acordaba ni de cómo se llamaba.

En algún momento, Romano se había deshecho de su copa de champán y la acababa de agarrar por la cintura para acercarla más a él. Ella deseó tocarlo, abrazarlo, pero tenía su copa en la mano derecha. La apoyó en una fuente que tenía al lado. Casi ni la oyó caer un segundo o dos después, estaba demasiado ocupada acariciándole el pecho.

Subió las manos hasta meter los dedos en su pelo corto. Él gimió sin dejar de besarla y Jackie sonrió.

Aquél era el maravilloso Romano Puccini que la hacía sentirse bella, femenina y viva.

Dejó de besarla en la boca para recorrer su cuello con los labios, su escote, un hombro, mordisqueándole con cuidado la piel.

Y Jackie se aferró a él. No se había dado cuenta hasta entonces de cuánto había echado de menos aquello. Cuánto lo había echado de menos a él. Sin saberlo, había pasado casi dos décadas esperando volver a sentir sus labios. ¿Cómo podía haber esperado tanto?

–Jackie… –le susurró él al oído–. Te deseo. Te necesito.

Estaba susurrándole su nombre al oído como lo había hecho en el pasado, estaba haciendo que se derritiese cuando Jackie pensó en otro nombre y se quedó helada de repente.

Kate.

Apartó a Romano, que la miró confundido.

–No podemos hacerlo –le dijo ella con voz temblorosa.

Él volvió a abrazarla.

–¿Qué nos lo impide? –le preguntó en voz baja, susurrándole al oído.

Jackie intentó hacer acopio de fuerzas. No podía dejarse llevar de nuevo. Si se había acercado tanto a Romano no era para aquello, sino por Kate, pero él volvió a besarla.

–No –le dijo con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

–Pensé que habíamos dicho que nada de juegos –le dijo él.

–No estoy jugando –respondió ella, mirándolo a los ojos–. No podemos hacerlo porque hay algo que todavía no sabes. Algo muy importante.

–No estás casada, ¿verdad? –le preguntó.

Jackie negó con la cabeza y él volvió a sonreír. La besó de nuevo en el cuello.

–*Bene* –murmuró.

Aquello no iba nada bien. Era evidente que Romano pensaba que estaba jugando con él.

–Hay algo que no sabes acerca de aquel verano en el que estuvimos… juntos.

Lo tenía demasiado cerca para concentrarse, pero sintió que sonreía y se acercaba más.

–Cuando me marché a Inglaterra ese otoño, después del verano, estaba… embarazada.

CAPÍTULO 7

ESTABA embarazada.

Aquellas palabras tuvieron en Romano el mismo efecto que una ducha fría y una bofetada. Bajó los brazos y retrocedió.

Tenía que ser una broma. O una prueba que quería ponerle Jackie. La miró a los ojos.

–¿Quieres decir que tú y yo…?

Ella se mordió el labio. Asintió.

Romano solía hablar con elegancia, pero en ese momento juró. Jackie se sobresaltó.

Él le miró el vientre, pero no vio nada en él. Se le ocurrieron un millón de preguntas.

–¿Y lo perdiste? –dijo por fin, sin saber por qué la idea le dolía tanto.

Jackie negó con la cabeza y él sintió que se enfurecía. Apretó los puños.

–¿Te deshiciste de él?

La expresión de ella fue de horror, así que Romano no necesitó otra respuesta, pero eso significaba…

No podía ser.

Jamás había oído que Jackie tuviese un hijo,

aunque podía ser que no se hubiese enterado, a pesar de moverse en los mismos círculos que ella. –Romano, tienes una hija –le anunció ella sin emoción en la voz.

¿Un bebé? ¿Tenía un bebé?

Retrocedió, cuando no pudo hacerlo más, se sentó en el muro, lleno de musgo.

No. Qué tontería. Había pasado mucho tiempo. Sería una niña. Casi una mujer. Volvió a levantarse.

–¿Por qué lo has mantenido en secreto hasta ahora?

–Intenté contártelo, pero… –apartó la mirada–. Es complicado. Te lo explicaré en cuanto te tranquilices un poco.

Romano pensó que aquella mujer había sido enviada para poner a prueba sus límites. Le había ocultado durante todos aquellos años que tenía una hija. Había preferido criarla sola a hacerlo con él. ¿Quién le había dado derecho a tomar esa

decisión?

¿Y por qué lo había hecho?

La respuesta le dolió: no lo había creído capaz de asumir esa responsabilidad, del mismo modo que no lo había creído merecedor de su amor.

–¿Por eso terminaste con lo nuestro? ¿Por eso te negaste a verme? ¿A responder a mis llamadas?

Jackie tomó aire.

–No, por entonces aún no lo sabía. Fue… después.

¿Y por qué no se lo había contado después?

–¿Y dónde está ahora? –Romano miró hacia la casa–. ¿Está aquí? –se le hizo un nudo en el estómago.

–Está en Londres.

Londres. ¿Cuántas veces había ido allí durante los últimos diecisiete años? Era una ciudad inmensa, con millones de habitantes, pero tal vez se hubiese cruzado en alguna ocasión con su hija.

–¿Y sabe quién es su padre?

–No.

Romano cerró los ojos y los volvió a abrir.

–No le conté a nadie quién era el padre. Ni siquiera a mi madre –continuó Jackie.

–¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

–Creí haberlo hecho.

Él dejó de sufrir y sintió ira.

–Qué curioso –comentó en tono sarcástico–, porque supongo que si hubiésemos tenido esa conversación, yo me acordaría.

Jackie caminó hasta un banco de piedra y se sentó en él, con la vista clavada en el suelo. Romano la siguió a regañadientes.

Ella le contó la historia de la carta, y que había estado esperándolo en la granja, pero que él no había aparecido.

–¿Y por qué no intentaste ponerte en contac

to conmigo? No podías saber si había algún motivo por el que no había podido ir. Jackie se echó hacia delante y se tapó la cara con las manos. –Si hubiese recibido la carta, claro que habría acudido –añadió Romano.

–¿Y qué habrías hecho?
–No lo sé –admitió él, frunciendo el ceño–. Se nos habría ocurrido algo. Jackie dejó de mirar al frente y se giró hacia él. –¿No me estarás diciendo que te habrías quedado conmigo?

–Sí.
–¡No! –replicó con furia–. No –repitió más tranquila. –¡Eso no puedes saberlo! Romano se dijo a sí mismo que la habría apo

yado, al menos, eso deseaba haber hecho en esos momentos.
–Piénsalo, Romano. ¿Me estás diciendo que te habrías casado conmigo para que hubiésemos criado a esa niña juntos?
–Tal vez.
En vez de reírse en su cara, a Jackie se le llenaron los ojos de lágrimas, pero ni una surcó su rostro, ni siquiera le temblaron las manos, que tenía apoyadas en el regazo.
–No seas ridículo. Estás soñando despierto.

Él se levantó de un salto y empezó a andar de un lado a otro.
–¿Por qué te cuesta tanto creerlo? ¿Tanto te decepcioné?
Jackie abrió la boca para contestar, pero oyó un ruido y voces en el camino. Sin saber cómo ni por qué, Romano la agarró del brazo y la llevó a una pequeña gruta que había allí, silenciando sus protestas con una mirada seria.
Tenía a Romano muy cerca, pero si se quedaban así no podrían verlos desde el jardín.
–Son Lizzie y Jack –le susurró, al reconocer las voces.
Él asintió e inclinó la cabeza un poco para ver mejor, con la esperanza de que la feliz pareja no mirase hacia donde estaban. Tuvieron suerte. Los novios estaban demasiado absortos en ellos mismos.
Lizzie apoyó la cabeza en el hombro de Jack y suspiró. Él le acarició la espalda y le dio un beso en el pelo. Romano y Jackie no habían sido los únicos que habían necesitado un poco de aire fresco. Con un poco de suerte, el paseo de los recién casados terminaría mejor que el suyo.

Jack y Lizzie estuvieron unos minutos paseando por allí, deteniéndose de vez en cuando para darse un beso, antes de tomar el camino que llevaba a la pequeña playa.

Romano salió de la gruta al verlos desaparecer y se quedó mirando el camino.

Parecían tan felices…

A pesar de conocer poco a los novios, Romano tenía la sensación de que se complementaban muy bien. Los esperaban muchas cosas bonitas: la luna de miel, una nueva vida en común, los mellizos…

Se dio cuenta de que estaba celoso y eso lo sorprendió. Nunca había esperado desear nada de eso. Desde la muerte de su madre, se las había arreglado bien a pesar de no formar parte de una familia tradicional, y no había sentido deseos de formar una.

Qué ironía. Podía haberlo tenido todo, pero se lo había robado la mujer que tenía delante, que parecía superada por la situación, como la adolescente a la que había conocido.

Pero no le dio pena. No podía permitirlo. Apartó la vista de ella.

¿Y casarse con ella? ¿Tener un final feliz después de todo? En esos momentos, era lo último que quería hacer. De hecho, habría preferido no volver a verla, pero eso no era una opción. Jackie era el único vínculo que tenía con su hija. Una hija que todavía no podía creer que existiese.

–¿Cómo se llama? –le preguntó, sin mirarla.

–Kate.

Kate. Un nombre muy inglés. El habría elegido otro, si hubiese tenido la oportunidad, pero no se la habían dado, ése era el tema. Quería gritar, dar golpes, hacer… algo para desembarazarse de aquella horrible sensación. Solía deshacerse siempre de las cosas negativas haciendo una broma o distrayéndose con otra cosa, a menudo con alguna mujer, pero a aquello tenía que enfrentarse.

–Kate –repitió–. ¿Diminutivo de Katharine?

Jackie no respondió. Él suspiró. ¿Por qué le obligaba Jackie a hacer tantas preguntas?

«Porque es Jackie. Pone pruebas. Tienes que demostrarle lo

que vales y, aun así, jamás te creerá».

Se giró y la miró a los ojos, intentando controlar su ira. Le pidió una respuesta con los ojos.

–Supongo. No lo sé.

Aquello fue demasiado para él. No podían seguir por ahí. Necesitaba tiempo para pensar, para respirar, no respuestas crípticas.

–Está bien. Si eso es lo que quieres, me marcharé.

A ella pareció sorprenderle su decisión.

–Pero no creas que aquí se termina la conversación –continuó Romano–. Me debes más, y tendrás que darme respuestas mañana. Hechos. Detalles. Llámalos como quieras, pero tendrás que dármelos.

Jackie se separó de la pared de la gruta y lo fulminó con la mirada.

–¡No te atreves a comportarte así con respecto a este tema, *signor* Puccini! Ambos sabemos que por entonces no estabas preparado para comprometerte con nadie.

–No tienes derecho a juzgarme –contestó él en un susurro, por si los novios seguían cerca–. Ningún derecho. No sabes lo que habría hecho, ni cómo habría reaccionado. ¿Quién crees que eres?

Ella estaba subiendo ya hacia el *palazzo*, pero se giró y corrió hacia él.

Por supuesto, Jackie siempre tenía que tener la última palabra.

–¿Que quién creo que soy? ¡Te diré quién creo que soy! Soy la pobre chica, la patética chica que te estuvo esperando en la granja toda la tarde, asustada y superada por los acontecimientos.

Romano pensó que aquello no tenía sentido.

–Sabes que no recibí tu carta, no puedes culparme de ello.

Ella se tomó su tiempo antes de contestar, con los ojos entrecerrados, brillantes.

–Esa tarde te vi, Romano.

¿De qué estaba hablando? Él pensaba que estaba enfadada porque no había aparecido por la granja.

–Cuando por fin dejé de esperarte, volví andando a la carretera principal, y te vi –esperó, a ver cuál era su reacción, pero él se

encogió de hombros–. ¡Ibas en la Vespa con ella! ¡Con Francesca Gambardi!

Ah.

Eso se le había olvidado.

Así que había sido la tarde en la que había cedido a la presión de Francesca y le había dado una vuelta en su bella moto, como la llamaba ella, porque había pensado que así se olvidaría del vacío que había dejado Jackie en él cuando le había dicho que no quería volver a verlo.

No había sido uno de sus mejores momentos. Ni una de sus mejores ideas.

Y no había funcionado. Francesca no había conseguido distraerlo. Entendió que Jackie se hubiese sentido celosa al verlos juntos, pero si le hubiese preguntado, si se hubiese dignado a hablar con él, habría sabido la verdad. Ninguno de los dos se había comportado con madurez.

–¿Y por eso no te molestaste en contarme que te habías quedado embarazada? ¿Porque me viste en la Vespa con otra chica? Me parece una excusa patética.

Ella cambió la expresión petulante por otra muy distinta, como si acabase de recibir una bofetada. Tensó la mandíbula, pero no tardó en recuperarse.

–Recuerda que yo pensaba que habías recibido mi carta. Pensaba que ya sabías que estaba embarazada. Y al verte pasar por delante de la granja, nuestro lugar especial, con esa chica apretándose contra ti… Bueno, vi las cosas muy claras.

–¿Y por qué no viniste a hablar conmigo en vez de marcharte? Tal vez no en ese momento, que estabas muy enfadada, pero más tarde. ¿Tal vez cuando nació el bebé? ¿O el día de su primer cumpleaños? ¿O de cualquier otro cumpleaños?
¿Nunca te ha preguntado por mí? ¿No quiere saber nada?

Jackie se limitó a mirarlo fijamente.

Romano pensó que tal vez su hija se pareciese a ella. Tal vez Jackie la hubiese educado para que fuese tan dura y egocéntrica como ella. No le costó imaginárselas a las dos, viviendo en un piso elegante del mejor barrio de Londres, las dos muy

sofisticadas, saliendo a comer, a desfiles. Lo que no se podía imaginar era a ambas riendo, divirtiéndose juntas.

Suspiró.

–Pensé en ti cuando nació, los días siguientes… –hizo una pausa y un ruido extraño salió de su garganta–. Y no creas que los cumpleaños no fueron una tortura, porque lo fueron. Pero ya era demasiado tarde. Ya lo había hecho.

–¿Demasiado tarde? ¿Qué quieres decir?

Jackie levantó la vista, confundida.

–Estaba con su nueva familia, con la familia que la había adoptado.

Romano tardó unos segundos en asimilarlo.

–¿Me estás diciendo que, en vez de criar a tu hija tú, o de contármelo a mí, su padre, se la entregaste a unos extraños? ¿Como si fuese un objeto de usar y tirar?

Se acercó a ella y la agarró por los hombros.

–¿Fue así, Jackie? ¿No encajaba en tus planes de vida, así que la sacaste de ella?

Jackie movió la mandíbula, pero no articuló
ninguna palabra. Se había puesto pálida. Se zafó de él y empezó a correr con los tacones. Y Romano supo que se había pasado. No había modo de arreglarlo. Jackie había desaparecido por el camino. Justo por el que daba a la playa.

Vaya.

Corrió tras de ella, sin saber por qué era tan importante que no se topase con Lizzie y Jack. En realidad, se merecía todo lo que le pasaba. Se dijo a sí mismo que iba a detenerla para que no se estropease la boda.

No tardó en alcanzarla, muy cerca de donde los árboles terminaban y estaba la playa. –¡Jackie! –la llamó en una extraña mezcla de susurro y grito.

Ella siguió avanzando.

Romano la agarró por el brazo.

–Por ahí no.

Ella lo miró y entonces oyeron risas procedentes de la orilla y Jackie puso gesto de sorpresa.

–Por aquí –le dijo Romano en voz baja, llevándosela en la dirección contraria, hacia la parte más estrecha de la isla, donde sería más difícil encontrarse con algún invitado.

Llegaron a un pequeño claro y Jackie tuvo la sensación de que le cedían las rodillas. Se dejó caer en el suelo.

–No fue así –dijo, escogiendo las palabras con cuidado–. No sabes…

Él tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba continuando con la conversación que habían tenido como si no hubiese pasado nada de tiempo. Y eso no fue lo único extraño que ocurrió. Él ya no tenía ganas de explotar. No sabía por qué. Tal vez había experimentado tantas emociones fuertes en la última media hora que se le habían agotado. Se sentó a su lado.

–Entonces, cuéntame cómo fue.

Fue consciente de que su tono no había sido demasiado amistoso, pero no pudo hacerlo mejor, dadas las circunstancias.

Ella se quitó los zapatos y hundió los pies en la hierba. Llevaba las uñas de los pies pintadas a juego con el vestido.

Se abrazó las piernas, haciéndose una pelota, apoyó la mejilla en las rodillas. Tenía la cara girada hacia él, pero la mirada perdida.

–Quise creer que vendrías –le dijo, con la voz como la de una niña pequeña–. Quise creer que todo saldría bien, aunque en realidad pensaba que eso jamás ocurriría.

Él volvió a sentir la puñalada. Jackie había pensado que era un perdedor.

–Mi madre se enfadó tanto cuando le dije que estaba embarazada que pensé que iba a romper algo.

Romano sonrió de medio lado. Podía imaginarse la escena. Nada agradable.

–Ella insistió en que la adopción era la única opción. ¿Cómo iba a llevarle la contraria? Yo sola no podía hacerlo.

–¿Y tu padre?

–Mi padre siempre hace lo que le dice mi madre. Se le dan

bien los negocios, pero no las personas. Supongo que sólo quiso deshacerse del problema. Así que se limitó a permitir que viviese con él hasta que naciese el bebé.

Romano no dijo nada. Siempre había pensado que Jackie era como él, hija de una familia rica, segura del lugar que ocupaba en el mundo. Incluso había envidiado que tuviese hermanas y primas, no como él, que sólo tenía un padre. Éste no había sido perfecto, pero siempre le había demostrado que lo quería. En ese momento se dio cuenta de que Jackie nunca había tenido eso.

Su padre jamás lo habría obligado a hacer aquello. Sí, la madre de Jackie había llevado siempre la voz cantante, pero su padre también tenía que haber asumido su responsabilidad. Eso era lo que se suponía que hacían los padres.

Lo que él debía hacer en esos momentos.

–Cuando empecé a engordar, mi madre me mandó a Londres, a vivir con mi padre, ¿y sabes qué? –se frotó los ojos con el dorso de las manos y tomó aire.

–¿Qué? –dijo él en voz baja. No para que le diese detalles, sino porque le importaba de verdad.

–Él jamás habló de mi embarazo. Se limitó a ignorarlo. Fue muy extraño –sacudió la cabeza–. Y cuando salí del hospital sin… yo sola… la única emoción que demostró fue alivio.

Se abrazó las rodillas todavía con más fuerza y apoyó la barbilla encima. Romano se dio cuenta de que Jackie tenía muchas cosas pendientes de hablar con su padre.

Había sido tan joven… Y había estado tan sola…

Él no tenía el corazón de piedra. Se dio cuenta de que debía de haber sido horrible para ella.

Ya no podía hacer nada para cambiar aquello. Se quedó un buen rato en silencio.

–¿Cómo fue? –preguntó por fin–. ¿El día que nació?

Jackie frunció el ceño.

–Llovía.

Él no insistió; sintió que la respuesta que quería no tardaría en llegar, sólo tenía que darle tiempo. El sol había empezado a ponerse en el horizonte y la temperatura debía de haber bajado,

porque Jackie estaba temblando.

Se quitó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros. Al fin y al cabo, no era un monstruo.

Luego Jackie volvió a hablar y le contó que fue un parto muy largo que terminó con una cesárea. Al parecer, los nacimientos de verdad eran tan traumáticos como la vida misma. Y ella había estado sola, con su padre en un viaje de negocios y su madre en Italia, manteniendo las apariencias, para que nadie sospechase que su familia había caído en desgracia.

–¿Cómo era Kate?

El rostro de Jackie se suavizó.

–Era perfecta. Tan pequeña… Tenía el pelo negro, como tú. Y mi carácter.

Romano deseó sonreír, pero no pudo, estaba sin aliento.

Una única lágrima corrió por el rostro de Jackie.

–Es increíble, Romano. Increíble.

Él se sentó un poco más recto.

–¿La has conocido?

Ella asintió.

–Empezó a buscarme hace unos meses y hemos quedado varias veces, para intentar crear un vínculo, pero la cosa no está yendo demasiado bien.

Romano pensó que si la chica tenía el mismo genio que su madre, no era ninguna sorpresa.

Observó a Jackie, que tenía la mirada perdida en la oscuridad. No estaba seguro de haberla visto nunca así, sin armadura.

–Iba a contárselo a mi familia después de la boda –comentó ella–. Kate quiere conocerlos, saber más acerca de sus raíces. Entonces Scarlett me contó lo de la carta y me di cuenta de que tenía que decírtelo a ti también, antes que al resto, pero pretendía hacerlo después de hoy, para evitar… todo esto.

Y él que había pensado que la estaba conquistando… Jackie sólo había querido acercarse a él para ir preparando el camino.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó ella, con miedo e incertidumbre en la mirada.

Romano se puso en pie y le tendió la mano. Jackie la aceptó, él

la ayudó a levantarse y esperó a que se hubiese puesto los zapatos.

Miró hacia la arboleda, buscando en ella la respuesta.

Jackie había sido sincera, así que merecía que él también lo fuese.

–No lo sé –le dijo–, pero es el momento de que volvamos a la fiesta y se lo contemos a todo el mundo.

CAPÍTULO 8

JACKIE se sintió como si tuviese la piel muy gruesa y nada del mundo exterior pudiese traspasarla. No recordaba cómo habían vuelto hasta el palacio, pero justo antes de salir de la arboleda se detuvo y agarró a Romano del brazo.

–Toma, será mejor que te la pongas –le dijo, quitándose su chaqueta de los hombros.

Él se la volvió a colocar.

–Quédatela. Tienes frío.

Era cierto, tenía frío y estaba temblando por dentro.

–Pero…

–¿Qué más da, Jackie?

–Yo…

Jackie no sabía nada, sólo le había parecido lo correcto, ocultar al resto de los invitados que había estado en el jardín con Romano. Se había acostumbrado a mantener su relación en secreto.

–No pasa nada porque sepan que hemos ido a dar un paseo juntos –le dijo él, tomándola de la mano–. ¿Qué más da que nos vean? Tu familia pronto se enterará de todo.

Jackie asintió. Las palabras de Romano tenían sentido, aunque ella estaba aturdida. Hasta entonces no se había dado cuenta de que, al contarle su secreto a su familia, también tendría que hablarles de Romano y de todo lo que les había ocultado durante diecisiete años.

Diecisiete años.

Era más de la mitad de su vida. Había odiado a Romano, había pensado que era cruel y superficial durante todo ese tiempo, pero en esos momentos la verdad estaba al descubierto. Se suponía que debía sentirse libre, más ligera, pero estaba demasiado aturdida y sólo podía sentir la presión de los dedos de Romano en su mano y el calor que le subía por todo el brazo.

En su ausencia, la fiesta se había extendido por el patio.

Tiró de la mano de Romano. No sabía por qué, pero no podía volver a la fiesta sin más. No sabía qué hacer, cómo comportarse. ¿Cómo iba a volver junto a su familia como si no hubiese pasado nada?

Él le apretó los dedos con suavidad y señaló hacia el *palazzo* con la cabeza.

A ella le pareció buena idea. Tal vez pudiese encontrar algún rincón tranquilo en el que sentarse y recuperarse.

A pesar de llevar la chaqueta de Romano sobre los hombros, nadie pareció darse cuenta cuando atravesaron el patio para entrar en el salón.

A Jackie le sorprendía que él se hubiese tomado tan bien la noticia. Demasiado bien. Había reaccionado mucho mejor que ella.

Estaban a punto de entrar cuando vio a su madre dentro, yendo hacia ellos. Jackie cambió de dirección. Todavía iba de la mano de Romano. Éste dijo algo entre dientes y se la llevó hacia la pista de baile.

–¿Jackie? –oyó que la llamaba Lisa.

Siguió andando. No podía hablar con su madre en ese estado. –¡Jacqueline! Pensó que tenía que haber ideado un plan más sofisticado que ignorarla.

–Lo siento, Lisa –oyó que decía Romano a su lado, quitándole su chaqueta de los hombros y dándosela a su madre–. Jacqueline me ha prometido que iba a bailar conmigo. No te importa, ¿verdad?

Y entonces la tomó entre sus brazos y la hizo alejarse de su madre. Lisa se quedó inmóvil, con la chaqueta en la mano, boquiabierta.

–¡No puedo creer que hayas hecho eso! –exclamó Jackie.

Él sonrió.

–¿Qué decías que era? ¿Incorregible?

Jackie rió suavemente.

–Jamás pensé que diría algo así, pero me alegro de que lo seas.

Romano la hizo girar, haciendo que su madre desapareciese de su vista.

–Me alegra saber que tengo algún punto a favor –le susurró él–. He estado esforzándome mucho para desarrollarlo.

Ella sonrió y apoyó la cabeza en su hombro. No lo hizo

premeditadamente, sino de manera automática. Era extraño, pero después de tanto tiempo sin estar entre los brazos de Romano seguía sintiéndose cómoda en ellos. Pensó que debía poner distancia entre ambos, pero le resultó demasiado duro separarse de él y volver a llevar todo el peso de su cuerpo sola.

Y Romano no la estaba ayudando nada. La agarró por la cintura y la acercó más a él, apoyando la mejilla en su frente.

La canción cambió. De hecho, debió de haber cambiado varias veces, pero Jackie no se había dado cuenta. Disfrutó del lujo de tener a alguien en quien apoyarse, aunque fuese sólo unos segundos. Llevaba toda la vida centrada en mantenerse erguida y sola en su pedestal, y en esos momentos se daba cuenta de lo agotada que estaba.

Romano no dijo nada mientras bailaban, sólo la sujetó. Era reconfortante estar con un hombre que sabía ser fuerte. Bailaron así, en silencio, durante mucho rato y Jackie dio gracias de tener el tiempo necesario para asimilar todos los acontecimientos de la noche.

Intentó poner sus ideas en orden, pero no pudo dejar de preguntarse por qué no se había esforzado más en hacer saber a Romano que iban a tener un hijo juntos. ¿De verdad había pensado de él que era el malo de la película, que se dedicaba a ir por ahí seduciendo a chicas, que sólo pensaba en sí mismo y nunca acataba las consecuencias de sus acciones?

Sí y no.

Lo había pensado porque había necesitado pensarlo. Lo contrario habría sido demasiado peligroso. El odio la había ayudado a cerrarle la puerta. Porque Jackie había tenido miedo de ser rechazada y de sufrir.

Había sido una chica de quince años, pero eso no era excusa.

Había tenido edad suficiente para hacer un bebé, así que tenía que haber asumido la responsabilidad de sus actos. Y, a pesar de sus esfuerzos, había fracasado, había tomado una decisión que no estaba segura de que hubiese sido la más acertada.

¿Podía haberlo intentado con Romano?

Lo cierto era que ya jamás lo sabría. Tal vez hubiesen

sobrevivido juntos. Tal vez hubiesen sido unos horribles padres adolescentes. Quizás para Kate hubiese sido mejor tener unos padres adoptivos estables y sensatos. Era evidente que la querían mucho.

«¿Más que tú?».

Cerró los ojos. Contestase lo que contestase a esa pregunta, se le hacía un nudo en el estómago.

–Creo que ya no hay peligro.

Jackie levantó la cabeza del hombro de Romano. –¿Qué? –Tu madre. Se ha ido. Me parece haberla visto hablando con tu tío.

Eso no tenía sentido. Su madre y tío Luca casi no se hablaban. Romano dejó de moverse y Jackie lo miró. –Ya podemos parar –comentó él, mirándola también.

¿Había algo de malo en que ella no quisiera parar? ¿En que quisiera quedarse allí, en el calor de sus brazos, para no tener que volver a enfrentarse al mundo?

La respuesta a esa pregunta sí que la sabía.

Por supuesto que había algo de malo en ello. Era una debilidad. Apartó las manos de su pecho y retrocedió. De repente, todo el calor que había estado fluyendo entre ambos se evaporó. No supo qué decir, cómo marcharse con gracia.

Al final decidió hacer lo que mejor se le daba y ser práctica. Se atusó el pelo.

–Creo que deberíamos hablar mañana, cuando hayamos tenido tiempo de pensar –sugirió.

Romano la miró de un modo extraño.

–Estoy de acuerdo –contestó–. ¿Jackie? ¿Estás bien?

Ella irguió los hombros.

–Estoy bien. Cansada. Ya sabes…

Él hizo una mezcla de mueca y sonrisa.

–Te llamaré por la mañana –le dijo antes de marcharse.

Jackie se quedó inmóvil. ¿Qué le había hecho a Romano? Había perdido todo su encanto y refinamiento. Nunca se alejaba de una mujer sin darle un beso en la mejilla, o sin decirle algo

gracioso para hacerla reír.

Jackie decidió sentarse en algún lugar tranquilo, a ver si se le pasaba el dolor de cabeza.

Vio a su madre hablando con su tío Luca, tal y como Romano le había dicho. Pasó por detrás de ella, pero sin que la viese, y oyó parte de la conversación.

–Aprecio mucho tu sinceridad –le decía su tío a Lisa.

Ésta tomo aire, como hacía siempre que un tema le resultaba complicado.

–De verdad, Luca. Siento haber estropeado tu cena de cumpleaños. Fue de muy mala educación.

Jackie se detuvo un segundo. Lizzie le había contado que su madre y Luca se habían puesto a discutir y que Lisa le había contado a toda la familia que su hermano había tenido dos hijos gemelos de cuya existencia no sabía nadie. Jackie se preguntó qué le pasaba a su familia; la vida habría sido mucho más sencilla para todos si se hubiesen olvidado de su orgullo y se hubiesen aceptado los unos a los otros tal y como eran, si se hubiesen querido. ¿No se suponía que era eso lo que hacían las familias? Entonces se dio cuenta de que su madre se había disculpado. ¡Otra sorpresa más!

–Lo hecho, hecho está –contestó Luca–. Aunque no me gustó el modo en que salió la verdad a la luz, ya era hora de que mi familia supiese de la existencia de Alessandro y Angelo. Hay demasiados secretos en esta familia.

A Jackie le entraron ganas de echarse a reír. ¡Y los que quedaban por salir!

Tomó aire y se puso donde su tío pudiese verla, pero éste estaba demasiado concentrado en su conversación.

–¿Cómo vamos a ser una familia fuerte si estamos tan divididos? –le decía a su madre, agarrándola de las manos–. Ha llegado el momento de que enterremos el hacha de guerra y nos olvidemos de cómo empezó todo.

Lisa suspiró. –Llevamos tanto tiempo peleándonos que a mí se me olvida a veces cómo empezó. Tío Luca rió y le dio un beso en la mejilla, lo que sorprendió a su madre.

–Hemos hecho la guerra, sí, pero porque tenemos mucha pasión. Empleémosla en construir, en vez de en destruir.

Jackie sonrió. Su tío Luca hablaba así siempre que se tomaba un par de copas.

–Es una nueva era –continuó él–. Valentino, Cristiano e Isabella saben que tienen dos hermanos y yo siento la necesidad de arreglar las cosas.

–Te entiendo –contestó Lisa–. Yo me siento igual, ahora que tengo aquí a mis tres hijas. Aunque no estoy segura de ser capaz de cambiar las cosas. Hay heridas que no quieren cerrarse, por mucho que las curemos.

Tío Luca se encogió de hombros.

–Al menos podemos intentarlo.

Su madre asintió levemente y miró a su alrededor. Jackie dio un paso al frente y se puso al lado de su tío, que le dio un beso y un abrazo.

–Tan guapa como siempre –comentó.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

–Te quiero, tío Luca.

–Hemos estado hablando de la familia –le dijo éste–. De volver a reunirnos todos, como debería ser.

–Estoy de acuerdo –le dijo ella, antes de dirigirse a su madre–. Aprovechando este nuevo espíritu de unidad y apertura, tengo algo que decirte.

A pesar de que esa noche Jackie durmió muy profundamente, se levantó con un fuerte dolor de cabeza. Bajó a la cocina, donde ya estaba Scarlett.

–Tienes un aspecto estupendo esta mañana –le dijo ésta sonriendo de oreja a oreja.

Jackie se limitó a gruñir. Como siempre, Scarlett sí que estaba perfecta.

–Se lo he contado a mamá –le dijo.

Su hermana hizo una mueca.

–¿Y has sobrevivido? ¿Cómo lo has hecho?

–No lo sé. No fue como esperaba. Estuvo muy tranquila, lo que me parece preocupante, porque o le han hecho un trasplante de personalidad, o la reacción está por llegar.

–En ese caso, buena suerte.

–Gracias –dijo Jackie, acercándose a la cafetera–. Y se lo he contado a Romano. Su hermana no dijo nada. –Perdona, pero me ha parecido oír que se lo habías contado a Romano –comentó después.

Jackie se giró hacia ella.

–Sí. Ayer. En la boda.

–¿En la…? ¡Vaya!

Jackie asintió.

–Ya lo sé. No lo tenía planeado, pero fue la única manera de detenerlo… Bueno, da igual. Scarlett arqueó las cejas. –¿De verdad? –Prefiero no hablar del tema. Digamos sólo que las cosas se están poniendo… interesantes. No pretendía dar la noticia en la boda de Lizzie, pero las circunstancias me llevaron a ello.

Scarlett se echó a reír.

–¿Qué? –inquirió ella, intentando no perder la dignidad.

–¡Mira cómo hablas! –le dijo su hermana–. En cuanto hay emociones de por medio empiezas a comportarte como toda una mujer de negocios. Eres igual que…

–¡No se te ocurra decirlo!

Pero ya era demasiado tarde.

–… mamá.

–No me parezco en nada a mamá. Tú eres la que más se le parece –replicó.

Scarlett se encogió de hombros.

–¿Qué quieres que diga? Ya me he acostumbrado. No quiere decir que me guste, pero ya no me esfuerzo en negarlo.

Jackie le dio un sorbo a su café.

–No seas ridícula. Yo tampoco estoy intentando negarlo.

–Claro que sí –le dijo su hermana mientras salía de la cocina.

–¡Tonterías! –gritó ella–. No tienes ni idea de lo que estás

diciendo.

Se dijo a sí misma que su hermana no sabía nada. Y que ella tenía la razón, como siempre.

Un error. Sólo había cometido un error en su vida: acostarse con Romano cuando todavía no estaba preparada para una relación así. Bueno, y lo de la carta. Tenía que haber hablado con él en persona. Ya era mayorcita para admitirlo. Y luego, lo de no haberse puesto en contacto con él después. En eso también se había equivocado.

Así que su hermana no tenía razón. Era capaz de admitir sus errores. Estaba preparada para enfrentarse a su pasado.

«¿Y qué pasa con Romano?», se preguntó. Todo iba a ir bien. No había renegado de Kate. Todo saldría bien.

«¿Y qué hay de tus sentimientos por él?»

Cerró los ojos, pero la pregunta siguió dándole vueltas en la cabeza, así que los volvió a abrir. «No lo quiero», se dijo. «Me siento atraída por él, sí, pero eso es todo».

Estaba siendo muy sincera consigo misma.

No obstante, no había planeado sentirse atraída por él. Sólo quería que ambos tuviesen una relación con su hija. No tenía tiempo para distracciones, ni para repetir los errores del pasado. Tendrían que trabajar en equipo, idear el modo de tener a Kate en sus vidas.

«Estás pensando otra vez como una mujer de negocios».

–Cállate ya –se dijo en voz alta.

El único lugar que se les había ocurrido para hablar a solas había sido la vieja granja. Jackie condujo el coche de alquiler hasta donde se lo permitía el polvoriento camino y después fue andando.

En líneas generales, todo seguía igual, pero al acercarse se dio cuenta de que los olivos habían crecido y tenían más nudos. Algunos habían sufrido las inclemencias del tiempo y el tejado de la casa estaba casi derruido. Todas las ventanas estaban rotas.

Vio a Romano sentado en el primer escalón de la puerta

principal. Tenía la mirada clavada en el suelo, los hombros hacia abajo, los codos apoyados en las rodillas y las manos colgando entre las piernas.

Siempre había pensado que era intocable, capaz de terminar con cualquier cosa negativa con un guiño o un comentario divertido, pero parecía… destrozado.

Y era por su culpa.

¿Por qué no había intentado decírselo antes? En esos momentos, sus justificaciones, sus motivos para mantenerse alejada de él, le parecían estúpidos. No lo había hecho pensando en Kate. Había sido egoísta, había pretendido protegerse a sí misma y fingir que estaba siendo altruista.

«Pero sólo tenías quince…».

No. No iba a seguir poniendo excusas. Se había equivocado y tenía que aceptarlo.

–¿Romano?

Él levantó la cabeza y sonrió, pero no le brillaban los ojos como de costumbre. Estaban fríos, grises, sin chispa.

–Quiero conocerla.

Jackie asintió y se sentó a su lado, en la misma posición que él.

–Por supuesto.

Era lo normal. Aquél era Romano. ¿Acaso no se acordaba de cómo era? Sí, banal y nervioso por fuera, pero mucho más complicado por dentro. El chico al que ella había conocido siempre había ocultado su parte más sensible y dulce al mundo, pero se la había enseñado a ella.

No obstante, ella había preferido recordar sólo la superficie. La mentira.

Y sabía mucho de mentiras. Por primera vez, se preguntó por qué Romano no le mostraba a todo el mundo cómo era en realidad. Se había convertido en un gran hombre. Seguía teniendo ese encanto que tanto la enfadaba, pero era sincero y cariñoso, comprometido y leal. Un hombre al que merecía la pena conocer. Al que merecía la pena…

No. Sólo iban a compartir su relación con Kate. «Céntrate,

Jacqueline».

–¿Cuándo? Tendré que hablar con sus padres.

–Nosotros somos sus padres.

Parecía enfadado, y tenía motivos para estar-lo.

–Lo sé, pero es complicado.

Él la miró con una ceja arqueada. Jackie levantó ambas manos.

–Sí, ¡está bien! Yo he hecho que sea complicado, lo reconozco. No obstante, eso no cambia las cosas, hay que actuar con cautela.

Él se levantó y se alejó de ella.

–No pienso actuar con cautela.

–Por Kate –añadió ella–. No lo hagas por mí. Hazlo por ella.

Él asintió y su expresión se suavizó.

–Está bien. Por Kate.

Volvió a acercarse y le tendió una mano. Jackie la miró. Era un gesto que le había visto hacer muchas veces. Entonces miró hacia la casa medio derruida y al descuidado olivar. Algunas cosas ya no volverían a ser iguales. Le dio las gracias entre dientes, pero se levantó sola. Romano se metió la mano en el bolsillo.

–He reservado dos billetes de avión para ir a Londres mañana.

–¡Es demasiado pronto! Tengo que hablar con Sue, que es su madre adoptiva. Pensé que habíamos dicho…

–Y estoy de acuerdo –la interrumpió él–, pero si tengo que esperar, prefiero hacerlo en Londres.

Jackie entendió eso también.

–Está bien. ¿A qué hora volamos?

CAPÍTULO 9

LOS rayos del sol se colaron entre las hojas del olivo en el que estaba apoyada Jackie, haciéndole cosquillas en las mejillas. Parpadeó y abrió los ojos. Hacía una tarde perfecta. Soplaba una brisa suave y se sentía muy relajada.

–Eh, bella durmiente…

Cambió de postura y se apretó contra el cuerpo caliente que tenía debajo.

–Sí, claro. Bellísima, pero del tamaño de un elefante.

Él se inclinó hacia delante y le cubrió el vientre con las manos abiertas.

–Estás preciosa… las dos lo estáis.

Ella volvió a apoyarse en él y suspiró.

–¿Qué he hecho para merecerte?

Esperó su respuesta, pero ésta no llegó. Después de unos minutos, se dio cuenta de que no estaba tan cómoda, de que algo duro se le estaba clavando en la espalda. Se incorporó y se dio la vuelta. Lo único que tenía detrás era la raíz de un viejo árbol.

Con cuidado, se puso en pie, apoyándose en el tronco, ya que estaba embarazada de siete meses y la tripa no le permitía moverse con agilidad.

–¿Romano?

Nada. No oyó nada.

–¡Romano! –gritó en voz más alta, presa del pánico.

Empezó a correr, bueno, a andar como un pato, todo lo rápido que pudo, sintiéndose cada vez más pesada. Volvió a llamarlo y esperó su respuesta.

Silencio.

No… un momento.

Oyó algo. Un murmullo que le resultaba familiar…

¡Una Vespa!

Volvió a echar a correr, sujetándose el estómago con ambas manos, buscando, llamando…

Pronto oscureció y se puso a llover. No era una tormenta cálida de verano, sino unas gotas heladas que le congelaban la piel y le calaban hondo. No había dónde refugiarse. Y seguía lloviendo, y lloviendo. Empezó a temblar.

¿Dónde estaba él? ¿Adónde se había ido?

Siguió buscándolo, sin correr, avanzando como podía entre los charcos. Tuvo la sensación de que pasaban horas hasta que llegó a un lugar conocido.

¿Conocía aquella calle? Los árboles le recordaban a los de la calle en la que vivía su padre,

pero los edificios, no… Eran demasiado pequeños, demasiado sucios. Sintió otro escalofrío y volvió a tocarse el vientre, pero sus manos no lo encontraron. Se agarró el estómago vacío con ambas manos. –No –susurró, notando que se le doblaban las piernas–. ¡No! –repitió gritando.

Jackie tenía los ojos cerrados, pero respiraba profundamente y estaba tensa. Romano bajó la hoja de papel que estaba leyendo y se giró a observarla.

–Son sólo unas turbulencias –murmuró. Ella acababa de despertarse–. El comandante acaba de anunciar que va a ser un aterrizaje un poco movido.

Jackie abrió los ojos por completo. Parecía muy triste, casi a punto de llorar.

–Siento que no hayamos tenido mejor viaje.

Ella asintió. Luego apartó la vista hacia la ventanilla.

Romano se irguió y miró hacia delante. Tuvo la sensación de que a Jackie le molestaba que la tratase con aquella educación. Hasta a él le molestaba hacerlo, pero no podía evitarlo. ¿Cuál era la alternativa? ¿Perder los nervios? Iba a conocer a su hija y no podía perder la compostura.

Aunque, por otra parte, no estaba seguro de querer ser el mismo Romano superficial de siempre. Quería cambiar, ser mejor. La noticia de que tenía una hija le había hecho pensar mucho en el pasado.

Había tenido éxito profesional, sí, pero el resto de su vida estaba vacío. ¿Por qué nunca se había sentido así de desolado?

Cambió de postura y frunció el ceño.

Se dijo a sí mismo que había cambiado. Había madurado. Había dejado de vivir como un pobre niño rico y había aprendido

a ganarse la vida.

Entonces se dio cuenta de que había centrado toda su responsabilidad en el trabajo, pero no en su vida privada.

Giró la cabeza y miró a Jackie.

Ella le había hecho mirar en su interior cuando era un adolescente. Al principio, le había horrorizado ver tanta arrogancia, pero ella le había descubierto que también tenía virtudes: sinceridad, valentía, amor. Cosas que creía haber perdido para siempre después de la muerte de su madre.

La había llorado mucho hasta el día del funeral, pero después, no había sido capaz de derramar ni una sola lágrima más. Eso le había disgustado tanto que había dejado de pensar en ella, preocupado por ser una mala persona, incapaz de sentir.

Su padre no había tardado en desaparecer de casa, en ser fotografiado con mujeres, pero él jamás lo había juzgado. Sabía que había adorado a su madre, y que ése tenía que ser su modo de distraerse para no sufrir.

Se le hizo un nudo en el estómago. «De tal palo, tal astilla», le había dicho Lisa Firenzi en una ocasión. Había sido un cumplido, pero a él ya no se lo parecía.

Había bajado la guardia en una ocasión, por Jackie, y cuando ésta se había marchado sin despedirse, en vez de preguntarse por qué, él había decidido entretenerse con otras chicas.

Había salido con muchas mujeres. Con mujeres que lo tenían todo, pero nunca había querido nada de ninguna.

Suspiró y se ajustó más el cinturón de seguridad. El avión estaba dando sacudidas. Jackie lo miró y al darse cuenta de que él también la miraba, apartó la vista y sacó la revista que tenía delante.

Sólo ella.

Jackie era la única mujer a la que había amado.

¿Significaba eso que era el amor de su vida? ¿La mujer a la que estaba destinado?

Dejó escapar una suave carcajada. Sus amigos lo matarían si se lo contaba.

Esperaba estar equivocado. Si Jackie había sido la mujer de su

vida, ya no tendría la oportunidad de encontrar a otra con la que compartir su futuro. La idea lo asustó. No podía vivir pensando que había perdido su oportunidad. Por eso le había resultado mucho más sencillo engañarse pensando que había sido sólo una aventura sin importancia y que todavía tenía la oportunidad de tener una relación como la que habían tenido sus padres.

Jackie se había convertido en una mancha en la distancia, un grano de arena que lo molestaba de vez en cuando. Ya no. De repente, volvían a formar parte de la vida del otro, estaban unidos para siempre, pero no como él se había imaginado cuando era más joven e ingenuo y estaba enamorado.

¿Qué significaba eso? ¿Era aquélla una segunda oportunidad o una broma cruel? Ambas opciones lo asustaban un poco.

Volver a tener una relación con ella sería complicado, pero si ése no era su destino, no le parecía justo haber despertado a la realidad sólo para darse cuenta de la ocasión que había perdido. Habría preferido seguir viviendo feliz e ignorante.

O no.

Algo le decía que aquella mezcla de emociones que estaban haciéndolo salir de su aturdimiento era necesaria. Kate no necesitaba un padre que sólo le diese dinero, estatus o un millón de oportunidades demasiado pronto. Necesitaba a un hombre que estuviese allí para ella, que pudiese comunicarle su amor sin tener que sacar la tarjeta de crédito. Y él quería ser ese hombre.

Amor.

Normalmente esa palabra le producía urticaria.

Pero cuando pensaba en la chica a la que iba a conocer, que todavía no sabía que él existía, sentía un calor por dentro que le corría por las venas y le llenaba el pecho como si le fuese a estallar.

Quería a su hija. Siempre la querría. Qué extraño, la idea no le causó pánico, sino alivio.

El comandante anunció que tardarían veinte minutos más en aterrizar. Un suspiro colectivo de frustración llenó la cabina.

Jackie contuvo el aliento.

Se lo guardaba todo dentro.

Se sintió como cuando sabía que tenía cerca una abeja o una avispa. Supo que tenía que estar quieta, muy tranquila, pero el esfuerzo por hacerlo hizo que sintiese como si fuese a implosionar. A pesar de ir en primera, se sintió apretada. Romano estaba demasiado cerca y no podía evitar notar su presencia, por mucho que lo intentase.

Aquel estúpido sueño seguía rondando por su subconsciente, haciéndola desear cosas que no debía desear, que eran imposibles.

Había soñado con él todas las noches de la semana anterior, desde que le había subido la cremallera del vestido. ¿Y sólo había pasado una semana? Le daba la sensación de que había sido una década.

Se dijo que tenía que actuar de acuerdo con su edad, que era una mujer madura que controlaba sus emociones. Y que era demasiado mayor para tontas fantasías y cuentos de hadas. Tenía que mantenerse centrada y fuerte. Por el bien de Kate.

«Piensa en Kate».

Cambió de postura y se giró hacia Romano.

–He recibido un mensaje de Sue, la madre adoptiva de Kate, antes de embarcar. Ha respondido al mensaje que le dejé.

Romano parecía completamente relajado. Si no hubiese visto que sus ojos brillaban con interés al oír aquello, seguramente le habría dado una bofetada.

–Kate ya ha terminado los exámenes –continuó–, así que no tiene clases. Sue va a preguntarle si quiere quedar conmigo mañana, pero ha subrayado que depende de lo que quiera Kate, y que ella no va a insistir si la niña ya ha hecho otros planes.

–¿Y yo?

Jackie se aclaró la garganta e intentó sonar lo más neutral posible.

–Creo que hay que minimizar el impacto lo máximo posible.

La primera vez que había visto a Kate no había ido muy bien. Ambas habían tenido demasiada presión. No quería que con Romano fuese igual. Después de todo, era lo mínimo que podía hacer por él.

–¿Qué significa eso?

–Que no creo que debamos contárselo inmediatamente. Me la llevaré por ahí a pasar el día. Tal vez pudieras venir tú también, para que te vaya conociendo un poco.

–¿Y cómo me presentarías? ¿Como tu novio? –arqueó una ceja.

Jackie no supo si darle una bofetada o un beso se ruborizó. Romano lo estaba haciendo a propósito, para calentarla.

–No. Por supuesto que no.

–No –repitió él sonriendo–. Qué idea tan tonta. ¿Quién iba a creer algo tan…? ¿Cómo dices tú siempre? Ah, sí. Algo tan ridículo.

Bajó la ceja, dejó de sonreír y a ella se le cortó la respiración un segundo, antes de que se le acelerase el corazón.

Aquel hombre era conocido por sus armas de seducción. Y ella lo sabía.

–¿Qué pasa con nosotros? ¿Qué somos, Jackie?

Se lo preguntó con voz suave y sorda. A ella se le secó la garganta de repente. Se giró hacia el vaso de agua que había en el brazo de su sillón y entonces recordó que la azafata se lo había llevado.

–No somos nada –consiguió decir después de tragar saliva varias veces. –Alguna relación tendremos que tener –replicó él–. Tenemos una hija en común.

–Ya lo sé. ¿Acaso crees que no lo sé? –se dio cuenta de que se estaba poniendo de mal humor y se obligó a respirar y a relajar las cuerdas vocales antes de proseguir–. Somos… sus padres. Nada más.

Él volvió a hacer ese gesto que tanto la enfadaba.

–Eso suena demasiado formal. No estamos hablando de negocios, Jackie. Eso también lo sabes, ¿no?

Jackie se cruzó de brazos.

–Es lo mejor que se me ha ocurrido –le contestó–. Deja de burlarte de mí. Esto no es fácil para ninguno de los dos y tú me estás haciendo ser… me estás haciendo sentir… –sacudió la cabeza y se encogió de hombros–. Ya sabes lo que estás haciendo,

Romano.

Él le quitó importancia a la situación haciendo un mohín y sacudiendo las manos.

Ambos se pusieron rectos y miraron hacia delante. Durante un rato, mientras el avión daba vueltas en el aire, no volvieron a hablar. Estaban empezando a bajar cuando él dijo en voz baja, más tranquilo:

–¿Crees que le gustaré?

Sólo con aquello se derrumbaron en Jackie muros que había levantado años antes. Nunca había oído tanta duda en su voz, tanta tristeza. Se le rompió el corazón.

No tuvo que forzar la sonrisa que acompañó a sus palabras:

–Por supuesto que sí.

Él la miró casi sin mover la cabeza, sólo los ojos, y aquella mirada le recordó mucho al chico al que había conocido. El chico por el que había perdido la cabeza y el corazón. Se le heló el aire en los pulmones.

–Le gustas a todo el mundo –añadió sin dejar de sonreír, a pesar de que sus labios quisieron temblar.

Él rompió el momento cambiando de expresión. Acababa de ponerse una máscara, mientras que la de ella seguía cayéndose.

–Eso es cierto –dijo Romano, fingiendo ponerse serio, pero ocultando su verdadera vulnerabilidad detrás de un guiño y una sonrisa–. Al fin y al cabo, yo soy yo. Tú, no.

Eso último la confundió todavía más, porque Jackie no supo si lo decía en serio o si estaba de broma.

Decidió seguir por el camino del humor.

–Tal vez se deba a que yo soy de primera clase…

Él le tapó la boca con tres dedos y se acercó tanto que a Jackie se le aceleró el pulso y Romano sacudió la cabeza.

–Tal vez puedas engañar a los demás –le dijo él, mirándola a los ojos–, pero a mí, no.

Esperar nunca le había gustado. En esos momentos, lo odiaba.

Quería conocer a Kate.

Llevaba esperando ese momento desde que se había despertado, y cuanto más esperaba, más pensaba que sería el peor padre del mundo y que tal vez lo mejor fuese volver a Nápoles y hacerle un favor a la niña.

Pero no podía irse.

Se sentó en el borde de la cama del hotel y pensó que cuando Jackie le había dicho que tenía una hija se había sentido furioso. Había sido fácil enfadarse, pero en esos momentos se daba cuenta de que la ira había sido sólo la primera de otras muchas emociones que estaba experimentando.

Volvió a levantarse. Todo era tan complicado…

Los actos de Jackie, sus decisiones, que tan equivocados le habían parecido, cada vez le resultaban más comprensibles. Así que la había perdonado.

Aunque en el fondo deseaba estar enfadado con ella, por haberlo dejado solo con sus pensamientos, por haberse ido a casa mientras él se quedaba en un hotel. Necesitaba que ella lo distrajese.

En ese momento sonó el teléfono y se sintió aliviado al oír su voz al otro lado de la línea. Quedaron para cenar para ultimar los planes del día siguiente.

Ocupó la hora que faltaba para la cena duchándose y a las ocho en punto estaba en la puerta del caro restaurante en el que había quedado con Jackie, cerca de su casa y del hotel, en Notting Hill.

En cuanto se sentaron a la mesa, Jackie fue directa a hablar de negocios.

–He pensado que podemos ir a una galería de arte nueva, de la que he oído hablar bien, a un concierto de música china o a dar un paseo por el Londres de Churchill. ¿Qué te parece? –le preguntó sin tan siquiera sonreír.

–¿Es ése el tipo de cosas que haces con Kate cuando quedas con ella?

Jackie asintió, pero se distrajo con la llegada de los aperitivos a la mesa.

–¿Y si elijo yo el plan? –sugirió Romano–. Es lo menos que

puedes dejarme hacer, ya que voy sólo de acompañante.

Jackie apretó los labios.

–Si casi no conoces Londres…

–Lo conozco lo suficiente. He venido muchas veces, tanto por negocios como por placer.

–Ah… está bien.

Siguió frunciendo el ceño mientras el camarero le dejaba un plato de vieiras delante. Romano estudió sus calamares. Tenían mejor pinta de lo que él había esperado.

El camarero sólo se había alejado un par de pasos cuando Jackie lo llamó de nuevo.

–No voy a poder comerme esto –le dijo, devolviéndole el plato–. Están demasiado hechas. Tráigame otra cosa.

Romano se echó a reír y Jackie lo miró como si se hubiese vuelto loco. Tal vez fuese así. El día siguiente iba a ser el más importante de su vida y él se estaba comportando como un verdadero idiota.

–No eres tan inglesa como quieres hacer ver –le explicó por fin, cuando consiguió hablar.

–Por supuesto que lo soy –replicó ella, levantando la barbilla, pero sin poder evitar sonreír un poco.

Mientras comían, Romano pensó que no había visto comer a Jackie la semana anterior. En el pasado, siempre había comido con pasión, pero en esos momentos medía todo lo que se metía en la boca de forma meticulosa, apartando cualquier traza de grasa o salsa. ¿Por qué estaba seguro de que de postre iba a pedir un café solo? ¿Cómo había podido adivinar que dejaría en el plato la mitad de la comida?

Porque ya había presenciado ese comportamiento antes.

De repente, todo tuvo sentido.

Podía verlo tan claro como si hubiese estado con ella durante los años que había castigado a su cuerpo, cuando se había negado a sí misma todos los placeres. No necesitaba demasiada imaginación para llenar los años en los que le había perdido la pista. Ya no parecía obsesionada, pero los fantasmas de las viejas costumbres todavía la perseguían.

Deseó decirle que no tenía por qué haberlo hecho todo sola, que era la mujer más valiente, fuerte y exasperante que conocía. Su agudo sentido del humor, su rapidez mental y, sí, su generoso corazón, la diferenciaban del resto de las mujeres, pero no lo habría creído si se lo hubiese dicho.

Entonces se dio cuenta.

No importaba lo que hubiese ocurrido en el pasado. Todavía la deseaba. No. Aún no estaba preparado para admitirlo. Intentó concentrarse en el plato de Jackie. Si actuaba así con la comida, era porque se sentía bajo presión.

–Estás nerviosa –le dijo cuando el camarero se hubo llevado los platos.

Jackie estaba doblando la servilleta e hizo una pausa. Sin responder, siguió doblándola en cuadrados perfectos, una, dos, tres veces. Y luego la dejó encima de la mesa.

Él insistió:

–¿Por qué?

Jackie lo miró sin levantar la cabeza.

–Por lo de mañana.

–¿Por mí? ¿Crees que voy a estropearlo todo? ¿Que no voy a estar a la altura?

–No quiero pensar así, pero te estaría mintiendo si te dijese lo contrario.

«Gracias, Jackie. Sabes cómo hacer sentirse bien a un hombre».

Ella sacudió la cabeza.

–Me preocupa más mi papel en todo esto que el tuyo.

–No lo entiendo.

–No está saliendo bien, Romano. Kate y yo… –se encogió de hombros–. No parece que tengamos nada en común. Me preocupa que vuelva a alejarse de mí. Otra vez.

Romano sintió pánico sólo de pensar que podía pasarle lo mismo a él. No necesitaban café. Pidió la cuenta.

Unos minutos después estaban caminando por la calle. Hacía calor. Jackie se dirigió sin darse cuenta hacia su casa y él la siguió.

La tomó de la mano y ella se dejó.

Sólo había dos personas en el mundo que se sentían así en aquel preciso momento. Ambos estaban esperando, temiendo, soñando con lo que ocurriría al día siguiente, con sus destinos en manos de una extraña. De una extraña que, no obstante, era su hija.

De algún modo, el contacto entre ambos, sus dedos entrelazados, expresaba todo eso. No necesitaban hablar. Siguieron en silencio hasta llegar a casa de Jackie. Una vez allí, ella se dio la vuelta y dejó la mirada perdida.
–No puedo volver a perderla –murmuró. Y las lágrimas corrieron por su rostro.

Romano se quedó sorprendido un instante. Ya había visto a Jackie llorar, pero aquello era diferente. Unos días antes no habría entendido su desesperación, pero en esos momentos la comprendía. No podía rendirse. Él no permitiría que lo hiciese.

Apoyó las manos en sus hombros y la acercó más a él.

–No vas a perderla.

Ella lo miró a la cara, con los ojos rojos.

–No sabes cómo ha sido.

Romano quiso decirle algo, pero no supo el qué. En el fondo, sí sabía cómo había sido, cómo amaba Jackie, apasionadamente, siempre entregada. Sabía que podía ganarse el corazón de su hija.

Subió las manos por su cuello y le acarició las mejillas.

–Puedes hacerlo, Jackie. Tienes tanto que dar… Sólo tienes que dejarte llevar.

Ella siguió mirándolo a los ojos, como si estuviese preguntándole: ¿De verdad?

Romano sonrió. De verdad.

Aquélla era la Jackie a la que había echado de menos todos esos años, aquella mujer única llena de contradicciones y fuego. Por fin tenía delante a la mujer a la que amaba. A la que todavía amaba… Que Dios lo ayudase.

Selló con un beso su propia revelación y recordó su primer beso: tierno, inseguro, como si ninguno de los dos pudiese creer

que estuviese ocurriendo. Ya no eran sólo padres, eran Romano y Jackie, ni más ni menos, dos almas hechas para estar juntas.

De adolescentes, su relación, romántica y dramática, les había parecido como la de Romeo y Julieta. En esos momentos, mientras la abrazaba y sentía su aliento caliente a través de la camisa, deseó que su historia terminase mejor. No estaba seguro de ser capaz de soportar volver a perder a Jackie, ni a Kate, otra vez.

Volvió a besarla y se perdió en ella.

Jackie rompió el beso y retrocedió un poco para mirarlo. Él intentó comunicarle con los ojos lo que su boca estaba a punto de decir.

–Yo…

Ella le puso la mano en los labios, como había hecho él en el avión.

–No lo digas –susurró. No parecía enfadada, sino muy, muy asustada.

–Quiero hacerlo –dijo él, sin poder evitar sonreír.

–En ese caso, estás todavía más loco que yo.

Romano sabía que aquello no iba a ser fácil;
ya se había preparado para ello, pero algo en el tono de voz de Jackie lo detuvo. –Tú sientes lo mismo. Estoy seguro –añadió, dejando de sonreír.

Ella negó con la cabeza.
–Es sólo química, Romano. Ecos del pasado. Entonces no funcionó, ¿cómo va a hacerlo ahora? –Ya no somos unos niños. –Lo sé, lo sé, pero creo que seguimos sin estar preparados.

–Lo que quieres decir es que tú no estás preparada. –Ninguno de los dos lo estamos. No quiero… –¡No lo digas, Jackie! Por desgracia, Romano sabía que no lo quería a él. –No funcionaría –insistió ella, demasiado tranquila–. En el fondo, lo sabes.

–Entonces, lo que quieres decir es que te parezco bien como aventura, pero que no quieres tener conmigo una relación seria. Y

luego dices que el superficial soy yo.

–¡Yo no he dicho nada de eso!

Él se acercó a ella, cada vez más, hasta que Jackie estuvo apoyada en la pared, sin escapatoria.

–En ese caso, tal vez sea el hombre que piensas que soy y deba darte lo que quieres –le dijo con los ojos brillantes, con los labios a sólo unos milímetros de los suyos.

Vio cómo las pupilas de Jackie se dilataban, como contenía la respiración, y supo que no estaba del todo equivocado, así que la besó. Fue un beso apasionado, caliente y largo. Y Romano se apartó antes de que ella lo apartase, mientras Jackie todavía tenía los dedos enredados en su pelo y respiraba con dificultad.

Lo insultó.

Él se encogió de hombros y fue hacia la valla de la casa.

–Pasaré a recogerte en coche mañana a las nueve –le dijo–. Ponte zapatos cómodos.

Y después desapareció.

CAPÍTULO 10

JACKIE abrió la puerta con dedos temblorosos y entró en casa. Una vez encerrada en el santuario de su habitación, se sentó a los pies de la cama, con las rodillas juntas, la espalda recta, y observó los dibujos que hacía el reflejo de la lámpara en la pared.

No se había dado cuenta de lo que se le venía encima.

Tenía que haberlo visto venir.

Había notado el cambio de Romano desde que le había dicho lo de Kate. Había pensado que era ella sola la que sentía la atracción.

¿Por qué? ¿Por qué quería él algo así?

¿Por qué la quería a ella?

No lo entendía. Ni siquiera entendía que se llevasen bien, que no la odiase. Cerró los ojos. ¿Había estado a punto de decirle lo que ella pensaba que iba a decirle?

Su cabeza lo negó automáticamente. No era posible. No podía sentir eso por ella después de todo lo que le había hecho. Seguro que estaba confundido porque iba a conocer a su hija; cuando volviese a poner los pies en la tierra, se daría cuenta de que era todo un espejismo.

Pero su beso…

Jackie sintió que se derretía por dentro. Había sido mucho más que química. Había tenido que alejarlo de ella.

Abrió los ojos y se obligó a hacer algo, a encender la luz, a cerrar las contraventanas y a darse una ducha. Debajo del chorro de agua caliente, se hizo una pregunta más:

¿Por qué hacer lo correcto tenía que ser siempre tan doloroso?

Jackie estaba recurriendo al silencio, y tenía motivos. Las cosas siempre se estropeaban cuando Romano se dejaba llevar.

Estaba sentada en la otra punta de la limusina, casi contra la puerta.

Y eso, después de haber hecho tantos progresos. Después de haber empezado a disfrutar de nuevo de su compañía. En esos momentos, Jackie debía de estar pensando que era un idiota.

Y tenía razón.

Deseó poder olvidar todo lo que había ocurrido. Ya estaba lo suficientemente nervioso como para empeorar las cosas todavía más.

Bajó la vista a los zapatos de Jackie y se le hizo un nudo en el estómago. Eran de tacón, de color rojo pasión. Le quedaban estupendos con los pantalones pitillo, una blusa bohemia y un collar de colores. Jamás habría esperado verla así vestida, pero le quedaba bien. ¿A qué se debía el cambio?

Ah, sí. Era parte de su disfraz del día, lo mismo que cuando había ido a comer con él a la isla. Quería estar segura de ofrecer un aspecto divertido y desenfadado, vestida para gustar a su hija adolescente. ¿Cuándo iba a aprender que cambiar los accesorios no cambiaba nada en realidad?

Salieron del centro de Londres y fueron hacia un barrio residencial lleno de casas adosadas. La limusina se detuvo delante de una de ellas. Romano miró a Jackie, que estaba bajando del coche con elegancia.

Y entonces se le detuvo el corazón.

En la puerta de la casa frente a la que habían parado había una chica con el pelo largo y con unos ojos iguales a los de su madre.

Jackie salió del coche y sonrió. Kate la saludó con la mano e hizo una mueca antes de gritar hacia la casa que se marchaba. Jackie estaba en la puerta cuando salió Sue y le dio un beso y un abrazo a Kate. A Jackie se le encogió el corazón al ver con qué facilidad estaban juntas.

–Espero que no te importe, he traído a un amigo.

Miró por encima de su hombro, pero no lo vio. ¿Dónde se había metido? Habría jurado que lo tenía detrás.

Sonrió a Kate y a Sue con nerviosismo.

–Un momento, por favor.

Antes de girarse, vio que Kate ponía los ojos en blanco y miraba a Sue con complicidad.

Romano no estaba por ninguna parte. Jackie volvió a la

limusina, pero estaba vacía.

¿Dónde…?

El instinto la hizo erguirse y mirar al otro lado de la calle. Allí estaba, mirando un seto muy bien cortado. Abrió la boca para llamarlo, pero entonces se dio cuenta de que mientras Romano se daba la vuelta para darle la espalda le temblaba la mano que acababa de apoyar en el poste de la valla. Lo vio pasarse la otra por el pelo y luego bajarla a la cara. A pesar de estar de espaldas, Jackie supo que acababa de limpiarse los ojos.

La coraza que se había puesto esa mañana desapareció de golpe.

Avanzó hacia él, lo llamó en voz baja y le tendió la mano. Él tomó aire y se dio la vuelta. Su sonrisa fue la perdición de Jackie.

Por supuesto que lo quería.

¿Cómo no iba a quererlo?

Pero eso no cambiaba el hecho de que era lo peor que podía ocurrirles dada la situación. Romano anduvo hacia ella, que se mordió el labio y asintió. Lo entendía. Desde el fondo de su corazón, sentía su dolor, porque también era el de ella.

Él le dio la mano, le besó los nudillos, la soltó y miró en dirección a la casa de Kate, que estaba oculta entre un muro de brillantes hojas verdes. Jackie admiró su valor y supo por qué se había alejado. Todo el mundo tenía orgullo.

Juntos volvieron a la limusina. Kate estaba al lado y miraba a Romano con abierta curiosidad.

Jackie respiró hondo.

–¿Kate? Éste es Romano… un amigo. Va a venir con nosotras. ¿Te parece bien?

La chica ladeó la cabeza.

–Supongo que sí.

En cuanto hubieron subido a la limusina, se giró hacia él.

–¿Eres su novio? –le preguntó.

Jackie contuvo la respiración.

–No, no soy su novio –dijo sonriendo–. Ella jamás lo permitiría.

A pesar de ser una respuesta bochornosa, la dijo con tanta

naturalidad que resultó graciosa. Kate incluso sonrió de medio lado.

–Bueno, ¿adónde vamos? –preguntó Jackie, ansiosa por participar en la conversación.

–Al zoo –contestó Romano, contento consigo mismo.

–¿Al zoo? –repitieron Jackie y Kate al unísono.

Jackie pensó que Kate tenía dieciséis años, ¡no seis! Aquello iba a ser un desastre.

–A todo el mundo le encanta el zoo –se defendió él con seguridad.

Jackie se cruzó de brazos y lo miró como diciendo «ya veremos».

Mientras recorrían las calles de Londres, de vuelta al centro, Kate estuvo charlando con Romano, que debía de parecerle una opción más segura que su madre biológica. Jackie deseó que siguiese así. Quería que le cayese bien a Kate, que lo aceptase.

Algo poco habitual en ella, que no solía ser tan generosa.

De vez en cuando, miraba a Romano de reojo por encima de la cabeza de Kate. Si sus ojos habían brillado hasta entonces, en esos momentos destellaban.

«¿No te parece increíble?», decía su mirada. «¡Mira lo que hemos hecho!». Y ella estaba completamente de acuerdo.

Jackie se apoyó contra el sólido cristal del recinto en el que estaban los monos. Se miró los zapatos. Qué elección tan tonta. Lo había sabido al ponérselos. Eran la revancha por el último beso que le había dado Romano, que los había dejado a los dos enfadados y muertos de deseo. Había pretendido demostrarle que no había significado nada para ella, que no podía decirle lo que tenía que hacer.

Como siempre, su cabezonería le había salido cara. Romano lo estaba pasando estupendamente con Kate, corriendo por todas partes, mientras ella los seguía cojeando. Suspiró, sacó un pie del zapato y estiró sus doloridos dedos.

De repente, oyó un golpe detrás de ella y se sobresaltó tanto que se echó hacia delante, para alejarse del cristal que había vibrado a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio a un enorme

chimpancé negro mirándola y mostrándole los dientes.

Cómo no, Romano y Kate se echaron a reír.

Ella no pudo enfadarse. No cuando esas dos risas sonaban tan parecidas y tan contagiosas que estuvo a punto de reír también.

Romano se acercó, recogió su zapato y se lo dio. Ella volvió a ponérselo.

–Tengo hambre –anunció Kate.

–Es hora de comer –dijo Romano, mirándose el reloj. Miró los pies de Jackie–. He visto unas mesas para hacer un picnic debajo de aquellos árboles. ¿Por qué no vas a sentarte mientras yo compro algo?

Jackie lo miró con adoración; no sabía cómo iba a sobrevivir el resto de la tarde, pero al menos tendría media hora de descanso.

Kate señaló una mesa libre y corrió hacia ella mientras Romano echaba a andar en dirección a una de las cafeterías. Jackie siguió a su hija y se dejó caer sin ninguna elegancia al llegar al banco, desesperada por quitarse los zapatos.

Kate jugó con la mesa, recorriendo con el dedo una inscripción grabada en la madera.

–Es un tío legal, ¿no? –dijo sin levantar la vista.

–Sí –respondió Jackie.

Kate la miró a través del flequillo.

–¿Y estás segura de que no es tu novio?

Jackie miró hacia la cafetería por encima de su hombro.

–No.

–¿Por qué no?

Jackie no quería responderle, pero era consciente de que era la primera conversación que tenía con su hija en todo el día y no quería estropearla.

–Es complicado –dijo por fin.

Respuesta equivocada.

La expresión de Kate se endureció.

–Siempre dices eso.

–Porque es cierto –respondió con un suspiro–. La vida es complicada.

–Mamá, quiero decir, Sue, siempre dice que las cosas suelen

ser más sencillas de lo que parecen.

Jackie sonrió. Tal vez sí tuviesen algo en común. Cuando Kate la miró y la vio sonriendo, esbozó una sonrisa también.

Jackie deseó dar la vuelta a la mesa y darle un fuerte abrazo, pero tuvo miedo a ser rechazada, así que se contentó con seguir sonriendo.

Aquél había sido otro comienzo. Kate siempre se refería a Sue como «mamá»; el hecho de que hubiese especificado, que hubiese dicho su nombre también, era una pequeña concesión para ella. Tal vez a ambas les fuese bien la presencia de Romano. Por primera vez en semanas, tuvo la sensación de que su relación con Kate empezaba a ir en la dirección correcta. Tenía esperanzas.

Romano volvió con una bandeja llena de comida que no hacía presagiar nada bueno. La dejó en medio de la mesa. Jackie miró la bandeja con cautela.

–¿Hamburguesas y patatas fritas? –preguntó con fingida naturalidad.

–Genial –dijo Kate, lanzándose a la comida.

Jackie no comía hamburguesas ni patatas. De hecho, no recordaba la última vez que lo había hecho. Estuvo a punto de decirlo, pero se contuvo para no ganarse otro punto negativo de su hija.

–¿No tienes hambre? –le preguntó Romano, mirándola con cierta desconfianza.

Ella lo entendió. Era su venganza por los zapatos.

Tomó una de las cajas de cartón y la abrió. El olor a carne le inundó la nariz. Romano y Kate ya estaban devorando su comida, disfrutando de cada bocado. Jackie, sin embargo, se sintió como si fuese a saltar desde una gran altura.

Volvió a mirar dentro de su caja.

Para ser comida basura, no era demasiado repulsiva. El panecillo no estaba grasiento. La lechuga y el tomate parecían frescos. Tomó la hamburguesa con las dos manos y se la puso delante, con los codos apoyados en la mesa.

Iba a demostrarle a Romano Puccini que no la asustaban un trozo de carne y unos hidratos de carbono. Sin dudarlo, clavó los

dientes en la hamburguesa. Ya sólo tenía que masticarla. Lo hizo y luego dio otro bocado. Lo cierto era que estaba buena. Se le había olvidado lo rica que estaba la carne con un poco de grasa.

Después de unos minutos, se dio cuenta de que estaba siendo observada.

–¿Qué? –le preguntó a Romano.

Éste sacudió la cabeza, sonrió y le acercó un paquete de patatas fritas. Jackie dudó un segundo. Tenía que continuar con la farsa, así que tomó un puñado y lo dejó en la caja de su hamburguesa. Lo lamentaría durante el resto de la semana, pero en esos momentos, no le importaba.

Para que Romano no pensase que la había vencido, tomó el refresco y lo señaló con él.

–Yo pongo los límites –le dijo, sin poder evitar sonreír después.

Pronto terminaron de comer.

Eso significaba que iba a tener que volver a levantarse. Romano fue a tirar la basura y después desapareció. Kate y ella se miraron sorprendidas cuando cinco minutos más tarde, todavía no había vuelto.

–¿Crees que se lo habrá comido un león? –comentó Kate en tono sarcástico.

Jackie rió.

–No. Supongo que podría convencer a cualquier animal de que no se lo comiese, en especial, si son hembras.

Justo en ese momento lo vieron aparecer por la esquina de la cafetería, con una bolsa de papel marrón del zoo en la mano.

Kate se levantó y puso los brazos en jarras.

–¿Dónde has estado?

Jackie cerró la boca. Había estado a punto de hacer exactamente lo mismo.

–Haciendo un recado –dijo, dándole un helado a Kate y sacando de la bolsa… el par de chanclas más feas que había visto Jackie en toda su vida. De un azul turquesa brillante, con conchas de plástico por todas partes. Se las tendió.

Ella se quitó los zapatos de inmediato y se las puso. Qué

bendición.

–Te daría un beso –le dijo, metiendo sus zapatos en la bolsa.

Kate dejó de lamer su helado.

–¿Y por qué no se lo das? Sue dice que es de mala educación no dar las gracias cuando se recibe un regalo.

La expresión de Kate era de pura inocencia, pero Jackie no se dejó engañar. No obstante, como el ambiente era bueno y no quería estropearlo, y como se sentía ridículamente agradecida por el regalo, se levantó y le dio a Romano un beso en la mejilla.

–Gracias.

Kate sonrió.

Romano la había agarrado por la cintura para no dejarla marchar.

–¿Qué vemos ahora, las serpientes o los elefantes? –preguntó.

–Las dos cosas –respondieron padre e hija al unísono.

Jackie no recordaba la última vez que lo había pasado tan bien. Pasearon por el zoo, viendo cosas y hablando de tonterías que les hacían reír a los tres. Se preguntó qué pensaría la gente de ellos.

¿Pensarían que formaban una familia? A ella le encantaba la idea. Tal vez si lo pareciesen desde fuera, pudiesen llegar a sentirlo también desde dentro algún día.

Kate y ella no se habían llevado así de bien… nunca.

Y Romano…

Había sido tan maravilloso, tan… perfecto. Le había hecho creer que ella también podía ser así… al menos cuando estaba con él. Lo necesitaba. Para ella y para Kate. Deseó poder chasquear los dedos y que apareciese siempre que quedaba con su hija.

Y tal vez cuando las cosas fuesen mejor con Kate podría pensar en tener algo más con él. No se atrevía a tener la esperanza de que lo suyo pudiese funcionar, pero quería creer que existía una posibilidad.

Cuando empezó a bajar la temperatura Romano llamó al coche y todos se subieron a él. Hablaron acerca de cómo había transcurrido el día y después Kate empezó a preguntarle a

Romano dónde vivía, dónde estaba su familia. Jackie lo escuchó con una sonrisa en los labios mientras miraba por la ventanilla.

Kate estaba sentada en el asiento del medio, entre ambos. De repente, Jackie se dio cuenta de que habían dejado de hablar. Se giró y vio a Kate mirándola, dándole vueltas a algo en la cabeza. Sin decir nada, pasó a mirar a Romano.

–Eres mi padre, ¿verdad?

Jackie contuvo la respiración. ¿Cómo habían podido pensar que no se enteraría, con lo lista que era? Ella miró a Romano también, deseando que éste diese la respuesta perfecta, a pesar de saber que no existía.

Romano sonrió todo lo que pudo. Fue una sonrisa completamente cautivadora.

–Sí –se limitó a decir–. Y estoy muy orgulloso de serlo.

¡Sí que había una respuesta perfecta! Sobre todo por la forma en que había sido dicha, más que por el fondo.

Kate sonrió a Romano.

–Genial –le dijo.

Pero durante los siguientes minutos dejó de sonreír y parecía querer hacerles más preguntas. Se giró hacia Jackie.

–¿Por qué no me hablaste de él desde el principio? ¿Por qué me dijiste que no necesitaba conocerlo, que no era el momento adecuado?

Jackie pidió ayuda a Romano con la mirada. Éste sonrió y ella supo que la habría ayudado si hubiese podido, pero aquella pregunta era sólo para ella.

Frunció el ceño. ¿Cómo podía explicarlo? No podía decirle a Kate que había pensado que Romano no quería saber nada de ella, habría sido demasiado cruel. Así que empezó a contar una historia. Una historia acerca de una chica más joven que Kate que se había quedado embarazada y no había sabido qué hacer. Kate la escuchó con los ojos muy abiertos.

No había terminado de hablar cuando llegaron a casa de Kate. Ninguno intentó bajarse del coche. Jackie siguió hablando hasta que terminó.

El ambiente en la limusina estaba cargado de tensión. A Jackie

le latía tan fuerte el corazón que le daba la sensación de que retumbaba en los cristales de las ventanillas. Levantó la vista.

Kate estaba llorando. Jackie alargó la mano para limpiarle las lágrimas.

–Cariño…

–¡No! Kate se apartó de ella con expresión de asco. Jackie jamás olvidaría aquella mirada.

–¡Cómo te atreves a llamarme así! ¡No se te ocurra fingir que te importo! Ni siquiera te molestaste en ponerme un nombre. ¡Dejaste que lo hiciesen Sue y Dave!

Jackie bajó la mano. Tenía la boca abierta, pero estaba inmóvil, incapaz de cerrarla, de hacer nada.

–¡Todo fue culpa tuya! ¡Todo! –continuó Kate, limpiándose las lágrimas–. Nos arruinaste la vida a todos. A todos. Yo…

«No lo digas», le rogó Jackie en silencio. «Por favor, no lo digas».

–Te odio. No quiero volver a verte nunca más.

Kate abrió la puerta y Romano se apartó de su camino, pero la agarró del brazo. –Kate, por favor. Ella sacudió la cabeza. –Lo siento, Romano. Y después pasó por delante de Sue y desapa

reció en su casa.

Jackie se quedó allí sentada, aturdida. Deseó echarle la culpa a Romano, pero no pudo. Kate había dicho la verdad. Todo había sido culpa suya.

–No hablaba en serio –le dijo Romano, volviendo a subir al coche.

Ella tenía la mirada fija en el respaldo del conductor.

–¿Como cuando yo te dije que no quería volver a verte? Yo creo que lo ha dicho muy en serio.

–En ese caso, haz lo que no hice yo. Sigue intentándolo. Nunca te rindas. No seas tan cobarde como lo fui yo. No optes por lo más fácil.

–¿Lo más fácil? –repitió ella en voz baja.

–No finjas que no te importa. No te distraigas con otras cosas

para no sufrir tanto. En mi caso, me distraje con otras chicas.

–No quiero saber con cuántas tuviste que acostarte para olvidarme. La primera, Francesca Gambardi.

Romano le agarró el rostro.

–Mírame.

Ella permitió a regañadientes que le girase la cara para mirarlo.

–Nunca me acosté con Francesca. Ni siquiera la besé. ¿Cómo iba a hacerlo, después de lo que había tenido contigo?

Jackie deseó escupirle, gritarle y decirle que era un mentiroso, pero la verdad estaba en sus ojos. Asintió y las lágrimas le nublaron la vista.

–Tú me cambiaste, Jackie. Al conocerte, me convertí en una persona mejor.

Ella se echó a reír.

–¡Ya basta! –le dijo él enfadado–. Te equivocaste con Francesca y conmigo. ¿Por qué no admites que también puedes estar equivocada en esto?

Jackie asintió. Sobre todo, porque sabía que era lo que se esperaba de ella. Era una mentirosa. Mentía incluso con la boca cerrada.

–¿Me llevas a casa? –le pidió, hundiéndose en el asiento–. Me está empezando a doler la cabeza.

Una vez más, debido a sus estúpidas decisiones, había perdido a su hija. Kate se negaba a volver a verla. No respondía a sus mensajes. Ignoraba sus llamadas.

Al menos, seguía en contacto con Romano.

Al parecer, estaban cada vez más unidos. Hablaban todos los días. Y Romano había ido a ver a Kate a casa un día.

Jackie lo sabía porque pedía un informe diario. Quedaba con Romano todas las noches. Éste seguía pensando que Kate acabaría entrando en razón y le había dicho que se quedaría en Londres hasta que todo se solucionase.

El domingo de esa semana Jackie no podía más. La habían llamado del trabajo para decirle que tenía una reunión en Nueva York el lunes, y dado que ésa era la única faceta de su vida que iba bien, decidió aferrarse a ella.

Estaba haciendo la maleta cuando llamaron a la puerta. Oyó que la asistenta la abría y unos segundos después apareció Romano en la puerta de su habitación.

–¿Qué tal hoy?

Él hizo uno de esos evasivos gestos con las manos y la boca.

–Muy bien, ¿no?

–Es una joven con un carácter muy fuerte. Se parece mucho a otra que conocí –arqueó las cejas–. Dale tiempo.

Jackie fue hasta el armario y abrió las puertas. No sabía lo que estaba buscando.

–En cualquier caso, a ti te está yendo muy bien.

Romano se pasó la mano por la cara y maldijo en italiano antes de contestarle como debía.

–¡Con dos mujeres así! Deberían canonizarme –se sentó en el sillón que había cerca del tocador–. Tengo que contarte algo. Son buenas noticias, creo.

–¿Sí?

–Kate me ha pedido ir conmigo a Italia para conocer a mi padre, y Sue ha accedido, siempre y cuando pueda acompañarnos también.

A Jackie no le extrañó que Sue hubiese accedido. Con ella había sido como un rottweiler, pero con Romano…

–Sue piensa que eso ayudará a la niña a asumir todo lo que ha ocurrido últimamente –añadió él–. Espera que, al conocer a mi familia, y a la tuya, Kate lo comprenda todo mejor. Y yo estoy de acuerdo.

–¿Quieres presentarle a mi madre?

Romano asintió.

Ella dejó escapar una carcajada.

–Tenía la esperanza de que tú vinieses también –le confesó Romano en voz baja.

–Imposible.

Él se levantó y fue hacia ella. Le quitó la blusa que tenía en las manos y la dejó sobre la cama.

–Nada es imposible. Míranos a nosotros. Durante años… nada. Y ahora…

Ella sacudió la cabeza.

–Sé que tú también lo sientes –insistió Romano–. Creíamos que lo nuestro estaba muerto, pero está muy vivo.

–Estás empezando a hablar como tío Luca. Esto no va a solucionarse con palabras, Romano.

Éste observó cómo abría la maleta y metía la blusa dentro.

–¿Qué estás haciendo?

–La maleta.

–Eso ya lo veo. ¿Por qué?

–Porque me marcho a Nueva York. Mañana por la mañana.

CAPÍTULO 11

¿ESTABA loca?

¿Cómo podía pensar en el trabajo en un momento así? ¡Se trataba de su familia! Si Jackie no tenía cuidado, tal vez el daño fuese irreparable. ¿Ni siquiera iba a intentarlo?

Él tenía la sensación de que Kate estaba poniendo a prueba a su madre. Y lo peor que Jackie podía hacer era desaparecer. Tenía que convencerla para que cambiase de idea, y no sólo por el bien de Jackie, sino por el suyo propio.

Nunca había pensado que desearía formar una familia, pero en esos momentos tenía una. La idea de amar a alguien, de comprometerse con una mujer, ya no lo asustaba. Quería vivir la aventura.

–No puedes marcharte.

–Tengo que hacerlo –replicó ella.

–No. Tienes que venir conmigo, con Kate, a Italia. Tienes que venir a casa. –No tiene sentido. Estaba tirando la toalla. Estaba utilizando su orgullo como chaleco salvavidas, pero ella no era orgullosa en realidad. Más bien lo contrario. Sólo quería protegerse.

Romano supo que sólo había un modo de hacer que cambiara de opinión, así que decidió jugar sucio. Esperó a que volviese a acercarse a él para meter algo en la maleta, la agarró por los brazos y la besó.

Cuando sintió que por fin se relajaba, se apartó y la miró a los ojos.

–Todavía te quiero, Jacqueline. Ven conmigo.

Ella se puso blanca. En vez de haberle dado seguridad, parecía haberla asustado. Romano le dio un beso en la frente y la abrazó.

–Sé valiente –le dijo al oído–. Todavía tienes una oportunidad con Kate. Y conmigo. Sé paciente. La herida terminará cerrándose.

Jackie se puso tensa y se zafó de él.

–Te estás poniendo otra vez en plan italiano conmigo, diciéndome cosas que no sientes… –Sabes que no es verdad. Ella se humedeció los labios. –Bueno, da igual si lo es o no, porque yo no

te quiero a ti.

Sus palabras lo golpearon con fuerza, a pesar de saber que Jackie sólo las había dicho para asustarlo, que no eran ciertas. Al parecer, quería volver a abandonarlo todo para mantenerse sana y salva.

Romano no iba a suplicarle, pero iba a intentar hacer que entrara en razón. Por el bien de su hija.

Se fue hasta la puerta de la habitación y, allí, se giró hacia ella.

–Jamás pensé que fueses una cobarde, pero lo eres –sacudió la cabeza–. Kate se merece algo más de ti. Mucho más.

Jackie lo miró a los ojos con el ceño fruncido.

–¿Crees que no lo sé? No puedo creer que hayas tardado tanto en darte cuenta de que no estoy a la altura de las circunstancias.

–Si eres feliz fingiendo que las cosas son así, estupendo. ¿Para qué arriesgarte, pudiendo esconderte para mantenerte a salvo? ¡A veces eres igual que tu madre!

–¡Márchate!

Jackie tenía un zapato en la mano derecha. Lo sujetó como si fuese a lanzárselo. Él se cruzó de brazos.

–No me iré a ninguna parte hasta que accedas a venir a Italia conmigo.

–¡Vale! –se dio la vuelta y fue hacia el baño–. Voy a darme una ducha –gritó–. Y si sigues aquí cuando salga, llamaré a la policía.

Romano pensó que era tremenda. Tenía que pensar en algo. Iba a marcharse, pero no iba a rendirse del todo. Un buen soldado sabía que cuando el ataque frontal no era posible, a veces eran necesarias otras tácticas.

Arrancó una hoja del cuaderno que había al lado del teléfono y apuntó en ella los detalles del vuelo a Nápoles de la mañana siguiente. Le había comprado un billete a Jackie. Después, tomó un par de objetos que había visto en el fondo del armario de Jackie y se los metió en la maleta.

Miró la puerta del baño por última vez y salió de la habitación, de la casa y volvió al hotel. Él también tenía que hacer la maleta.

A Jackie le dolía tanto la cabeza cuando salió de la ducha que se tomó un par de pastillas y se metió directamente en la cama, sin tan siquiera apartar la maleta.

Puso el despertador a las seis y media de la mañana, pero tardó mucho en dormirse. Y aun en sueños, siguió dándole vueltas a todo lo que le había dicho Romano.

Kate se quedó al lado de Romano mientras éste ayudaba al chófer a bajar las maletas del coche.

–¿No va a venir, verdad?

Él le puso un brazo alrededor de los hombros.

–No lo sé.

Kate flaqueó a su lado.

–Es todo culpa mía. No tenía que haberle dicho esas cosas tan horribles. ¡Ni siquiera sé por qué lo hice!

Él la hizo girar y la miró a los ojos.

–Esto no está siendo fácil para ninguno de nosotros. La familia es tan… tan…

–¿Complicada? –sugirió Kate sonriendo con tristeza.

Romano asintió.

–Sí. *Complicata.*

¿Qué más podía decir?

Jackie se despertó una hora antes de que le sonase el despertador.

Vaya. Romano tenía razón. Era igual que su madre.

Lo que no sabía era por qué su cerebro había procesado aquella desgraciada información durante la noche y había decidido despertarla. Se dio la vuelta y su pie chocó contra algo duro.

La maleta.

Era una señal. Así podría terminar de hacer la maleta. No tenía que estar en Heathrow hasta las diez, pero no se quedaba tranquila hasta que tenía la maleta cerrada y esperándola delante de la puerta.

Lo primero, un café. Se puso un pantalón de pijama y una

camiseta vieja.

Después de hacer el café, subió de nuevo a su habitación y decidió empezar a hacer la maleta de cero. Ni siquiera recordaba lo que había metido la noche anterior mientras discutía con Romano.

Al entrar en la habitación vio un papel encima del tocador. No recordaba haberlo dejado ahí, así que se inclinó a ver qué era.

Un número de vuelo y una hora. Un destino. Un aeropuerto.

Pero no era su vuelo. Ni su destino.

Se dio la vuelta, le dio un sorbo a su café y dejó la taza en la mesita de noche.

Tendría que esperar a volver de Nueva York para reorganizar sus ideas y sus emociones. Abrió la maleta y miró lo que había dentro.

¿Cómo podía haber metido aquella blusa? Era de la temporada pasada.

La sacó y otra cosa llamó su atención. Unas horribles chanclas de color azul turquesa. Las sacó también y las apretó contra su pecho.

No iba a llorar; no podía hacerlo.

Así que dejó las chanclas en el suelo, bastante alejadas de la maleta, para no sentir la tentación.

Tenía que llamar a un taxi, así que tomó el teléfono para hacerlo.

Romano estaba en el mostrador de facturación con Kate y Sue. Por primera vez en toda su vida, envidió a las personas que viajaban en turista para tener que hacer una larga cola que lo retrasase unos minutos más antes de pasar el control.

Sabía que era una tontería, pero se había apostado consigo mismo que Jackie aparecería antes de que pasasen por el detector de metales.

Les devolvieron los pasaportes y les dieron las tarjetas de embarque y Romano perdió toda esperanza de ver aparecer a Jackie. Kate miró hacia la puerta de entrada con los labios

apretados.

Y luego fueron hacia el control. Romano se prohibió a sí mismo mirar atrás, tanto física como mentalmente. Tenía algo importante por lo que vivir, mucho más importante que ver el nombre de su familia en la ropa de otras personas. En esos momentos tenía una familia a la que traspasar ese nombre, y eso le importaba más que nada en el mundo.

Estaba ayudando a Sue a poner su equipaje de mano en la cinta cuando oyó alboroto detrás de ellos. Al principio, lo ignoró, pero entonces oyó que alguien gritaba.

–¿A usted le parece que llevo equipaje?

A Romano se le erizó el vello de la nuca.

Dejó caer el bolso que tenía en la mano y se giró.

Allí estaba Jackie, fulminando con la mirada al policía que no la dejaba avanzar. Al menos, parecía Jackie.

Aunque iba sin maquillaje, con el pelo recogido en una cola de caballo, una vieja chaqueta de borreguito morada y… ¿Qué llevaba? ¿Unos pantalones de chándal? Y en los pies, el par de chanclas más feo que había visto Romano en su vida.

Kate se quedó helada junto a él y Sue se acercó a ella de manera protectora. Jackie dejó de agitar su pasaporte y su tarjeta de embarque delante de la mujer uniformada que tenía delante. Había levantado la mirada y los había visto allí, observándola. Vio una multitud de emociones en su rostro: alivio, frustración, alegría, pánico. Cuando la policía le indicó que podía pasar, Jackie atravesó el arco con la cabeza muy alta.

A pesar de que Romano sintió ganas de reír, se contuvo. Jackie había hecho muy bien yendo, pero todavía quedaba mucho camino por recorrer antes de poder celebrarlo.

–Siento llegar tarde –dijo Jackie, apartándose un mechón de pelo de la cara. Miró a Kate–. Tengo que hablar contigo.

Kate estaba muy tensa. Se cruzó de brazos.

–Pues habla.

–¿Aquí? –inquirió Jackie.

Su hija apretó los labios y asintió.

Ella respiró hondo.

–Está bien. Aquí.

¿Por dónde empezar? Había tantas cosas que quería decir…

Entonces se acordó de cómo le había hablado Romano a Kate. La miró a los ojos y se dispuso a contarle la verdad.

–Sí te puse nombre –dijo–. Nada más nacer.

Kate abrió mucho los ojos.

–¿De verdad?

–Pero no se lo dije a nadie. Era un nombre secreto. Sólo para mí –se le estaba quebrando la voz y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Kate empezó a llorar antes que ella y Sue sacó un par de pañuelos de papel del bolso y le dio uno a cada una.

–Sabía que tenía que hacerlo…

Las lágrimas empezaron a correr por su rostro. Se le hizo un nudo en la garganta. Kate la estaba mirando fijamente, como si fuese una extraterrestre.

–Me pareció egoísta decir que te había puesto nombre. No habría sido justo para tus nuevos padres…

Miró a Sue, que le sonreía de forma cariñosa y la miraba con compasión.

–¿Y qué nombre le pusiste? –le preguntó ésta.

Jackie no lo había dicho nunca en voz alta.

–Ese día, cuando te tuve en mis brazos en el hospital… –tomó aire–. La trabajadora social me dijo que debía despedirme de ti. Era muy buena… No quiero que te rías, ni que me odies por ello. Tenía dieciséis años…

–Dímelo.

–Te llamé Adrina. Es el nombre del lago que hay al lado de casa de Romano. Significa «felicidad».

–Qué bonito –dijo Sue.

–Ella lo era –admitió Jackie, mirando a su hija a los ojos–. Lo eras. Y se me rompió el corazón al separarme de ti. Jamás pienses que no me importó. Claro que sí. Pero sólo me permití sentirlo aquel día. Después, tuve que hacer como si no me importase, si

no, no habría sobrevivido. Por eso a veces lucho…
Kate frunció el ceño. –¿Porque ya no te importo? ¿Porque conseguiste que no te importase? –inquirió.

–¡No! –los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas–. ¡Porque me importas! Te quiero, Kate, te quiero tanto… He querido decírtelo muchas veces, pero he aprendido a ocultar el sentimiento. Lo siento, pero voy a tardar en deshacerme del hábito, y tú vas a tener que ser paciente conmigo. Pero algún día podrás estar orgullosa de mí.

Contuvo la respiración y Kate se lanzó a sus brazos y la apretó con fuerza. Ella, que no había vuelto a abrazarla desde el día de su nacimiento, se abandonó al llanto y le devolvió el abrazo.

Por fin se separaron y Kate se sacó el clínex que le había dado Sue del bolsillo, pero ya estaba demasiado usado, así que la miró para que le diese otro.

–No me quedan más. Vamos al baño –dijo Sue, llevándose a Kate.

Jackie se volvió hacia Romano, que le sonrió.

–¿De dónde has sacado esa chaqueta? –preguntó, guiñándole un ojo.

–Es de mi asistenta. Estaba al lado de la puerta de casa.

–Todo el mundo sabe que la ropa dice mucho de la persona que la lleva puesta. ¿Qué crees que dice tu ropa de ti en estos momentos?

Jackie se miró de arriba abajo. Estaba delante del hombre al que amaba en chanclas, con la chaqueta de su asistenta y el pantalón del pijama.

–¿Que tenía mucha prisa? –sugirió.

Romano echó la cabeza hacia atrás y rió. Luego la abrazó y agachó la cabeza para buscar sus labios.

–No. Nunca te había visto tan guapa –la besó suave, tierna, deliciosamente–. Hoy tu ropa dice que eres por fuera como has sido siempre por dentro: una mujer muy valiente, fuerte y con mucho amor.

–Voy a tener que ponerme esta chaqueta con más frecuencia.

Romano le dio otro beso.

–No creo que los gurús de la moda de Nueva York estén preparados para verte así, así que será mejor que vengas conmigo a casa.

EPÍLOGO

POCO después se celebró otra boda en el juzgado de Monta Correnti, seguida de una pequeña recepción para la familia y los amigos.

Por la noche, la dama de honor más joven entregó a los novios un regalo.

Jackie le dio a su hija un beso en la mejilla.

–No tenías que habernos comprado nada. Tu presencia ha sido suficiente. –Ábrelo –respondió Kate con timidez. Romano se acercó a su esposa y abrió con cuidado el paquete. En el interior había un enorme álbum de recortes. Jackie abrió la cubierta y se llevó la mano a la boca, emocionada. En la primera página había una fotografía de un bebé de pelo oscuro, que sonreía sin dientes a la cámara. Y después, todo un libro de recuerdos: fotografías, programas de conciertos escolares, diplomas y demás recuerdos. Los novios se quedaron sin palabras.

–Sue me ha ayudado a reunirlo todo –les explicó Kate.

Jackie abrazó el álbum.

–Gracias. No sabes lo mucho que significa esto.

–Creo que sí lo sé. Quería deciros que ahora lo entiendo, y que siento no haber compartido estos momentos con vosotros… Aunque no puedo sentir haber tenido a Sue y a Dave.

–Por supuesto, cariño –le dijo Jackie–. Por supuesto que los quieres.

Jackie se levantó y abrazó a su hija.

–Te quiero, mamá –le dijo ésta, haciéndole a la novia un regalo inigualable.

Estuvieron unos segundos así, y luego Kate soltó a su madre.

–Tengo que dejarte. Un chico muy mono me ha pedido que baile con él.

Un rato más tarde Jackie y Romano se marchaban la fiesta para empezar su luna de miel en una isla situada en un lago cercano. Salieron a la terraza, cada uno con una copa de champán en la mano, y observaron el lago, en el que se reflejaban las estrellas.

–No puedo creer que hayamos sido capaces de producir un ser

humano tan perfecto como Kate –comentó Jackie.

–Ni yo. Sería una pena desaprovechar la oportunidad de volver a hacerlo. Es casi una obligación con el mundo…

Jackie se giró a mirarlo.

–¿Estás diciendo lo que me parece que estás diciendo?

Romano le quitó la copa de la mano, la abrazó y la besó.

–Por supuesto.

–Te quiero, Romano.

–Pues yo tengo que admitir que, a pesar de no gustarme que haya sido mi padre quien te haya diseñado el vestido, esta noche voy a ser yo quien va a quitártelo.

Jackie rió suavemente y se apretó contra su cuerpo.

–Eres incorregible –le susurró al oído.

–Sí –respondió él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja–. Y así es como te gusto.

No te pierdas el próximo libro de la serie RECETAS DE AMOR:
Superar el pasado, de Patricia Thayer